ORIGENES DEL HOMBRE



Los Primeros Jinetes (I)

37

TIME LIFE

folio

EX LIBRIS Scan Digit



The Doctor

http://thedoctorwho1967.blogspot.com.ar/

http://el1900.blogspot.com.ar/

http://librosrevistasinteresesanexo.blogspot.com.ar/

ORIGENES DEL HOMBRE

Los Primeros Jinetes (I)

TIME
LIFE
folio

Dirección editorial: Julián Viñuales Solé
Autores: Frank Trippet
Asesores: Dra. Ruth Tringham, Aleksandr M. Leskov, John K. Anderson y Julián Viñuales

Coordinador de la colección: Julián Viñuales Lorenzo (Institute of Archaeology. London)
Coordinación técnica: Pilar Mora
Diseño de la cubierta: STV Disseny

Publicado por:
Ediciones Folio, S.A. 2-10-94
Muntaner, 371-373
08021 BARCELONA

© Time-Life Books Inc. All rights reserved
© Ediciones Folio, S.A., 1994

ISBN: 84-7583-427-2 (obra completa)
84-7583-476-0 (volumen I)

Impresión:
Cayfosa. Santa Perpètua de Mogoda (Barcelona)
Depósito Legal: B-16734-94
Printed in Spain

Índice de materias

VOLUMEN I

Capítulo primero:
Los grandes merodeadores **8**

Secuencia gráfica: Un legado inapreciable de oro y plata. . **29**

Capítulo segundo:
La doma del caballo. **40**

Secuencia gráfica: La milagrosa asociación entre hombre y montura **59**

Capítulo tercero:
Pobladores de las estepas **68**

Secuencia gráfica: Un zoológico artístico: los animales salvajes de los jinetes **87**

EX LIBRIS Scan Digit



The Doctor

http://thedoctorwho1967.blogspot.com.ar/

http://el1900.blogspot.com.ar/

http://librosrevistasinteresesanexo.blogspot.com.ar/

Introducción

Esta obra trata de la relación entre los seres humanos y el caballo, y de la influencia de esa relación en la tecnología y los horizontes de la Humanidad. Desafortunadamente, son escasos los documentos arqueológicos sobre el papel revolucionario del caballo como montura. Y desde hace mucho ha estado envuelta en el misterio la aparición, en el primer milenio a. de J., de los primeros pueblos que montaron a caballo en las estepas de Eurasia. Hasta hace poco, casi no había pruebas de su existencia, fuera de las halladas en sus tumbas; para los arqueólogos como yo, el conocimiento de estos pueblos se limitaba a sus costumbres para honrar a los muertos. Casi no sabíamos nada de cómo vivían los habitantes prehistóricos de las estepas, cómo obtenían su sustento ni cómo eran sus poblados y campamentos. ¿Y cómo podríamos completar la imagen de los primeros jinetes sin esos datos esenciales?

Por fortuna, los arqueólogos soviéticos han estado excavando en parajes donde vivieron los pueblos de la estepa: a lo largo del Don, el Volga y el Dniéper, y en el Asia central. Los hallazgos no son menos notables que los de varias tumbas pasmosas de Ucrania, y han servido para corroborar las noticias, de las que antes se dudaba, dejadas por historiadores antiguos, como Heródoto; y, a su vez, han sido confirmados por las observaciones que de los nómadas montados de los siglos XIX y XX han hecho los etnógrafos. Las extrapolaciones son válidas porque los actuales habitantes de las estepas se encaran con los mismos problemas, escogen las mismas alternativas y explotan los mismos potenciales de vida que los jinetes de antaño. Y, claro está, tienen la misma relación especial con el caballo.

La imagen que de los primeros jinetes se ha construido así es muy diferente de la que habían tenido hasta hoy muchos entendidos en la cuestión. Es fácil comprender por qué persistió tantos años el viejo parecer. La concepción de las bárbaras hordas montadas que irrumpieron en el escenario urbano civilizado sigue siendo una página vívida de la Historia; después de todo, hace apenas 500 años que los mongoles dejaron de ser un poder decisivo en Asia y la Europa oriental. Una y otra vez esta concepción indujo a suponer que ciertas catástrofes —cataclismos culturales y destrucción de aldeas, ciudades e incluso civilizaciones enteras— inexplicables de otro modo, eran atribuibles a los jinetes merodeadores que salieron de las estepas eurasiáticas en busca de nuevos pastos y riquezas fáciles.

Mas los nuevos hallazgos soviéticos y la reinterpretación de los viejos descubrimientos indican que dicha destrucción no fue tan grande como se había pensado y que el Estado mongol —que en un tiempo abarcó casi toda Eurasia— no fue la norma, sino un fenómeno tardío y muy especial. Más bien, los primeros jinetes parecen haber tenido una relación compleja, a menudo pacífica, con las poblaciones campesinas y urbanas de sus tiempos.

El antiguo modo de concebir a los jinetes entraña otra deformación de los hechos. Griegos, persas y chinos los describieron como inferiores en todo, menos en la guerra. Pero se ha puesto en claro, gracias a lo que escribieron los mismos mongoles y a los estudios sobre los nómadas montados actuales, que los jinetes de las estepas han considerado su modo de vivir como siempre superior. La misma actitud debe de haber prevalecido entre los primeros jinetes en su mejor época, y ello los hace, en su independencia, un fenómeno fascinador.

Ruth Tringham
Universidad de Harvard

Capítulo Primero: Los Grandes Merodeadores



"Dondequiera que el hombre ha dejado la huella de sus pisadas en el largo camino que va de la barbarie a la civilización, encontraremos a su lado las pisadas del caballo." Así dice una autoridad en la historia de este animal. Podemos poner en duda que hayamos dejado atrás la barbarie, mas no es posible dudar del papel decisivo que representó el caballo en la epopeya humana. Sin él, el hombre no sería lo que es ni estaría donde está.

El escenario en que el hombre domesticó por primera vez al caballo en los inciertos tiempos de la Prehistoria es inmenso: los 5.500 kilómetros de estepas que cruzan dos continentes, de Hungría a Manchuria. Allí surgió, hace unos 3.000 años, un nuevo género de hombres de grandes ambiciones: los jinetes. Su aparición alteraría para siempre no sólo el rumbo y el pulso del drama humano, sino también el espíritu mismo y las costumbres de todos los demás actores. Porque en cuanto el hombre montó a caballo, alcanzó una estatura de dos metros y medio y pudo correr más aprisa que sus antiguos enemigos.

No se sabe a ciencia cierta qué nombre se daban a sí mismos, ni tan siquiera después de que se juntaron en agresivas bandas y comenzaron a aterrorizar al mundo antiguo, estos jinetes de las estepas. Como no conocían la escritura, no dejaron documentos para instruir a los arqueólogos modernos, que quedan perplejos ante sus restos. Los nombres con que se recuerda a las tribus más famosas eran convencionalismos de pueblos ajenos, griegos y chinos que, en diversos tiempos y lugares, los encontraron y escribieron sobre ellos, llamándolos escitas, sármatas, yueh-chi y hsiung-nu. Y, sin embargo, por diferentes que puedan ser sus nombres, todos los jinetes de las estepas tenían mucho en común.

De estos nómadas montados, los primeros que llamaron la atención de los historiadores fueron los escitas. Son los jinetes de quienes tenemos noticias más completas, enriquecidas no sólo por los pintorescos relatos de los observadores antiguos, sino también por los descubrimientos de los arqueólogos. Por tal razón, con los escitas se inicia este libro, y reaparecerán una y otra vez en sus páginas, especialmente porque arrojan luz sobre la evolución del arte de montar a caballo y sobre los otros jinetes de las estepas. En todos los aspectos eran vehementes: hombres barbados de ojos oscuros y profundos, rostros curtidos por la intemperie, y largos y revueltos cabellos. Bebían en los cráneos de los enemigos muertos en la batalla y ostentaban como trofeos los cueros cabelludos de sus adversarios. En una época en que las naciones no habían creado aún huestes de caballería y dependían casi exclusivamente de la infantería y los carros de guerra, los escitas llegaban al galope disparando andanadas de silbantes flechas armadas con mortíferas puntas de tres filos, y conforme llovían estos proyectiles sobre sus adversarios, se precipitaban como para trabar combate; mas un instante antes del encuentro, giraban en redondo, arrojaban nuevas lluvias de flechas por encima de las grupas de sus caballos que emprendían la retirada, y dando alaridos, se alejaban con gran estruendo para reagruparse y lanzar una nueva acometida, dejando al enemigo confundido, envuelto en un nube de polvo.

Estas abrumadoras maniobras, móviles y astutas, seguramente hacían que los desmontados enemigos de los escitas sintieran que estaban a merced de los centauros. La indumentaria y pertrechos de los es-

Esgrimiendo una lanza, un guerrero escita ataca a un adversario en esta placa de oro del siglo IV a. de J. hallada en la Crimea. Pese a la pequeñez de la placa —4 por 5 centímetros—, el artesano griego que forjó el bajorrelieve logró incluir una cantidad notable de datos sobre el vestido del jinete y la brida del caballo.

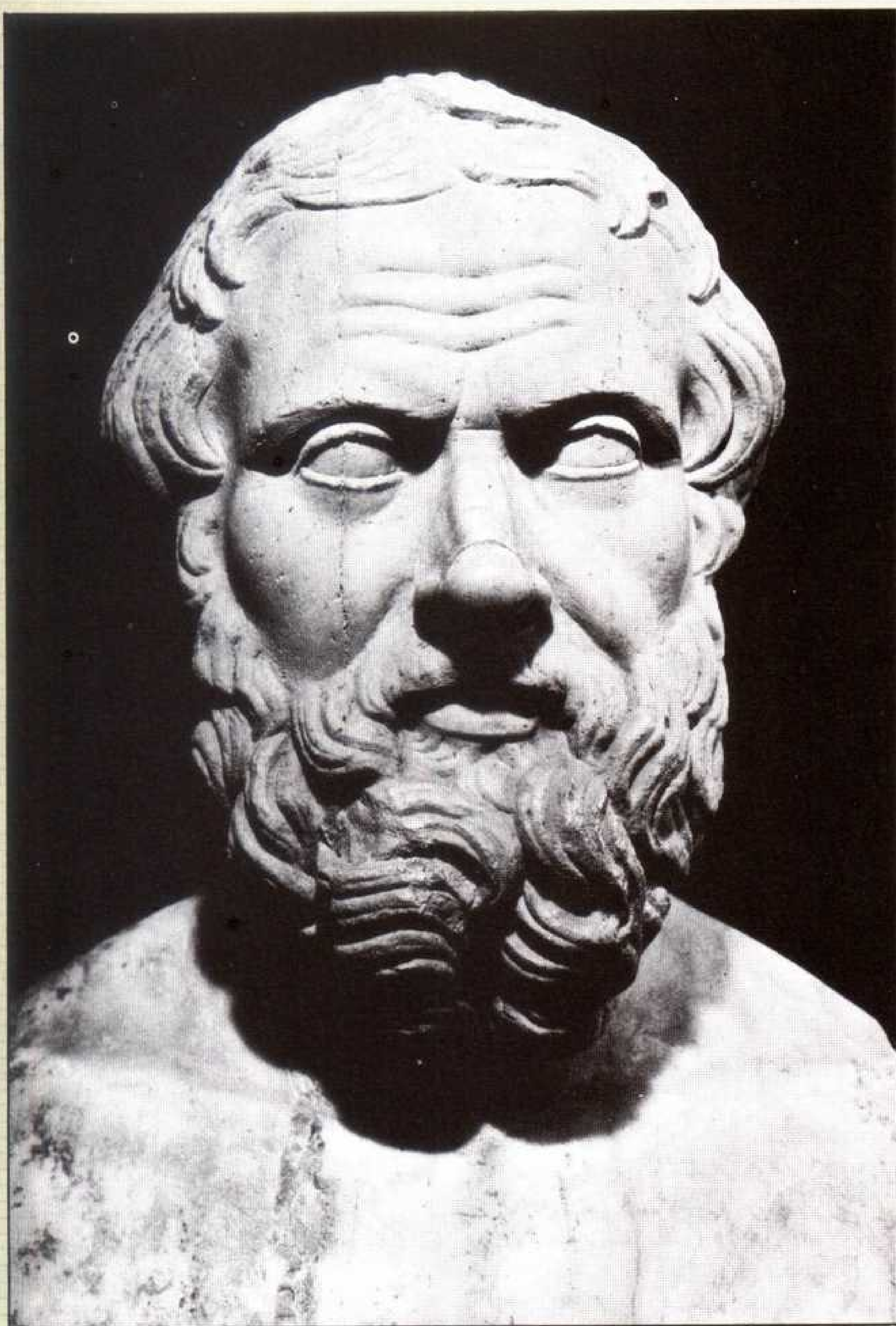
citas, al igual que su táctica, ponían de manifiesto la experiencia de muchas generaciones que habían pasado la vida montados a caballo. Preferían usar pantalones en vez de la larga vestidura que a modo de túnica usaban los pueblos sedentarios, y los metían en las flexibles botas sin tacones o los arremangaban alrededor de ellas. Los jubones o justillos que usaban bajo la armadura de cuero o de escamas imbricadas eran holgados en el pecho, pero de mangas angostas para darles libertad de movimientos. Cada hombre llevaba del lado izquierdo, arco y flechas hábilmente metidos en una funda —un *gorytus*—, y en una vaina atada al muslo derecho, un largo cuchillo o espada corta de hoja recta, de bronce o hierro. A veces los guerreros se armaban también con venablos y escudos de cuero guarnecidos de placas metálicas. En marcha, los escitas parecían parte integrante de sus cabalgaduras, y raras veces desmontaban para comer o beber, pues apagaban el hambre y la sed mientras cabalgaban.

Sus caballos descendían de las manadas salvajes que recorrían las estepas. Eran "animales pequeños, útiles y vigorosos, de cuello y lomo toscos, cruz muy baja y cabeza tosca", dice J. K. Anderson, autoridad sobre los antiguos caballos. Y, sin embargo, tenían cierta belleza, con finos cuartos y graciosas colas. Los escitas recortaban las crines, normalmente hirsutas, para evitar que, revueltas por el viento, estorbaran sus disparos. Cabalgaban sobre sillas rudimentarias, hechas con dos almohadillas, que probablemente no hacían más que proteger los muslos de las rozaduras. No había estribos; cuando por fin aparecieron, siglos después, fue necesario cambiar las botas por otras de tacones.

¿De dónde venían estos hombres que parecían haber nacido a caballo? Según una leyenda que narraban los propios escitas, descendían de los tres hijos de un cierto Targitao, personaje de nacimiento sobrenatural que habitaba en el dominio escita del mar Negro. Juntos, los tres hermanos gobernaron el país hasta que cayeron del cielo cuatro piezas de oro —un arado, un yugo, un hacha de guerra y una copa— que súbitamente empezaron a arder. Coláxais, el menor, demostró ser el único de los hermanos que pudo tomar los ardientes objetos, y así se convirtió en el soberano único del reino escita.

Algunos autores suponen que los escitas venían de la cuenca del Volga, llegaron a la estepa del sur de Rusia hacia el año 1000 a. de J. y expulsaron de allí a los cimerios. A fines del siglo VI a. de J., la destreza en el caballo había hecho de ellos los amos indisputables de un dominio llano y cubierto de hierba que se extendía hacia el oeste paralelamente al mar de Azov y al mar Negro, desde el río Don hasta le desembocadura del Danubio, abarcando casi todo lo que hoy es la Ucrania, y hacia el norte 650 kilómetros hasta una vaga frontera en que la estepa se convertía en una extensión irregular de pantanos y densos bosques *(mapa, páginas 12-13)*. Gracias a su poderío dominaron a los campesinos que vivían en las márgenes de la estepa y en sus valles fluviales, y, por último, sometieron incluso a los habitantes de Olbia, Tiras, Teodosia y otras colonias comerciales griegas establecidas en la orilla septentrional del mar Negro. Los habitantes de las ciudades llamaban Escitia al inmenso país dominado por los nómadas, y, por extensión, los griegos llamaban escitas a los jinetes.

Fue también un griego el que dejó la primera descripción completa de ellos. Hacia mediados del siglo V a. de J., Heródoto, infatigable narrador de la Antigüedad, estuvo en la ciudad de Olbia, centro comercial que estaba a orillas del mar Negro, en la confluencia de los ríos Bug y Dniéper, reuniendo información que más tarde le permitiría recopilar su célebre historia de las Guerras Médicas. Allí tuvo sobrada oportunidad de reunir información sobre



Los historiadores deben mucho de lo que saben sobre los escitas del siglo V a. de J. al griego Heródoto, que aparece representado en este busto de mármol. Llamado Padre de la Historia por Cicerón, Heródoto reunió abundantes noticias sobre los escitas cuando visitó Olbia, ciudad griega del mar Negro. Algunas de ellas no son más que fábulas, pero la arqueología ha confirmado muchas de las cosas que dijo.

los escitas, cuyos mercaderes eran muy conocidos en las colonias comerciales griegas.

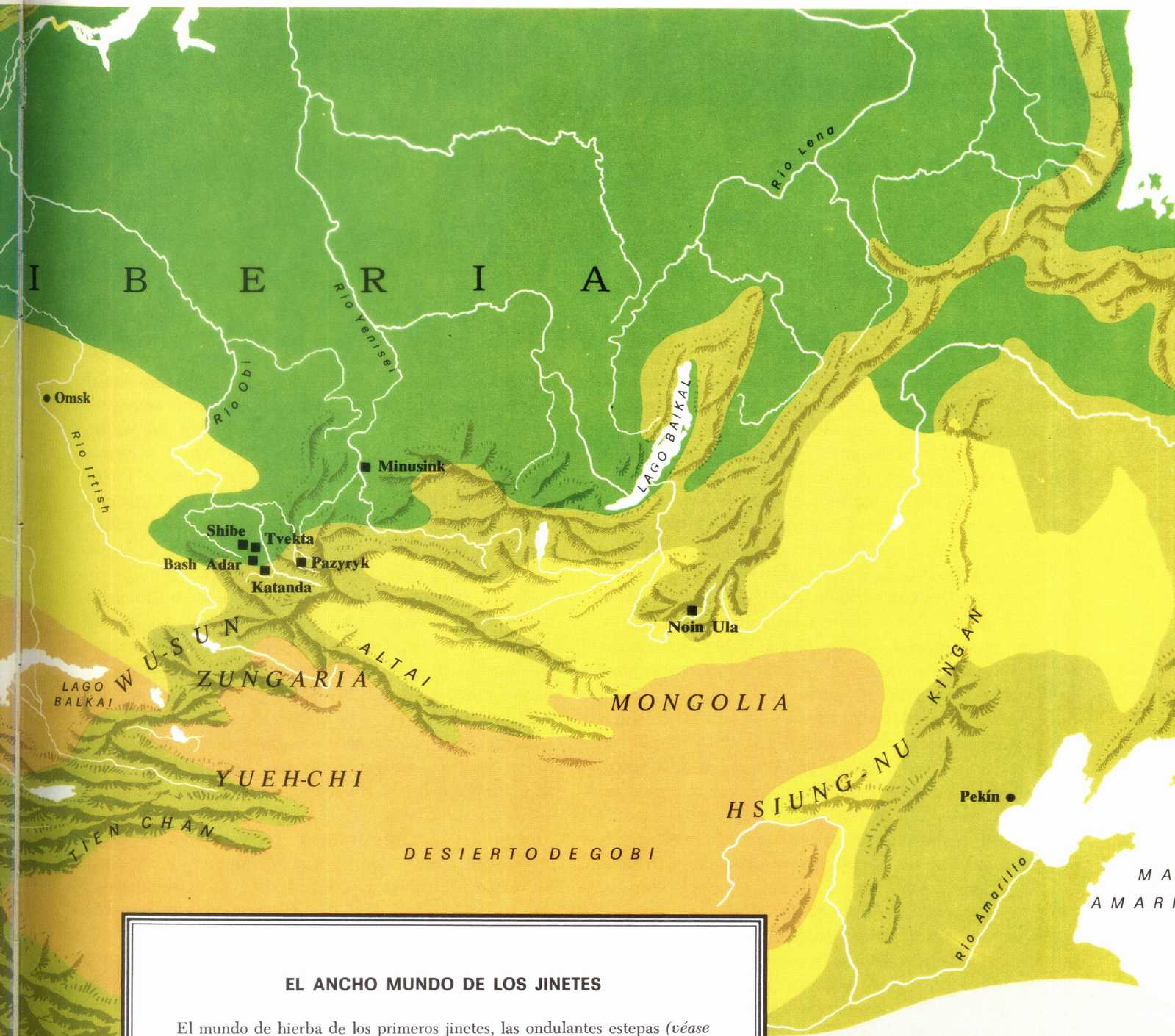
Las copiosas observaciones de Heródoto, aunque en parte una deliciosa y confusa mezcla de leyendas y creencias tradicionales, contienen también una buena porción de verdades sobre los escitas, verdades confirmadas más tarde por los escritores clásicos y por los sorprendentes descubrimientos arqueológicos modernos, algunos de los cuales fueron hechos después de la Segunda Guerra Mundial.

Mucho antes de que Heródoto estudiara a los escitas en el siglo v a. de J., habían sido una fuerza digna de tomarse en cuenta. Entraron por primera vez en el escenario histórico en el siglo VII a. de J. como aliados de Asiria contra los cimerios, cuyo suelo habían conquistado los escitas, por lo que se fueron al sur, donde se convirtieron en azote de los pueblos civilizados que habitaban ya la región. Evidentemente, los jinetes se avinieron bien con los asirios, pues su soberano, el rey Bartatua, se casó con una princesa asiria en 674 a. de J.

Un cuarto de siglo más tarde, los escitas se aliaron otra vez con los asirios y participaron en la destrucción del reino de Urartu, en lo que hoy es Armenia, y en la conquista de los medos, cuyo país se extendía al sur del mar Caspio. Ensoberbecidos por la fuerza que habían adquirido, los escitas predominaron 28 años despóticamente en la "alta Asia", que tal vez estaba en el territorio actual de Azerbaiján. Durante su señorío en la región —casi siempre en el papel de merodeadores o mercenarios—, se hicieron de un renombre temible. Al parecer, en sus pillajes cruzaron Palestina y se abrieron camino hasta la frontera de Egipto; el faraón contuvo su avance con súplicas y dádivas. Dondequiera que aparecían, dice Heródoto, "todo lo destruían por violencia y por descuido".

En el año 612 a. de J., los medos, que habían re-


ESCITAS
Moscú
Kiev
Río Danubio
Río Dniéster
Río Dniéper
Río Volga
CARPIATOS
Río Prut
TRACIA
Tiras
Olbia
Tovsta
Melgunov
Gaimonov
Chertomlyk
Solokha
Neápolis
Teodosia
MAR DE AZOV
Tanais
Kerch
Kul Oba
Elizavetinskaya
Atenas
MAR NEGRO
Siete Hermanos
Ulski
Kelermes
Kostromskaya
Maikop
SARMATAS
Río Ural
URALES
Río Tobol
Río Ishim
CAUCASO
URARTU
SIRIA
ASIRIA
Nínive
Río Eufrates
Sakiz
Río Tigris
Babilonia
Susa
MAR CASPIO
MAR ARAL
Sirdaria
Amudaria
MEDIA
PARTIA
PAMIR
Persépolis
GOLFO PERSIC
MAR ROJO
Río Indo
MAR ARABIGO



EL ANCHO MUNDO DE LOS JINETES

El mundo de hierba de los primeros jinetes, las ondulantes estepas *(véase la clave a la derecha)*, se extendía casi sin interrupción desde el río Danubio hasta casi tocar el mar Amarillo. Los escitas dominaron la región que estaba al norte del mar Negro, y otros diversos nómadas montados —cuyos nombres tribales aparecen en este mapa de la Eurasia del siglo IV a. de J.— señorearon al este. Las estepas estaban limitadas al norte por la taiga, o bosque de coníferas, y entrelazadas aquí y allá con bosques de árboles de hojas caducas; al sur se extendían desiertos y montañas. También aparecen indicadas en el mapa las regiones geográficas importantes, los principales reinos y ciudades antiguas, y los lugares de sepultura. Se han incluido las ciudades modernas para fines de orientación.

TAIGA
BOSQUES
ESTEPA
DESIERTO
● Ciudades actuales
▲ Ciudades antiguas
■ Cementerios

Kilómetros 0 — 800

cobrado las fuerzas, pusieron sitio a Nínive, capital de Asiria, y esta vez lucharon a su lado sus antiguos enemigos, los escitas. Nínive cayó en manos de los medos, y Asiria sucumbió. Pero a principios del siguiente siglo los medos habían cambiado de sentir con respecto a sus aliados y expulsaron a los escitas del Asia occidental. Una leyenda repetida por Heródoto dice que el rey medo invitó a los jefes escitas a un convite, los embriagó y les dio muerte. Quebrantado temporalmente su poderío, los escitas regresaron a la estepa del sur de Rusia. Allí se hicieron fuertes de nuevo, y en 514 a. de J. tuvieron la osadía de desafiar a Darío el Grande de Persia cuando intentó someterlos como preludio de su proyectada invasión de Grecia.

También en la esfera económica se habían convertido los escitas en una fuerza digna de tomarse en cuenta. En los tiempos de Heródoto ya eran fabulosamente ricos. Gravaban todo el comercio que pasaba por sus dominios en su camino a las colonias comerciales griegas del mar Negro. La propia metrópoli, Grecia, dependía de Escitia como proveedora principal de trigo y otras mercancías: sal, miel, cueros, pieles y esclavos. A cambio de ellas, los griegos enviaban a Escitia joyas, trabajos de metalistería, objetos de arte, aceites y vinos.

Además de obtener cuantiosos ingresos del comercio de los pueblos vecinos, los escitas sostenían una lucrativa actividad comercial con proveedores lejanos de metales en bruto. Del Cáucaso llegaba el hierro en abundancia, además de inmensas cantidades de cobre y de oro. De los ricos filones de los montes Urales y de la cordillera del Altai en el Asia central fluían el estaño y también el oro.

Sin embargo, pese a su gran riqueza, los escitas seguían viviendo principalmente de sus rebaños de ganado vacuno, ovejas y caballos. Los animales no sólo les daban comida, sino también cuero y lana para los vestidos con que se cubrían e incluso para sus viviendas: tiendas de fieltro parecidas a las redondas yurtas que todavía usan los nómadas mongoles. Hacían el fieltro para sus viviendas remojando y golpeando lana y pelo animal juntos, hasta que las fibras se mezclaban y conglomeraban, y luego, con grasa, hacían resistente el producto a la intemperie. Las tiendas de fieltro podían armarse con igual facilidad en el suelo, cuando los jinetes acampaban, o en grandes carretas que daban albergue a las familias durante las largas marchas.

Y en su dominio de la estepa, los escitas estaban sin cesar en marcha buscando nuevos pastos o alivio de los crueles vientos invernales. En largas columnas dispersas de carretas tiradas por bueyes y carros coronados por las tiendas, cuyo paso regulaban los rebaños, y con jinetes de escolta a la vanguardia y en los flancos, cruzaban la tierra con el lento cambio de las estaciones. Desde principios de la primavera hasta fines del otoño recorrían centenares de kilómetros de una extensión cuya plana superficie sólo interrumpían los boscosos y poco profundos valles de los ríos. Al llegar el invierno, buscaban refugio en ellos y allí, en campamentos quizá reforzados con terraplenes, soportaban los meses glaciales, esperando la primavera.

Se diría que los escitas tomaron su temperamento de la estepa y de su clima. Escitia era, como es hoy la Ucrania, una región de condiciones climatológicas que eran inconstantes, tornadizas, caprichosas. El invierno cubre con un sudario la estepa; la primavera la rejuvenece. Por unos meses —en un buen año—, la estepa va pareciendo un enorme jardín a medida que la estación se despliega como frívolo alborozo por la pródiga extensión. La fusión de las nieves trae una verde pátina de musgo. En marzo, las nuevas hierbas nacen entre el musgo. Poco después, los pequeños capullos blancos de la draba rompen el infinito verde; brotan las gageas lilas y amarillas. En abril, los tulipanes se unen al

tumultuoso desbordamiento de colores, junto con la purpurina *Bellevalia sarmatica* —planta parecida al jacinto— y los capullos amarillos, azules y violetas de *Iris pumila*, el lirio enano.

Antes de que pase mucho tiempo, un vacilante oleaje de espolines de color verde plateado oscurece este jubiloso esplendor. En junio, la estepa ondula como un océano, y una alfombra de salvia azul se extiende a la sombra de las hierbas. Luego, el implacable sol del verano abrasa la vegetación y la amarillea, y los ardientes vientos hacen que, a la sombra, la temperatura ascienda a 40°. En julio, otro espolín, *Stipa capillata*, tan resistente que lo soporta todo, menos las peores sequías, domina la estepa con tallos que alcanzan casi los dos metros de longitud y bajan a 50 centímetros del suelo.

Los súbitos chubascos dejan a veces caer ocho centímetros de lluvia, como salidos de un cántaro, o cañonean la tierra con relumbrante granizo blanco. A un año de mucha humedad puede seguir otro de sequía y polvo corrosivo. Pero en las noches claras, las estrellas brillan con viva claridad, y el amanecer puede ser un estallido de luz.

Al igual que el mundo que los rodeaba, los escitas eran veleidosos y efusivos. Podían ser tétricos y turbulentos o, en tiempos pacíficos y buenos, joviales y alegres. Les encantaba la cacería. Les gustaba bailar y cantar acompañados por tambores e instrumentos de cuerda parecidos al laúd, sobre todo durante sus prolongados encierros invernales. Los hombres tenían fama de ser buenos bebedores de los vinos que suministraban los mercaderes griegos, y desdeñaban la delicada práctica griega de diluirlos. En las reuniones sociales o ceremoniales usaban el cáñamo como narcótico. Heródoto describe cómo se metían en sus pequeñas tiendas de fieltro para aspirar los vapores que subían de las semillas de cáñamo colocadas sobre un plato de piedras hechas ascuas. "Inmediatamente sahúman", dice, "y los escitas, encantados, dejan escapar gritos de alegría".

Heródoto pensó equivocadamente que los escitas usaban también las tiendas llenas de vapores como baños de sudar, pues "no se lavaban en absoluto el cuerpo con agua". Nadie sabe cómo se aseaban los hombres. Las mujeres tenían, por lo menos, una pasta hecha de ciprés, cedro y palo de incienso molidos que, según creía Heródoto, se aplicaban en la cara y en el cuerpo. "Las impregna de buen olor, y cuando se quitan la cataplasma al día siguiente, les queda la piel limpia y reluciente."

Heródoto dijo muy poco acerca de la manera de vestir de los escitas, pero, si juzgamos por los fragmentos de tejidos y los trabajos de madera labrada y pintada hallados en sus tumbas, resulta evidente que les encantaban los rojos, los azules, los verdes y los amarillos vivos, colores que sin duda usaban pródigamente en sus vestiduras. Las tumbas más ricas han dado también pequeñas placas y tiras de oro que se habían cosido a las prendas de vestir de los hombres y las mujeres *(páginas 24 y 25)*. Abandonándose a su pasión por los adornos, usaban torques, diademas, pendientes, collares, brazaletes, pulseras, anillos y aretes: las mujeres, dos; los hombres, uno. Los ricos mandaban hacer o compraban joyas a los artesanos escitas o griegos. Muchas piezas escitas representaban animales: ciervos, caballos, felinos y bestias fantásticas.

Adornaban sus caballos con tanta opulencia como a sus personas. De sus tumbas han salido grabados de marfil coloreado que representan caballos con lo que parecen ser guarniciones de cuero y fieltro de brillantes colores. Y a juzgar por lo que se ha hallado en sus tumbas, los caballos de los hombres importantes usaban bridas cuyas quijeras y frontaleras relucían con bronce, plata y oro.

También sus tiendas de fieltro deben de haber estado colmadas de adornos y colores. Los restos de tapetes y otros tejidos que se han desenterrado de





Un grupo de kirguises del norte de Afganistán, como los antiguos nómadas de la estepa, se acoge a un campamento invernal de tiendas de fieltro, o yurtas, y cabañas de piedra. Al anochecer, encierran en el corral las ovejas y cabras que salieron a pastar durante el día, para protegerlas de los lobos y del penetrante frío de la noche.

sus tumbas dan testimonio de que en el interior los pisos estaban cubiertos con alfombras de dibujos exquisitos, las paredes adornadas con brillantes tapices o colgaduras de fieltro cuyas complicadas aplicaciones representaban hombres, bestias y aves.

Salvo por la noche o cuando hacía mal tiempo, las tiendas eran principalmente dominio de las mujeres. Los hombres pasaban casi todo el día fuera de ellas —casi constantemente a caballo—, cuidando de los rebaños o cazando liebres, jabalíes, ciervos y otros animales salvajes. Sin duda, este pasatiempo les ayudaba a no perder la destreza con el arco, y las piezas cobradas constituían un grato complemento de su alimentación común de carne de res, de carnero y de caballo, que cocinaban en grandes peroles. A veces preparaban una especie de *haggis* cociendo la carne de una vaca en su propia piel. Podían variar su alimentación con los peces de los prolíficos ríos que cruzaban su territorio. También les gustaban los quesos, pero lo que sobre todo les encantaba era la agria y un poco embriagante bebida llamada kumis: hecha de leche fermentada de yegua, todavía es muy popular entre los pastores del Asia central y de Mongolia.

Aunque sus manadas de caballos eran muy numerosas y daban comida, bebida, cueros y transporte personal, no todos los caballos se consideraban monturas apropiadas. Los escitas sólo montaban animales castrados. Como mantenían sus manadas en campo abierto, tenían que castrar a todos los machos, salvo a los que se necesitaran para la cría; de otra manera, los machos habrían apartado su grupo de hembras y se habrían alejado con ellas.

En la época de su cenit, en los siglos v y iv a. de J., los escitas comprendían, por lo menos, cuatro tribus. Las más fuertes dominaban los mejores campos de apacentamiento, y de ellas se escogían los jefes en tiempo de guerra. Heródoto da los nombres de las cuatro —los aucatas, los catiaros, los traspies y los paralatas—, y distingue a estos últimos como los primeros de todos, a cuya tribu llama de "los escitas reales". Tanto él como otros observadores extranjeros describieron a su jefe dándole el título de rey por su riqueza, por sus complicados atavíos y por su gran prestigio.

Las tribus escitas tenían vecinos a los que Heródoto se esmeró en describir, coloreando sin duda los hechos con la leyenda. A lo largo del mar que se extendía al sur de los escitas vivían los tauros, pueblo de carácter sombrío, del que se decía que sólo vivía para la guerra y el pillaje, y que sacrificaba las víctimas de los naufragios a una diosa virgen. Extendidos por la estepa al norte de los escitas estaban otros varios pueblos igualmente notables por una u otra razón. Entre ellos figuraban los agatirsos, que practicaban la promiscuidad sexual "para ser hermanos y para que, siendo todos familiares, no hubiera envidia ni odio de unos contra otros". Los neuros, según juraban sus vecinos, una vez al año se convertían en lobos por algunos días. (Es esta la noticia más antigua que se tiene del mito del hombre lobo.) Los andrófagos o antropófagos, tenían la reputación de ser caníbales. Los budinos —vigoroso pueblo de cabello rojo y ojos azules— y sus compatriotas los gelonos, se entregaban periódicamente a desenfrenadas borracheras. Heródoto menciona también la Tracia, país de bárbaros que colindaba con Escitia al oeste, y describió con cierto detalle a los sármatas, pueblo nómada parecido a los escitas en sus costumbres, su arte y su lengua, el cual vivía en la estepa al este del río Don y habría de desempeñar un papel crucial en el futuro de los escitas.

Sea cual fuere la influencia que pudieron haber tenido estos vecinos en ellas, las tribus escitas conservaron su identidad. Para facilitar la administración, todo el dominio —lo que los griegos llama-

ban Escitia— estaba dividido en cuatro distritos. Un gobernador mantenía la paz en cada uno y se ocupaba de recaudar los tributos de los campesinos asentados en la estepa y de las tierras contiguas. También vigilaba y fomentaba las operaciones comerciales en las colonias griegas establecidas en las costas del mar Negro. Cuando amenazaba la guerra, los escitas cooperaban unos con otros en las cuestiones del reclutamiento y la estrategia. Las hordas de guerreros alistadas durante una crisis servían sin paga, pero se les daba comida, vestido y una parte del botín, el cual se repartía según el número de enemigos que mataba un hombre, cuya prueba ofrecía presentando las cabezas cortadas.

Aunque los escitas daban la impresión de unidad tribal cuando estaban en guerra con otros pueblos, no eran propiamente una nación. Al parecer, las tribus luchaban entre sí por las tierras de pastoreo o el ganado. Si una de ellas padecía sequía en sus pastos, tal vez se inclinaba a violar los de otra, o una tribu cuyo rebaño se hubiera reducido por la enfermedad podía robar el ganado de otra tribu vecina. El arqueólogo soviético Sergei Ivanovich Rudenko ha hecho notar que, hasta hace un siglo, entre los pueblos nómadas "no se juzgaba delito apoderarse del ganado ajeno, y el abigeato se consideraba una especie de profesión especial".

A pesar de estas escaramuzas internas, a los escitas los unían las costumbres y una lengua común. En Heródoto sobrevive un cortísimo número de sus palabras. Según él, *patá* quería decir "matar"; *spou* significaba "ojo"; *arima*, "uno"; *oior*, "hombre"; y la palabra *arimaspos* designaba a una raza legendaria de hombres de un solo ojo. Pero esas palabras bastan a los filólogos para decir que los escitas hablaban un dialecto derivado del indoeuropeo prehistórico, del que provienen las principales lenguas del mundo occidental. Y como su sociedad no conocía la escritura, las tradiciones orales, más que la ley escrita, los unían y perpetuaban su cultura.

Al igual que muchas de las otras tribus nómadas que habitaban en las extensas estepas eurasiáticas, los escitas eran tradicionalmente polígamos. Un escita rico podía tomar varias esposas, y a su muerte, un hijo o un hermano las recibía como propias. Por eso, sus familias tendían a ser muy numerosas y a extenderse en complicados y confusos clanes unidos no sólo por las creencias comunes, sino también por complejas relaciones de sangre y parentesco. Por otra parte, los jefes eran dados a tomar esposas de los pueblos extranjeros, además de tomarlas de su tribu o de otras tribus escitas.

Así, la tribu funcionaba como una especie de crisol. Los extraños podían entrar en él, pero lo contrario se reprobaba severamente. La tribu huía con hostilidad de las usanzas extranjeras. Hubo, por ejemplo, un rey llamado Esciles. A nadie le importó que se casara con una griega, aunque ya tenía esposa escita. Pero a Esciles le dio entonces por pasar cada vez más tiempo en la ciudad de Olbia y se aficionó mucho a las costumbres griegas, llegando al extremo de participar en una bacanal celebrada en honor de una deidad extraña, el dios griego del vino, Dioniso. Sus parientes escitas se enteraron de ello, y un medio hermano lo mató.

Si las costumbres tribales eran sagradas, eran también sangrientas. Los guerreros no sólo cortaban las cabezas de sus enemigos muertos —y a veces incluso de sus propios familiares—, sino que tradicionalmente hacían copas cubiertas de cuero con los cráneos de sus enemigos más aborrecidos. Los guerreros ricos recubrían de oro estos espeluznantes trofeos y los exhibían orgullosamente para impresionar a los huéspedes a quienes estimaban.

En el campo de batalla, los guerreros escitas tomaban también los cueros cabelludos de los enemigos que mataban, y Heródoto nos cuenta con horripilantes detalles lo que hacían con ellos. "El sol-





Unas partidas de nómadas turcomanos se reúnen con sus monturas cerca del poblado de Morsián, en el Afganistán septentrional, para observar una tradición que se remonta a la época de los primeros jinetes, una fiesta anual que se celebra con convites y juegos. Las esteras de cañas ofrecen cierta protección contra el cortante frío.

Cubiertos de oro, los huesos de una joven escita tal como fueron hallados en 1971 bajo un túmulo de 10 metros de altura en Ucrania. Al vestido, que era de color púrpura, se habían cosido 200 placas de oro, y la acomodaron para el descanso eterno hace 2.400 años sobre una tabla cubierta con una alfombra. Tenía tres brazaletes de oro y 11 anillos, y bajo un hombro, un espejo.

dado escita", dice, "descarna el cuero cabelludo y lo adoba frotándolo con las manos, y así curtido lo tiene por servilleta. La ata de las riendas del caballo en que monta y se enorgullece de ellas, pues quien posea más de estas servilletas de piel es reputado por el más bravo. Muchos de ellos hasta se hacen de esas pieles abrigos para vestir, cosiéndolas como un pellico . . . Tales son sus usos con respecto a los cueros cabelludos".

A menudo corría copiosamente la sangre en los rituales escitas. Se esperaba que el guerrero neófito bebiera un poco de la sangre de su primer enemigo derribado. Quienes celebraban una alianza, sellaban el pacto con un juramento: vertían un poco de su propia sangre en una copa de vino, sumergían en ella sus alfanjes o venablos y bebían la mezcla. Los sacrificios, comúnmente de caballos y ganado, se hacían en honor de un reducido panteón que encabezaba una diosa lamada Tabiti, aproximadamente comparable a la griega Hestia, divinidad del fuego y el hogar. Sólo rara vez se sacrificaban seres humanos; de cuantos enemigos tomaban prisioneros en la batalla, sacrificaban uno de cada cien al dios de la guerra, representado por un alfanje de hierro plantado sobre una pila de leña menuda.

Aparte de la pila de leña con su alfanje simbólico, entre los escitas no había templos, ni altares, ni imágenes religiosas, y evidentemente no tenían sacerdotes propiamente dichos. Sin embargo, abundaban los adivinos, entre los que figuraban unos hombres eunucoides o afeminados llamados *enarees*, palabra que quería decir "hermafroditas" o "medio hombres". Los *enarees*, según se suponía, estaban pagando una pena impuesta sobre sus antepasados por Afrodita, la diosa griega del amor, cuyo templo habían saqueado en sus tropelías por el Asia occidental. Los propios *enarees* daban a su condición el nombre de "la enfermedad mujeril", y Heródoto, al hablar de ellos, dice: "Los viajeros que visitan Escitia pueden ver qué clase de enfermedad es esta".

Algunos adivinos profetizaban el futuro con varas de sauce que ponían en el suelo; otros lo hacían enroscando y desenroscando tiras de corteza de tilo alrededor de sus dedos. Al igual que los chamanes de las tribus indias norteamericanas, probablemente los adivinos lograban hacer estas adivinaciones provocando en sí mismos accesos extáticos.

Se temía mucho a los adivinos, y parte de ese miedo se debía a su poder para hacer cumplir la ley tribal. Así, por ejemplo, al parecer se creía que los pensamientos de los hombres tenían suficiente fuerza para causar la enfermedad de un rey. Por eso, cuando enfermaba un rey escita, siempre se atribuía su mal a la deslealtad de algunos que habían jurado en falso en presencia del rey. En tales crisis, se llamaba a los adivinos para que identificaran al culpable. Al acusado se le decapitaba sumariamente, salvo que se diera el raro caso de que otros adivinos aceptaran oír su apelación y lo absolvieran. Pero los adivinos tenían buenas razones para apoyarse mutuamente, pues se repartían las propiedades de los condenados. En cambio, si otros adivinos encontraban culpable a uno de ellos de haber hecho una identificación falsa, se le ataba, se le colocaba en un carro lleno de leña y se le quemaba vivo.

Las mujeres escitas tenían poco poder —mágico o de otra índole— fuera de los confines de sus moradas. Su condición difería notablemente de la de las mujeres de casi todas las tribus contemporáneas de nómadas montados. Entre los sármatas que dominaban la región de la estepa al este del río Don, por ejemplo, las mujeres no sólo montaban a caballo, sino que luchaban al lado de los hombres. (Las costumbres de las sármatas indujeron a los griegos a creer que descendían de las legendarias amazonas.) En cambio, las escitas viajaban en carros o carretas en vez de ir a caballo, y se les ahorraban muchos de los afanes de la vida nómada. Algunos autores



suponen que en una época las mujeres llevaron una vida más activa e influyente, pero que cuando se encumbraron los escitas y acumularon grandes riquezas, poco a poco crearon algo parecido al *purdah* musulmán e hindú, sistema de reclusión de las mujeres.

Para ahorrar trabajos fatigosos a las mujeres, los escitas guardaban como esclavos a los cautivos de guerra. A menudo los cegaban y les asignaban la tarea de ordeñar las yeguas y batir el kumis. Heródoto relata una leyenda que narra cómo una vez, cuando los escitas estuvieron ausentes mucho tiempo de sus hogares, sus mujeres recibieron a los esclavos en sus lechos y nació una nueva generación que los guerreros hubieron de derrotar a su regreso. Después de mucho luchar con los intrusos, los escitas dejaron las armas y tomaron los látigos. "En tanto nos vean con las armas en la mano", dijo uno de ellos, "creerán ser iguales a nosotros y de igual linaje y bravura. Pero cuando nos vieren con el látigo y no con las armas, sabrán que son nuestros esclavos y huirán ante nosotros". La estratagema dio resultado y "los esclavos, espantados, dejaron de pelear y huyeron prontamente".

En esta sociedad de predominio masculino, a guerreros y reyes se les veneraba, se les honraba no sólo en vida, sino también en la muerte. Incluso la pérdida de un guerrero común entrañaba un período de lamentaciones y convites antes de enterrarlo, durante el cual el cadáver embalsamado era paseado en un carro entre los amigos del muerto. Pero cuando dejaba de existir un rey, todas las tribus escitas se unían en una demostración de gran pesar que duraban 40 días *(páginas 117-121)*. Los de la tribu dominante, los escitas reales, se rapaban el pelo, se cortaban un pedazo de la oreja, se hacían cortes en la frente, la nariz y los brazos, y se traspasaban la mano izquierda con saetas. También en otras tribus se inferían mutilaciones semejantes mientras el cuerpo del rey —relleno con una preparación de

El amor de los escitas por los adornos los inducía a engalanar sus mejores ropas con placas de oro forjado o vaciado como éstas, la mayor de las cuales no mide más de 5 centímetros de longitud. Sus formas, muy variadas, iban desde diseños geométricos (triángulo ornamentado, derecha, abajo) y abstracciones (cabeza de ave, derecha, en medio) hasta formas humanas y animales imaginarios. El animal alado de abajo es un hipocampo, monstruo marino que tenía la cabeza de un caballo y la cola de un pez, el cual fue hecho por un artesano griego del siglo IV a. de J.





juncia machacada, incienso, semilla de perejil y de anís— era transportado de tribu en tribu hacia el lugar donde se le daría sepultura, acompañado por una procesión cada vez más numerosa.

Allí, colocaban al rey en su tumba bajo un dosel de cañizo de mimbres, con lo mejor de todas sus armas y posesiones. Luego, el cortejo fúnebre estrangulaba a una de sus concubinas, a su copero, su cocinero, su criado, su recadero y sus mejores caballos —a veces decenas de ellos—, y colocaban todos los cuerpos a su lado. Después, los miembros de la tribu amontonaban tierra sobre la tumba para formar un gran túmulo, hasta de 20 metros de altura, ofrecían convites y levantaban las pequeñas tiendas en las que se purificaban con los embriagantes vapores de las humeantes semillas de cáñamo.

Mas no siempre terminaba con ello el funeral. Al cabo de un año tomaban a 50 mancebos de entre los que habían servido directamente al rey. También los estrangulaban y embalsamaban, y les metían un palo recto por la espina hasta el cuello a fin de sentarlos a horcajadas en sendos caballos embalsamados y empalados, dispuestos en forma de círculo alrededor de la tumba real. Es de suponer que estos sacrificios servían de pavorosa guardia para ahuyentar a los ladrones de tumbas. Cualquiera que fuere su propósito, esta costumbre debe de haber dado a quienes estaban cerca del rey una razón poderosa para ver por su salud, seguridad y longevidad.

Pese a sus detalladas descripciones de las costumbres escitas, Heródoto declara que "no son de los que admiro". Mas había una costumbre en la que los escitas le parecían tener "una sabiduría superior a la de cualquier otra nación del mundo": su manera de hacer la guerra y, particularmente, el astuto modo en que se enfrentaron con Darío el Grande de Persia cuando quiso conquistarlos en el año 514 a. de J. En su relato, Heródoto no hace caso de las leyendas ni de lo que le han contado, sino que basa

su descripción en los hechos históricos innegables.

En esa época, el Imperio persa estaba en su apogeo, con dos capitales gemelas en Susa y en Persépolis. Deseando tener a Grecia como galardón supremo, Darío llevó una enorme expedición a través del Bósforo, que cruzó sobre un puente de barcas. Pero antes de invadir a Grecia, decidió primero someter a los escitas, probablemente porque deseaba prevenir que lo atacaran desde el norte. Para hacerlo, tuvo que cruzar el Danubio, que salvó con otro puente de barcas. Informó al comandante del puente del Danubio que esperaba someter a los escitas en 60 días.

Los escitas tenían otros planes. Vieron en seguida que no tenían esperanza de rechazar solos en batalla campal a una fuerza invasora de 700.000 hombres. Enviaron mensajeros a pedir ayuda a todos los pueblos vecinos: los sombríos tauros, los promiscuos agatirsos, los hombres lobo neuros, los feroces andrófagos, los bebedores y pelirrojos budinos y sus amigos, los gelonos. También pidieron refuerzos a los nómadas sármatas del este del Don. Cuando sólo los sármatas, los gelonos y los budinos prometieron ayuda, los escitas resolvieron no dar ninguna batalla a campo abierto. Adoptaron una estrategia evasiva y dividieron a sus guerreros en dos cuerpos: una fuerza escogida de escitas al mando de un jefe llamado Idantirso, a la que se debían juntar los gelonos y los budinos, y otro que estaría formado por los sármatas y el resto de los escitas. Las familias escitas, en sus carretas, se encaminaron al norte con órdenes de no detener la marcha. Y entonces, mientras los dos cuerpos de guerreros se dispersaban, se envió a los jinetes escitas más veloces para entrar en contacto con los persas.

Cuando vio a la vanguardia escita, Darío llevaba tres días de camino desde el Danubio y al instante se lanzó en su seguimiento. Así se inició una de las persecuciones más largas e infructuosas de los anales militares. La rauda vanguardia incitaba a Darío a dar alcance a la fuerza selecta que mandaba Idantirso. Y de esa manera, los rudos jinetes de la estepa comenzaron a jugar con el ejército persa.

Darío acometía y los escitas retrocedían como un espejismo, dejando a sus espaldas pastos ardiendo y pozos cegados. Los persas avanzaban sin cesar en largas columnas entorpecidas por los soldados de infantería, los carros de guerra y el equipo y los pertrechos para el combate organizado. Idantirso cuidaba de mantenerse delante de él a un día de marcha. Preparaba escaramuzas contra los flancos persas, mataba a los rezagados, hostigaba a Darío con inesperados ataques nocturnos. De día, los escitas parecían bailar en el horizonte. Darío no tenía un caballo que pudiera darles alcance.

Idantirso atrajo a Darío y su ejército día tras día, semana tras semana, cruzando praderas y ríos, entrando y saliendo de los bosques. Lo atrajo maliciosamente a las tierras de los andrófagos y de los neuros, que habían rehusado la alianza escita. Lo llevó en círculos, y de este modo lo hizo volver al dominio escita de las estepas. Los persas estaban fatigados, consumidos por las enfermedades. En la tierra quemada, el buscar comida constituía en sí mismo una lucha agotadora.

A Darío le parecía aquella una guerra muy extraña. No había nada que pudiera capturar y conservar: ni ciudades, ni edificios, ni botín; nada, fuera de la interminable estepa. Era como luchar con un fantasma. Además, al persa lo aquejaba la enfermedad civilizada de la valentía. No podía entender por qué su presa no se detenía y luchaba por su honor. Al fin, envió una lastimera pregunta a Idantirso: "Hombre insensato, ¿por qué huyes delante de mí?" Se calificaba a sí mismo de soberano de Idantirso e ingenuamente ordenaba a los escitas que hicieran alto y lucharan o de lo contrario le enviaran tributos en señal de rendición. Idantirso, con irritante insolencia, respondió: "A lo que dices que



Entre las joyas enterradas durante el siglo IV a. de J. en las tumbas del norte de Crimea, cerca de Kajovka, figuran estos aretes de oro. El de la izquierda representa dos patos; el otro, a una mujer —posiblemente una diosa— que estaba sentada sobre un cordero.



En otra tumba de la Crimea se encontró este brillante collar de vidrio. Los investigadores suponen que pudo haber procedido del Cáucaso o de las colonias griegas del mar Negro, donde, por una transacción comercial, llegó a las manos de su orgulloso dueño escita.

eres mi soberano, contesto que vayas enhoramala."

A Darío se le estaba terminando el plazo que había fijado. Un día vio que avanzaba una formación de jinetes escitas. Ahora, por fin, era inminente la batalla que tanto había anhelado. De pronto, los escitas cruzaron estruendosamente la llanura, pero no para dirigirse hacia él. Era una maniobra incomprensible, acompañada de gritos de regocijo y júbilo. ¿Qué significaba aquello? Darío fue informado por uno de sus lugartenientes de que el ejército escita —allí, ante la mirada de los poderosos persas— había visto una liebre y le había dado caza.

"Mucho es lo que nos desprecian estos hombres", dijo Darío, y sin tardanza decidió retirarse por la noche, dejando como señuelos a sus soldados enfermos y heridos y algunos asnos, cuyos rebuznos podrían inducir a los escitas a suponer que el ejército persa estaba todavía cerca.

Así, mientras Darío regresaba al Asia a prepararse para la guerra con Grecia, los escitas prevalecían en la estepa del sur de Rusia. No sólo sobrevivieron a Darío, sino al propio Imperio persa. En el siglo IV a. de J. se extendieron hacia el oeste hasta que Filipo de Macedonia, padre de Alejandro el Grande, los hizo retroceder en el Danubio tras una batalla en que murió el rey escita Ateas, entonces de 90 años de edad o más. Unos años más tarde, hacia 336 a. de J., el mismo Alejandro, después de conquistar la Tracia y antes de emprender nuevas conquistas en Asia, envió a su gobernador tracio, Zepirión, a castigar de nuevo a los nómadas. Los escitas mataron a Zepirión, expulsaron sus tropas y establecieron puestos de avanzada en los Balcanes antes de regresar a su patria.

Pero en su patria había comenzado a suceder algo nuevo y ominoso. Con la larga influencia griega, los escitas se habían urbanizado y vuelto sedentarios. En cambio, los sármatas, que les habían ayudado contra Darío, se iban haciendo poderosos y ejercían presión hacia el oeste. Hacia 346 a. de J., los sármatas habían cruzado la frontera tradicional, el Don, y prosiguieron implacablemente su embestida hacia el oeste. Así, aun cuando los escitas habrían de seguir siendo prósperos y poderosos durante todo el siglo IV a. de J., se estaba cerrando inexorablemente un círculo sobre ellos. Doscientos años más tarde, los primeros jinetes que hubieran entrado en la historia documentada estarían dispersos, y los más indómitos de ellos, al igual que los caballos que montaban, habrían sido domados.

Un Legado Inapreciable de Oro y Plata

Los jinetes montados que vivieron en la estepa del sur de Rusia, conocidos por el nombre de escitas y de los que Heródoto hizo una descripción pormenorizada en el siglo V a. de J., maravillaron a sus contemporáneos por su feroz exuberancia. Su hábito de beber vino sin diluirlo agregándole agua impresionó incluso a los espartanos, quienes, cuando deseaban tomar vino más fuerte que el de costumbre, daban la orden de que se llenaran los vasos "a la usanza escita". Más todavía: se cuenta que en cierta ocasión los mismos espartanos atribuyeron la locura de uno de sus caudillos, no a alguna causa sobrenatural, sino a la circunstancia de que tenía la costumbre de beber como un escita.

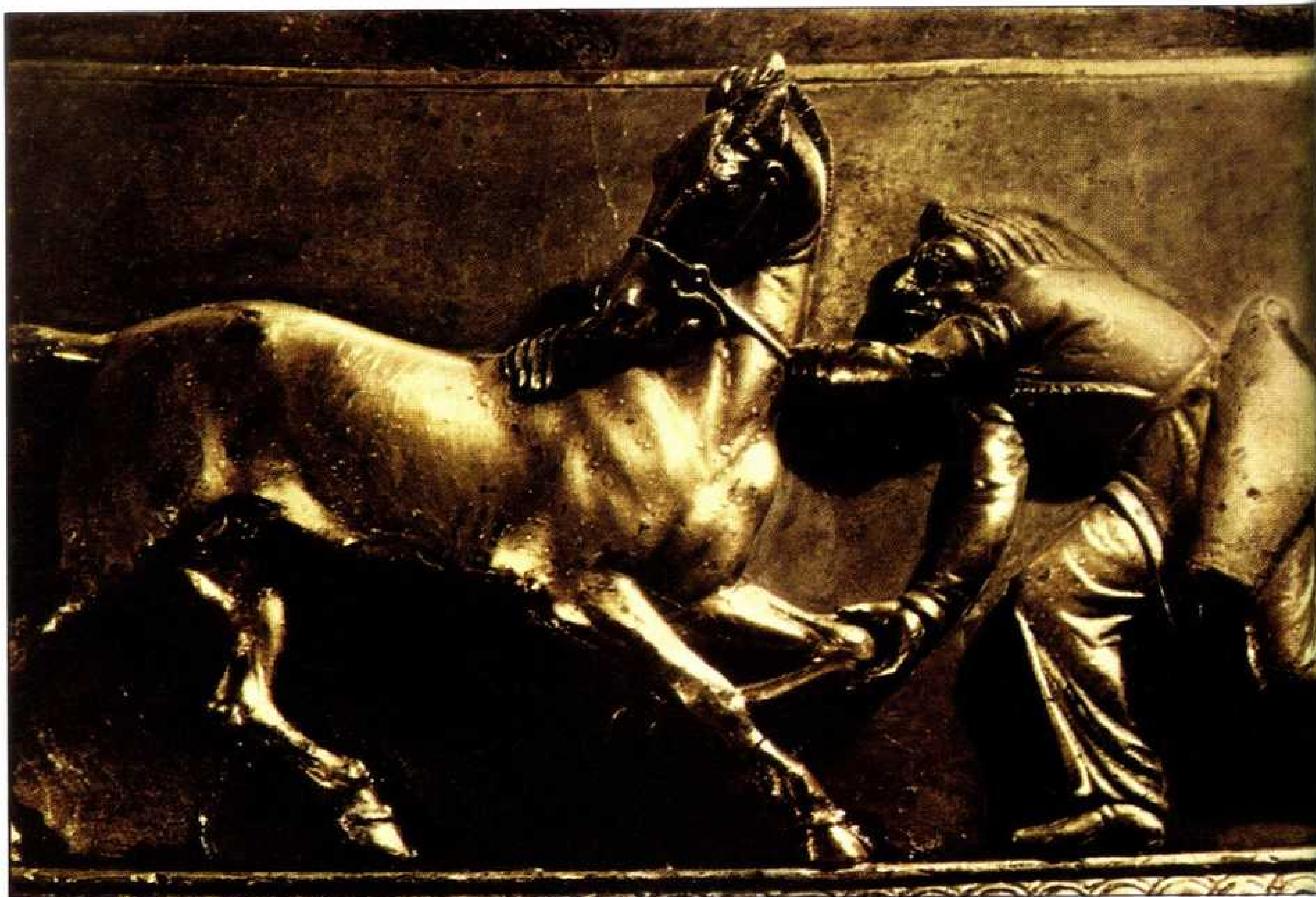
Como correspondía a la exuberancia de su carácter, a los escitas les encantaban los objetos fastuosos: copas, ánforas, jarrones y joyas de oro y plata, adornados con imágenes de sí mismos *(abajo)* y hechos para ellos por artesanos que vivían en las ciudades griegas del mar Negro o en la misma Grecia. De valor incalculable como obras de arte, estas rutilantes obras maestras nos dan, como demuestran los siguientes ejemplos de los museos soviéticos, un vívido atisbo de un pueblo singular que se entrega al trabajo, al juego y a la guerra.

De sólo 10 centímetros de altura, una copa de la amistad del siglo IV a. de J. hallada en una tumba de Gaimonov, al norte de la Crimea, representa a dos guerreros de largos cabellos con armas y vestidos a la usanza típica de los escitas, Los rostros y las manos son de plata, y los vestidos son de oro.



Vaqueros en la Estepa

Uno de los más bellos descubrimientos escitas es el ánfora del siglo IV a. de J. cuya reproducción se ve abajo, la cual fue descubierta en 1862 en Chertomlyk, a orillas del río Dniéper. Es también la única pieza que nos da un vislumbre íntimo de la estrecha relación que existía entre los escitas y sus fuertes y musculosos caballos. El tamaño relativamente pequeño de sus cabalgaduras permitía a los escitas —que montaban sin estribos— mantenerse sobre ellas fácilmente. Las manadas de estos animales de las que eran dueños deben de haber sido enormes: en Ulski, al este del mar Negro, se pudo prescindir de 400 de los mejores para sacrificarlos en el entierro de un rey.



En este detalle del ánfora, un escita se dispone a tumbar un caballo recién capturado.



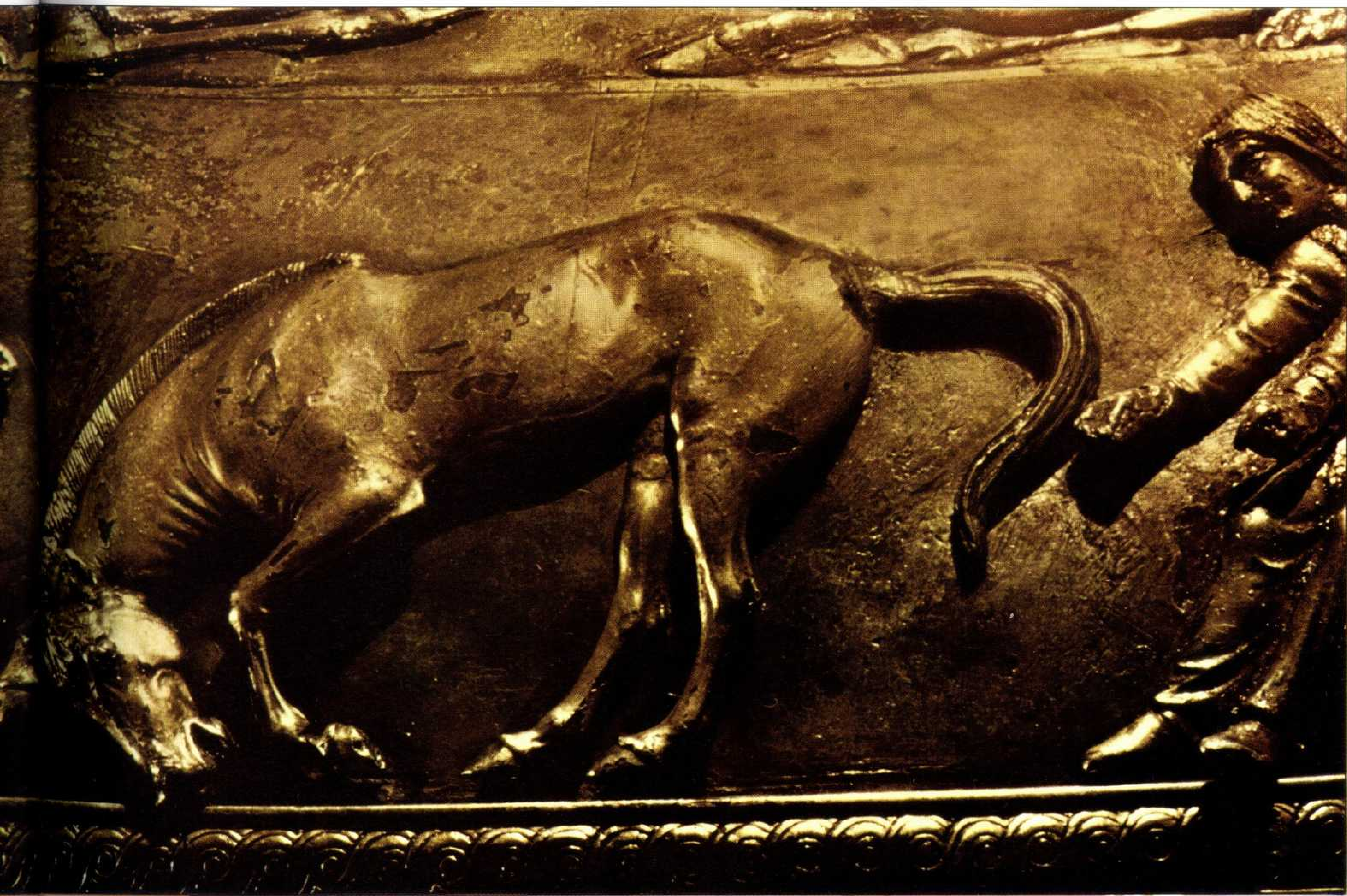
Cuatro espitas colaban el vino guardado en esta ánfora de oro y plata, de 70 centímetros de altura. Cada una de las espitas podía taponarse con un espiche.

Tres hombres luchan con un caballo; se han perdido las sogas que antaño lo sujetaban.





Ensillado ya y embridado, el caballo espera pacientemente mientras su jinete desata las maniotas que le impidieron alejarse por la noche.



Faenas Pastorales y Locas Fantasías

En 1971, las excavaciones que se hicieron en Tovsta, en Ucrania, sacaron a la luz este impresionante pectoral de oro que pesa un kilogramo completo. Fue hecho para un cliente escita, durante el siglo IV a. de J., por un orfebre griego, quien se ingenió para hacer caber en su diámetro de 30 centímetros una imagen exquisitamente detallada de los escitas y de los animales con que se entremezclaban sus vidas. No escapó a los ojos del artista nada de lo que había en la Naturaleza, desde los cuerpos de los nómadas, de músculos tensos, hasta los pequeñísimos saltamontes. Vació separadamente cada una de las partes y las soldó luego en los trenzados cordones de oro.

Cuarenta y cuatro animales de oro adornan este pectoral. En su banda interior, vacas, ovejas y yeguas amamantan amorosamente a sus crías; un caballo se rasca. En el centro, dos escitas cooperan en la hechura de una prenda de vestir (en detalle, abajo). La banda intermedia, con su hermoso diseño floral, estuvo en otro tiempo incrustada de esmalte, del que todavía hay trocitos adheridos a las flores. Uno de los temas predominantes del arte escita —animales que luchan, reales o imaginarios— llena la banda exterior.



Dos hombres se arrodillan para coser una piel de oveja con aguja e hilo. Los dos tienen el gorytus al alcance de la mano por si surge un peligro.

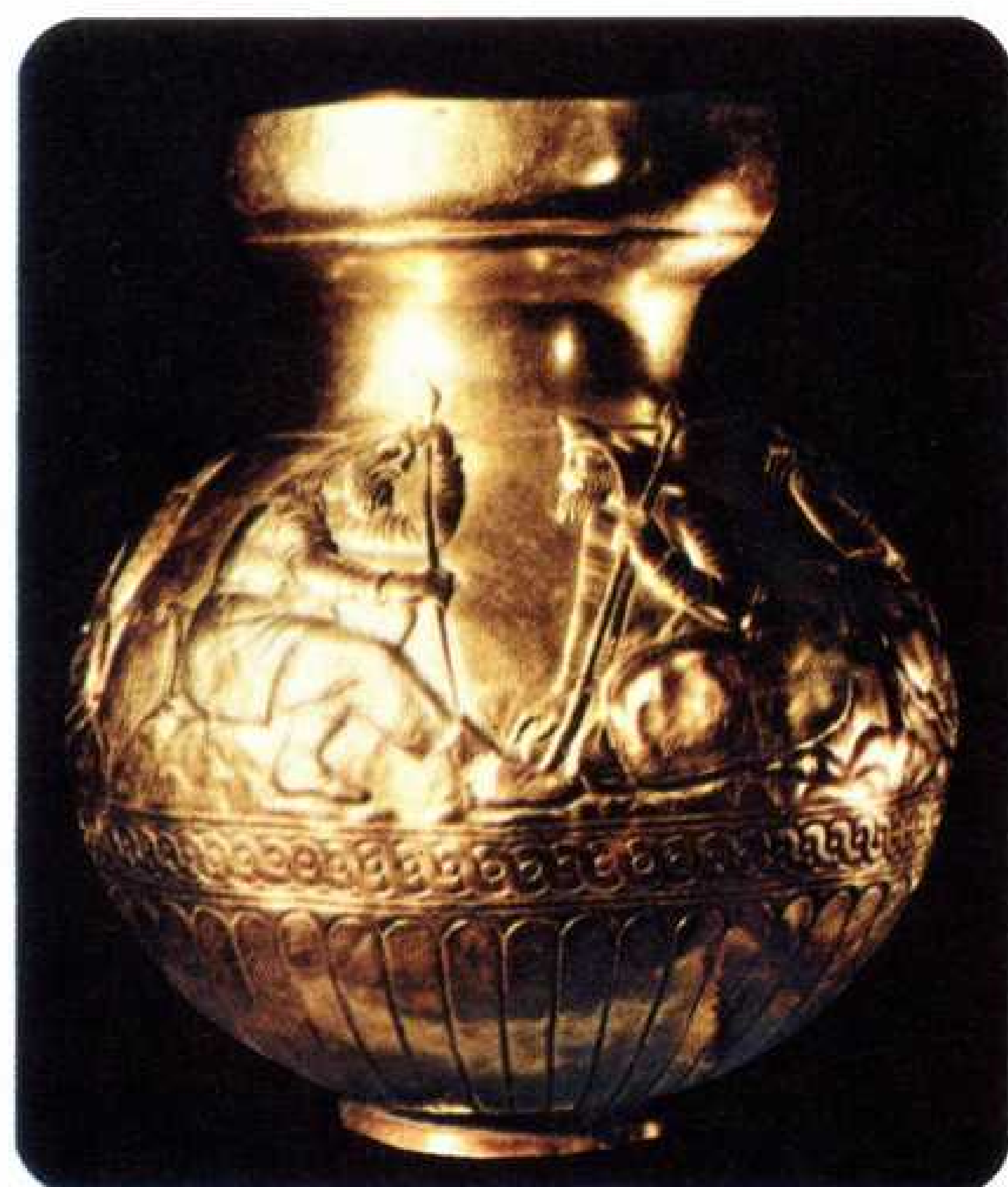


ro.

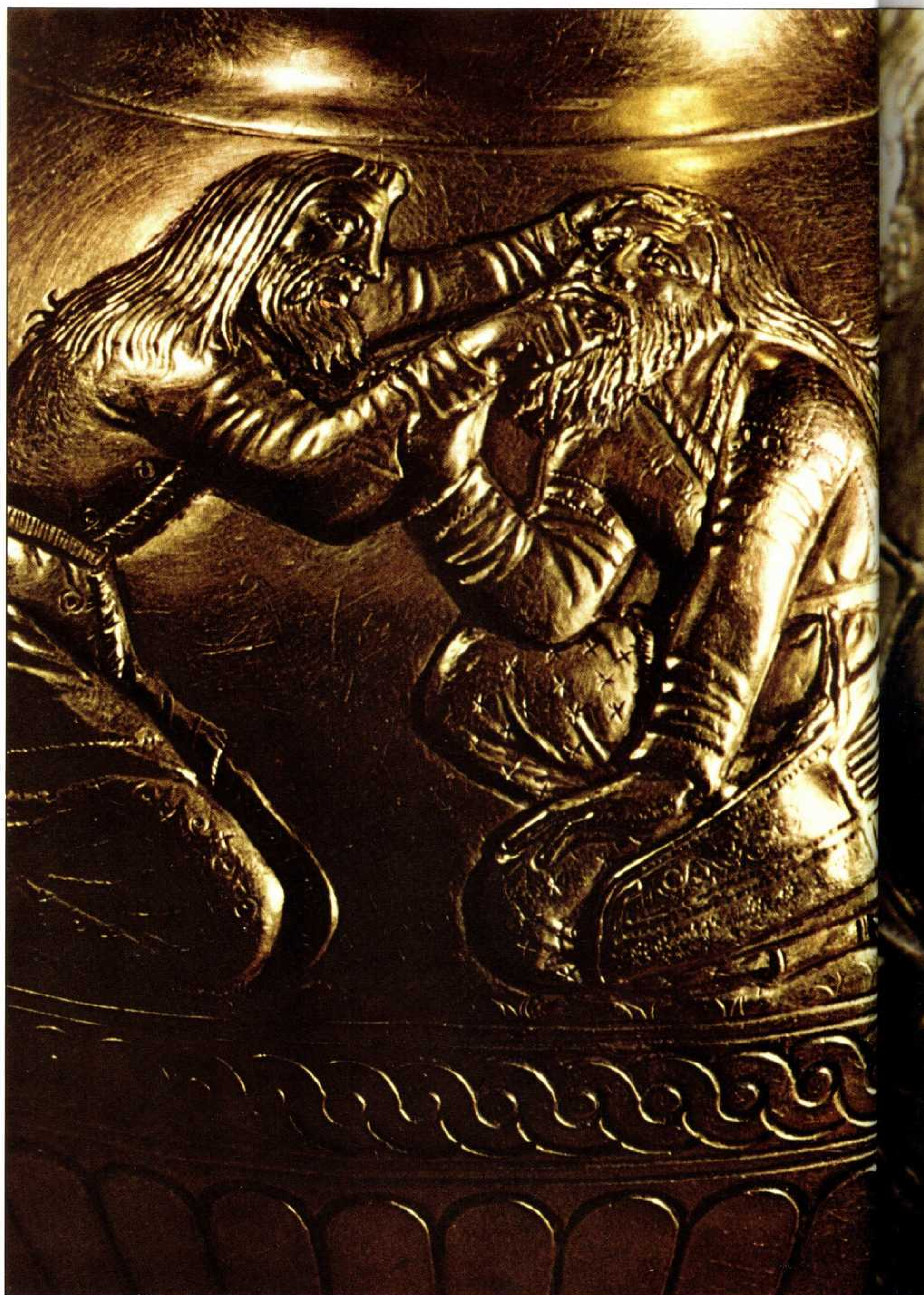
Los Lazos de la Fraternidad

El jarrón que vemos abajo, de 2.400 años de antigüedad, que fue desenterrado de una tumba escita en el año 1875, arroja luz sobre el comportamiento de los antiguos jinetes. Por feroz que haya sido la reputación de que gozaban entre sus vecinos de la estepa y entre los medos y los asirios del sur, los escitas se mostraban solícitos, como lo revelan las escenas de la derecha, por el bienestar de sus hermanos.

Estos hombres voluntariosos y altivos, dispuestos siempre a arrancar a los demás por la fuerza lo que necesitaban para sobrevivir, probablemente llevaban entre ellos una vida más pacífica de lo que ha querido reconocer la Historia. Como eran criadores de ganado, pasaban la mayor parte del día bajo el cielo abierto, dedicados a la interminable serie de tareas que demandaba el cuidado de sus caballos, sus rebaños de ganado vacuno y sus hatos de ovejas.



Un elegante jarrón de Kul Oba (Crimea), de trece centímetros de alto y hecho de electro —aleación de oro y plata—, representa a los escitas entregados a varias actividades con gran camaradería.



Un nómada explora la boca de otro en busca del diente que le duele. Los pantalones están adornados, tal vez con las placas de oro que los escitas llevaban a veces cosidas en las ropas.



Vistiendo una túnica y con una capucha característica, un barbado escita venda cuidadosamente la pierna herida de un amigo. Lleva al cinto, al fácil alcance de la mano, el ornamentado gorytus.

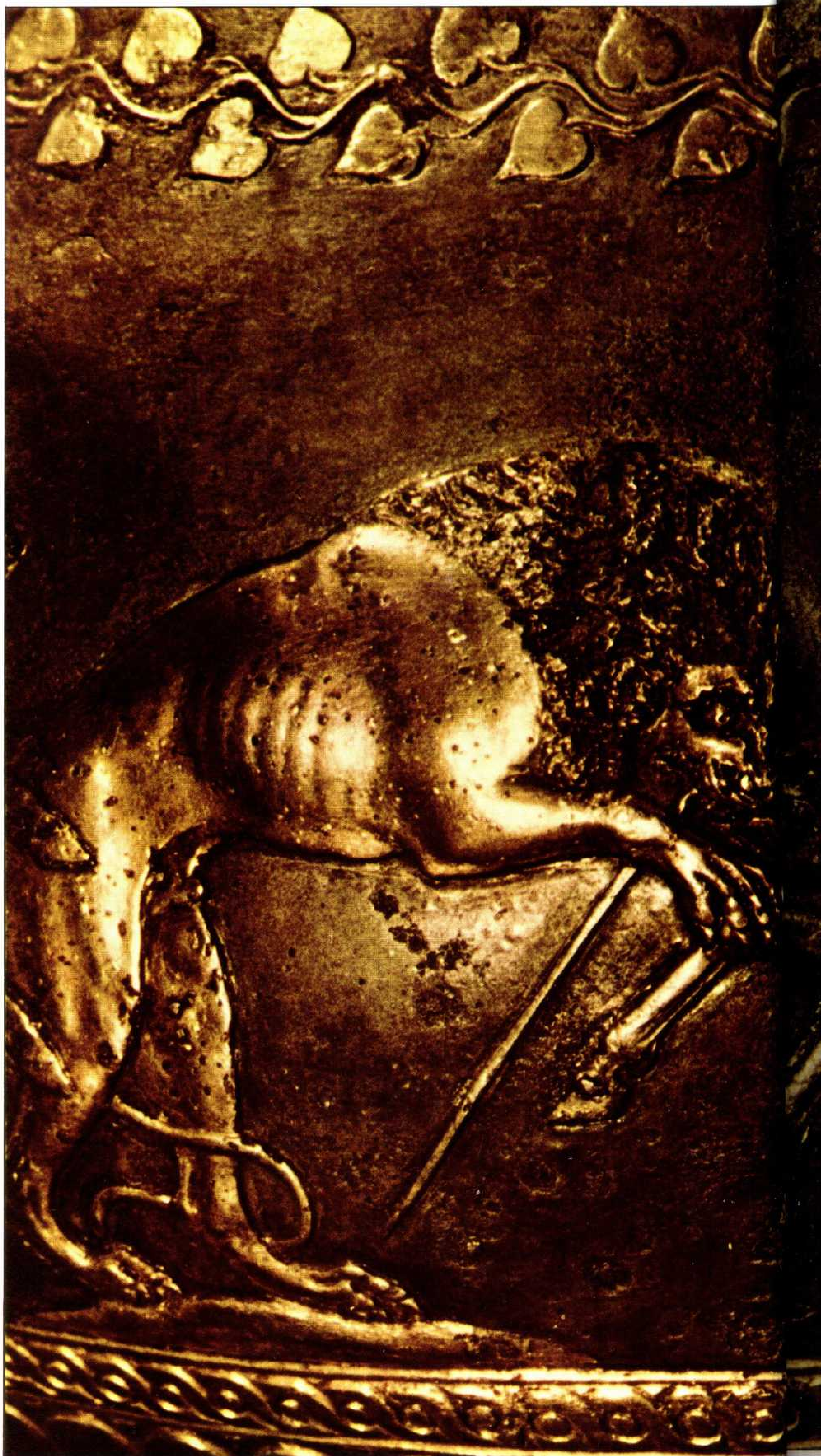
Mejorando Aptitudes en la Caza

El tazón que aparece abajo, hecho en el siglo IV antes de nuestra era, celebra una de las actividades que más gustaban a los escitas: la caza. Las praderas y valles fluviales por los que andaban errantes los antiguos jinetes daban sostén a una gran variedad de animales salvajes, entre los que figuraban venados, jabalíes, zorras, lobos e incluso leones, como demuestra vívidamente la escena reproducida a la derecha.

Cuando daban caza a estos animales, los escitas perfeccionaban su habilidad con la lanza y con el arco y la flecha. Pero también tenían en mucho la carne y las pieles que obtenían de esta manera. Heródoto dice que abrían el animal y sacaban los huesos, y ponían la carne en calderos o dentro del propio vientre del animal, y la cocían sobre un fuego alimentado con los grasosos huesos, que usaban en vez de leña porque en la estepa no crecían árboles.



Este tazón de trece centímetros de alto, con asas añadidas, hallado en una tumba de Solokha, está hecho de plata dorada.



Ayudado por perros que más bien parecen modernos barzois, un cazador retrae el brazo para clavar la lanza en un león herido. Su vestido proclama que es escita, pero su rostro imberbe es más característico del mancebo griego ideal, tema favorito del arte clásico.



Osados Guerreros en la Batalla

Una peineta de oro no parece ser un objeto muy apropiado para representar en ella una lucha a muerte, y, sin embargo, eso es lo que adorna la peineta reproducida abajo, un tesoro del siglo IV a. de J. encontrado en Solokha.

Los escitas eran hombres muy hábiles en el combate, y regularmente rendían culto a su dios de la guerra. Para honrarlo, sacrificaban uno de cada cien enemigos que tomaban prisioneros, desangrándolos hasta que morían y cortándoles el hombro y el brazo derechos, que luego echaban al aire. "Tras sacrificar a las demás víctimas", dice Heródoto, "se retiran quienes han ofrecido el sacrificio, dejando las manos y los brazos donde hayan caído por azar".



Esta peineta de oro fue hallada en la tumba de un hombre que probablemente la usaba como adorno en el largo cabello.



Aunque los tres barbados guerreros son, evidentemente, escitas, el orfebre griego que hizo la peineta, de diez centímetros de anchura, agregó algunos elementos griegos a su obra, entre los que figuran los yelmos, la armadura y, posiblemente, los propios escudos.



Capítulo Segundo: La Doma del Caballo



Los escitas entraron en la Historia como amos del caballo, pero fueron, además, su hechura. Este animal no sólo les dio su insólita movilidad, sino también su impetuosa concepción del mundo; en cuanto perfeccionaron la técnica de montar, dejaron de ser —al igual que otros semejantes suyos de las estepas— los lentos pastores nómadas que habían sido para convertirse en una hueste notable y audaz.

La transformación se produjo como culminación de un larguísimo proceso evolutivo que tuvo sus comienzos hace por lo menos 60 millones de años, cuando aún no existía el hombre, y el caballo, si podía considerársele tal, medía 30 centímetros de altura: más o menos el tamaño de una zorra. A este increíble antepasado del *Equus caballus* actual se le conoce por hiracoterio, y los paleontólogos han desenterrado sus restos fósiles, que se remontan a la época de la historia geológica llamada Eoceno, en lugares tan alejados unos de otros como Inglaterra, Francia, Wyoming, Utah y Nuevo México.

El hiracoterio tenía el lomo arqueado, el cuello y el hocico un tanto cortos, y dientes de coronas desprovistas del duro recubrimiento que protege a los de sus descendientes actuales. Sus patas, acojinadas como las del perro, eran muy distintas de la extremidad básica de los mamíferos, de cinco dedos: no tenía más que cuatro en cada miembro anterior y tres en cada miembro posterior. Además, cada dedo estaba guarnecido, proféticamente, con un minúsculo casco, que aún era poco más que una uña o garra.

Sobre caballos de oro, dos barbados jinetes, cada uno de cinco centímetros de alto, parecen saltar desde los extremos de una torques (completa, a la derecha) hallada en una tumba del siglo IV a. de J. en Crimea. De seis hilos de oro sobre un núcleo incrustado de esmalte, el orfebre griego que la hizo conocía los usos escitas.

"A juzgar por el conjunto de animales que vivían en los tiempos del hiracoterio, y también por la naturaleza de los yacimientos en que se encuentran estos fósiles", dicen los paleontólogos Hildegarde Howard y Chester Stock, autores de *The Ascent of Equus*, "los animalitos vivían en el bosque, y quizá frecuentaban las orillas de los ríos y de los lagos, donde se alimentaban con arbustos de hojas tiernas". Estos expertos han llegado a la conclusión de que "poco hay para indicar al observador superficial que el hiracoterio era un caballo".

Ciertamente, cualquier aficionado moderno a las carreras de caballos que hubiera tenido la suerte de contemplar al hiracoterio —o eohipo, caballo de la aurora, como también se le llama—, no habría sentido la tentación de apostar a que este animalito, con el tiempo, crecería para convertirse en el heroico corcel evocado en el Libro de Job:

"El resoplido de su nariz es formidable; escarba la tierra, alégrase de su fuerza, sale al encuentro de las armas. Hace burla del espanto, y no teme, ni vuelve el rostro delante de la espada. Contra él suena la aljaba, el hierro de la lanza y de la pica. Y él, con ímpetu y furor, escarba la tierra, sin importarle el sonido de la bocina; antes como que dice entre los clarines: «¡Ea!», y desde lejos huele la batalla, el grito de los capitanes, el vocerío."

Tal era el papel que estaba predestinado a representar el hiracoterio, y el caballo de la aurora emprendió la carrera hacia el futuro. Cuando dobló la curva del Oligoceno, hace unos 40 millones de años, su especie se había extinguido en Europa, y durante mucho tiempo después la evolución del caballo se produciría en el continente norteamericano, donde siguió medrando el hiracoterio.

Durante el Oligoceno, el clima cambió para hacerse más marcadamente estacional, y a medida que se modificaba el ambiente, también se modificaba el caballo ancestral. Los bosques cálidos y húmedos

empezaron a ceder su lugar a las llanuras herbosas. Adaptados a las condiciones del bosque, los pies del hiracoterio, de muchos dedos, le habían dado sostén en el suelo poroso; mas ahora se necesitaba otra adaptación que capacitara al caballo de la aurora para la vida en el suelo más firme y el terreno abierto de las llanuras *(página 46)*. Antes de que terminara el Oligoceno, un descendiente del hiracoterio, llamado mesohipo, y otro posterior, el miohipo, habían perdido el cuarto dedo de las patas anteriores, y el dedo medio de las cuatro patas se había vuelto mucho más grande que los dedos exteriores. La nueva conformación facilitó la carrera en las llanuras. Además, el miohipo sobrepasó a todos sus antecesores en tamaño. Sus piernas se alargaron, elevando al animal a una majestuosa altura de casi dos metros: seis manos en la cruz, como acabaría midiéndose a sus descendientes (una mano tiene cuatro pulgadas). No sólo se iban especializando cada vez más sus piernas y dedos para la huida en superficies duras a fin de escapar de sus enemigos, sino que también se habían alargado el cuello y la cabeza para permitirle pacer la hierba en vez de ramonear el follaje de los arbustos.

Se produjeron también otros cambios en el interior de la boca del miohipo; sus dientes evolucionaron de un modo que acabaría permitiendo al caballo consumir hierbas ásperas sin que los dañaran las sustancias abrasivas que ingería con los alimentos. Esta adaptación indispensable tuvo varias características importantes. El duro esmalte, que contornea las complicadas anfractuosidades, recubre la dentina de los dientes laterales. El cemento cubre y ayuda a proteger el esmalte, soldando la corona en una sola pieza. Las coronas, de longitud sorprendente —cinco a ocho centímetros—, penetran profundamente en las quijadas bajo la línea de la encía, y el hueso que se forma debajo de las raíces da corona de reserva a medida que la acción trituradora desgasta la superficie superior. Los dientes anteriores, que se usan para cortar o tronchar, son más cortos que los laterales y únicamente están recubiertos por una capa de esmalte y cemento.

Todas estas especializaciones —de los dientes, las piernas, el cuello y la cabeza— progresaron dramáticamente a partir de hace unos 20 millones de años, en el Mioceno. En esa época, el caballo llamado merychipo poseía ya dedos medios muy agrandados y dedos externos vestigiales que sólo tocaban el suelo cuando el animal huía y pisaba con fuerza. También tenía dientes que podían tronchar y reducir a trozos menudas plantas mucho más duras que las hojas y tallos tiernos de los bosques con que se había alimentado el hiracoterio. Además, su cabeza se había alargado aún más, lo que permitía al merychipo comer fácilmente las hierbas de poca altura que crecían en las llanuras donde vivía.

Pero no fue sino hasta 10 millones de años después, a fines del Mioceno, cuando aparecieron los primeros caballos ancestrales de un solo dedo. Dos grupos —el pliohipo y el dinohipo— tenían diferencias anatómicas relativamente pequeñas con el animal de hoy. Mas habrían de pasar otros ocho millones de años antes de que el animal ungulado que se clasifica como *Equus* —caballo propiamente dicho— apareciera junto con *Homo sapiens:* el hombre.

Antes de que se iniciara la última edad de hielo, *Equus* medró en Norteamérica. Cuando los glaciares que avanzaban enfriaron el clima y redujeron la extensión de los pastos, las manadas de caballos se internaron en los bosques y llanuras de Asia y Europa cruzando el puente terrestre que ascendía y descendía en lo que hoy es el estrecho de Bering. Los caballos que se quedaron en el Nuevo Mundo sobrevivieron hasta hace unos 10.000 u 11.000 años, y luego, inexplicablemente, desaparecieron. Por eso, quienes estudian el linaje del caballo actual consideran que son emigrantes de

América los antepasados directos del caballo salvaje que finalmente se asoció con el hombre.

Estos antepasados del caballo actual empezaron a extenderse por el norte de Asia y Europa y produjeron diversas variedades de caballos. Evolucionaron en dos amplios tipos: uno de huesos grandes, cráneo largo y cara prominente; el segundo, de esqueleto delgado y hocico más corto. Los hombres de Neanderthal y Cro-Magnon conocieron a los dos animales, que les servían de alimento. Así, por ejemplo, en Solutré (Francia), en lo que parece haber sido una especie de matadero usado por muchas generaciones de cazadores de la época de Cro-Magnon, se han hallado los huesos de unos 10.000 caballos salvajes que, al parecer, los cazadores precipitaron por un despeñadero.

Otra notable prueba de la importancia que tuvo el caballo para los cazadores durante el Paleolítico Superior es su frecuente aparición en las pinturas rupestres de algunas cavernas de Francia y el norte de España: en Combarelles, Lascaux, Altamira y otros lugares. Los animales representados por los artistas de la época de Cro-Magnon suelen tener un claro parecido con los caballos salvajes que sobrevivieron hasta los tiempos actuales en las estepas de la Europa oriental y del Asia central: el tarpán y el caballo de Przewalski *(páginas 50-51)*. Pero aunque al parecer los hombres primitivos admiraban al caballo y lo representaban con gracia en su arte, siguieron conociéndolo del mismo modo que conocían al bisonte, el reno y el buey salvaje (llamado uro): como bestia propia para matarla y devorarla.

La domesticación del caballo tuvo que esperar a la "domesticación" del hombre, que se inició con la aparición de la agricultura y la vida sedentaria en el Oriente Medio hace 9.000 ó 10.000 años, y sólo ocurrió después de la domesticación de las ovejas, las cabras y el ganado vacuno. Cuando por fin el hombre cuidó de los caballos, durante mucho tiempo sólo le sirvieron para obtener carne, leche y cuero. Montar a caballo, hazaña que habría de señalar un punto de demarcación en los viejos hábitos del hombre, pertenecía aún al lejano futuro.

El indicio más antiguo de la domesticación del caballo no viene del Oriente Medio, sino de esa región de la estepa que hoy conocemos con el nombre de Ucrania. Allí se han encontrado huesos de caballo con restos de otros animales en los montones de desperdicios de los agricultores neolíticos y los primeros pastores, que hicieron su aparición en la estepa durante el cuarto milenio a. de J.

La creciente importancia que tuvo el caballo para los agricultores se manifiesta en la constante disminución de restos de animales de caza en sus montones de desechos y la creciente preponderancia de los huesos de caballo. Y hacia principios del segundo milenio se interrumpen los testimonios arqueológicos. Evidentemente, ante la presión de otros pueblos que invadían sus dominios, los agricultores de la estepa ucraniana cambiaron su vida sedentaria por una existencia seminómada. Muy bien pudo suceder que comenzaran a usar los caballos como bestias de carga cuando levantaban el campo, y hacia el final de su vida sedentaria tal vez los enganchaban en carretas. Existe también la posibilidad de que a veces se sentaran a horcajadas sobre los caballos más mansos cuando los llevaban a pastar; mas si acaso iban montados de un lado a otro, es más probable que usaran para ello reses de ganado vacuno, más dóciles y menos caprichosas.

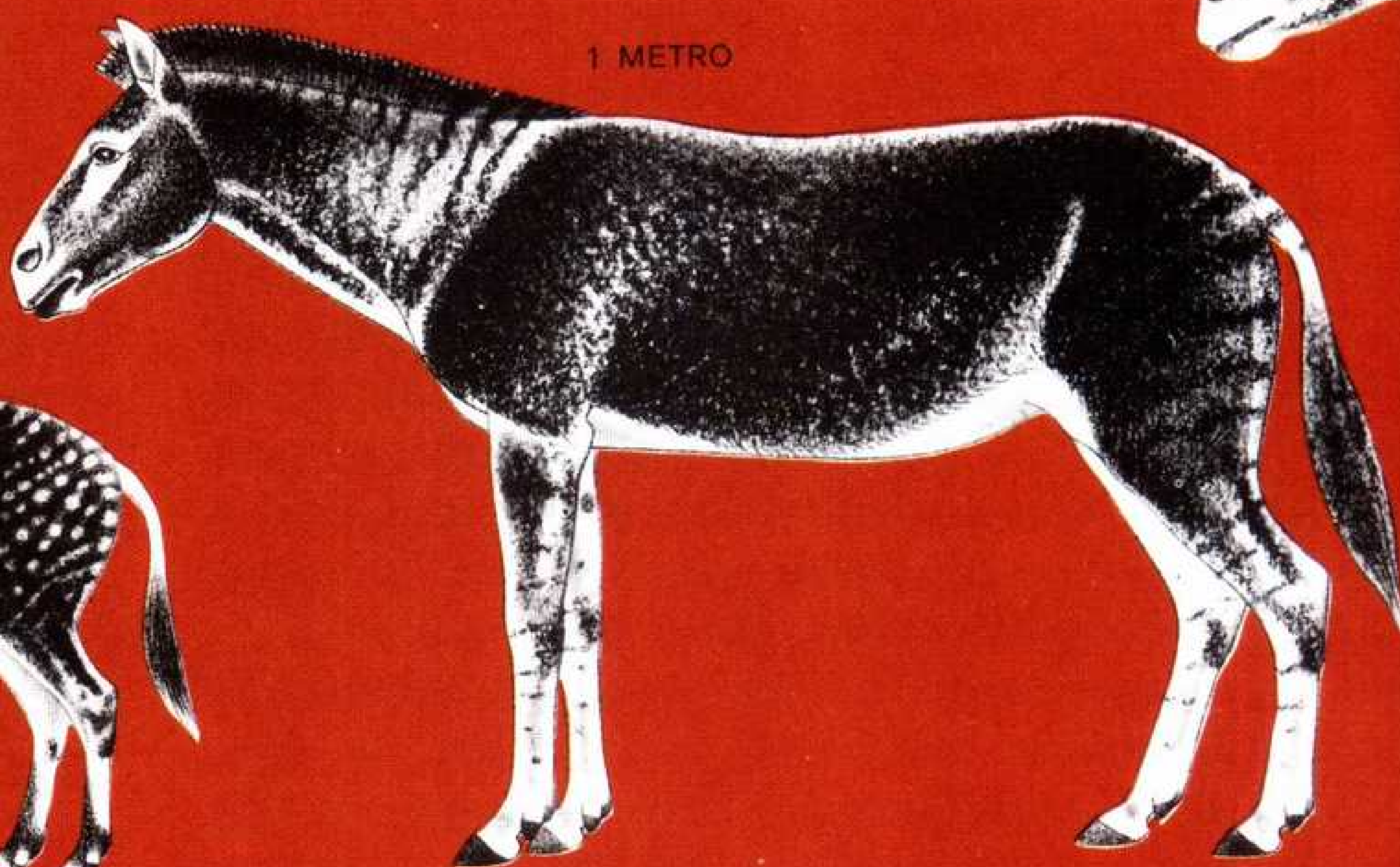
Actualmente, la opinión popular, pero errónea, es que, dado que el caballo es el mejor animal y el más "natural" para montarlo, debió de haber sido el primero. Esta idea ha dado pábulo a la creencia de que es extraño o exótico montar otros animales que no sean el caballo. En la antigüedad, la verdad era lo contrario. A los caballos no se les usó ni tan si-

Genealogía Equina

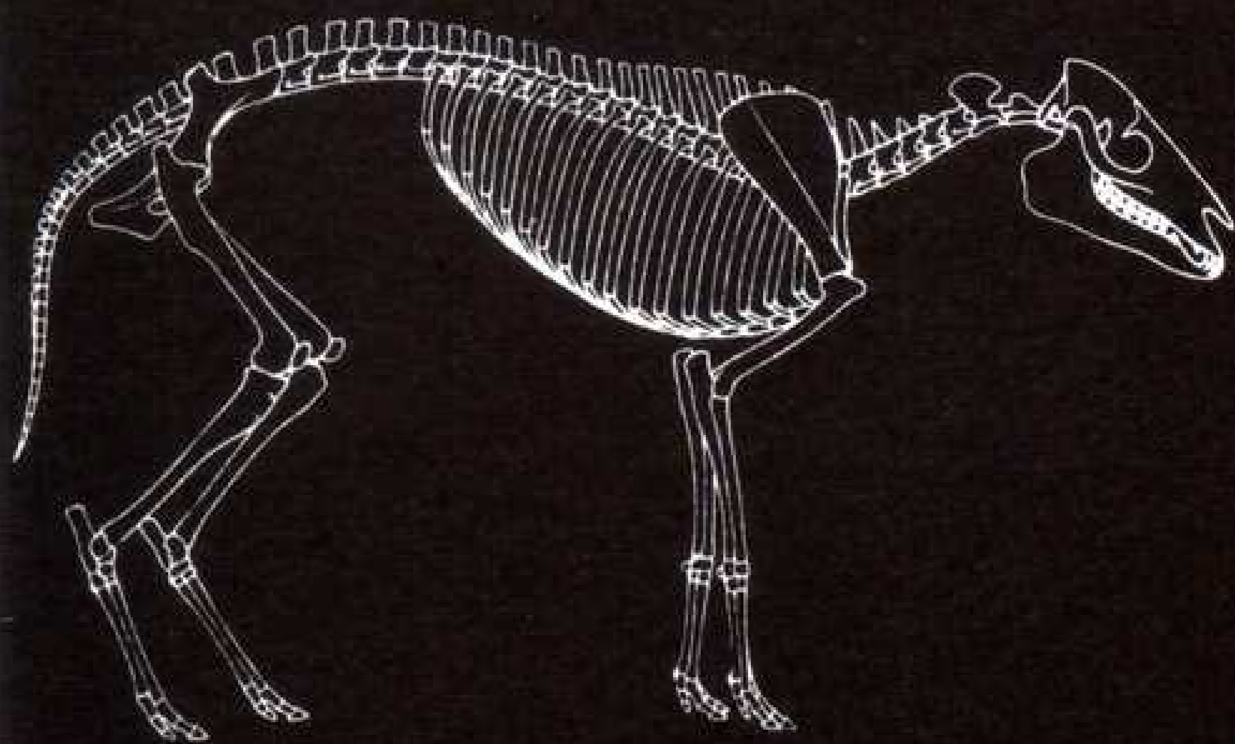
Hace unos 60 millones de años, el hiracoterio (también conocido por eohipo), no más grande que una zorra, mordisqueaba el follaje de los pantanosos bosques de Europa y América. Aunque la especie se extinguió en Europa, en América evolucionó hasta convertirse en el veloz y herbívoro animal de las llanuras: *Equus*, el caballo. En el curso de los milenios, los descendientes del hiracoterio emigraron al Asia cuando un puente terrestre unía los dos continentes; andando el tiempo, todos los caballos se extinguieron en América. El único caballo salvaje eurasiático que sobrevive actualmente es *Equus przewalskii*, cuyos antepasados fueron también antecesores del caballo de nuestros días.

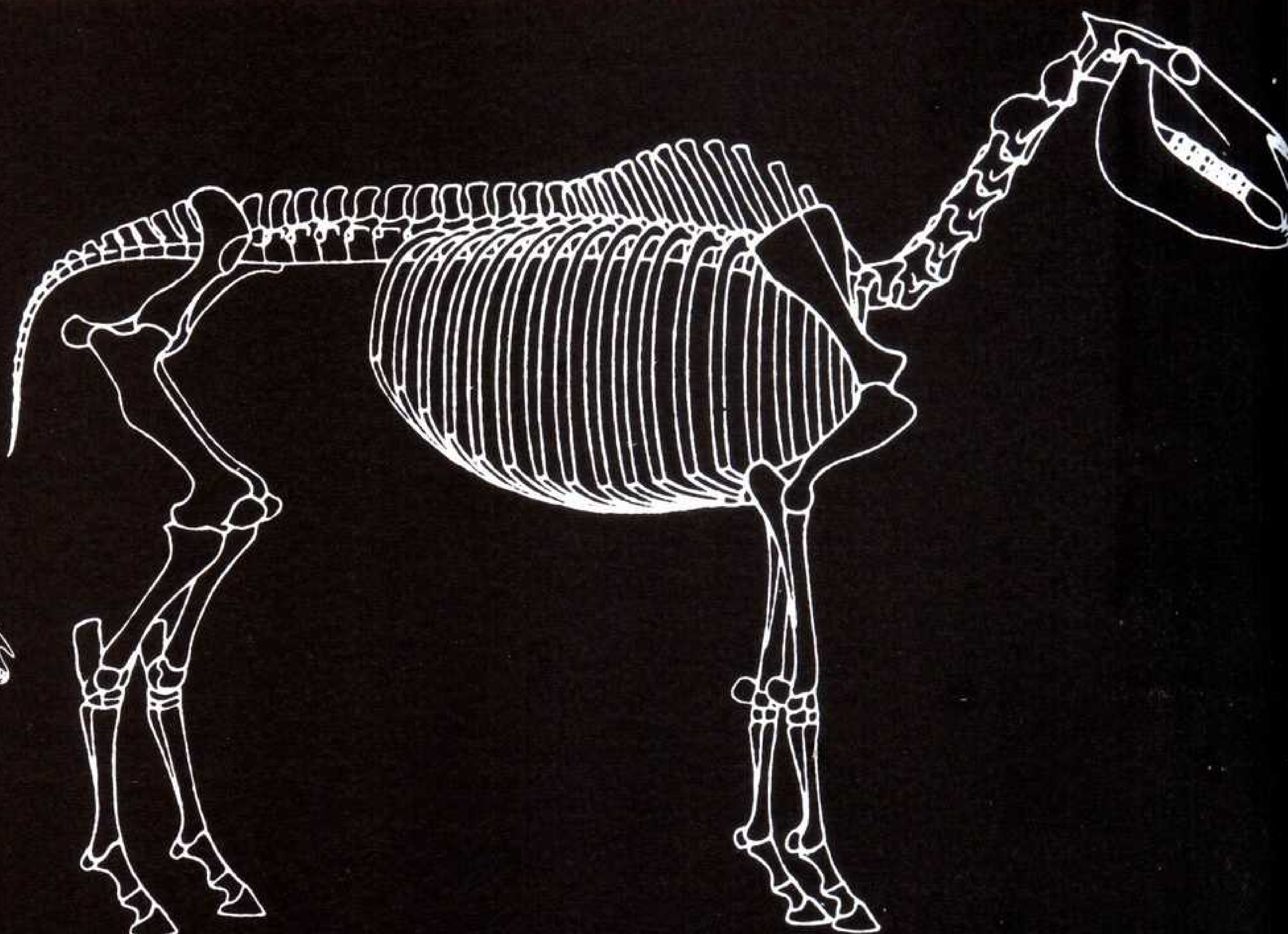


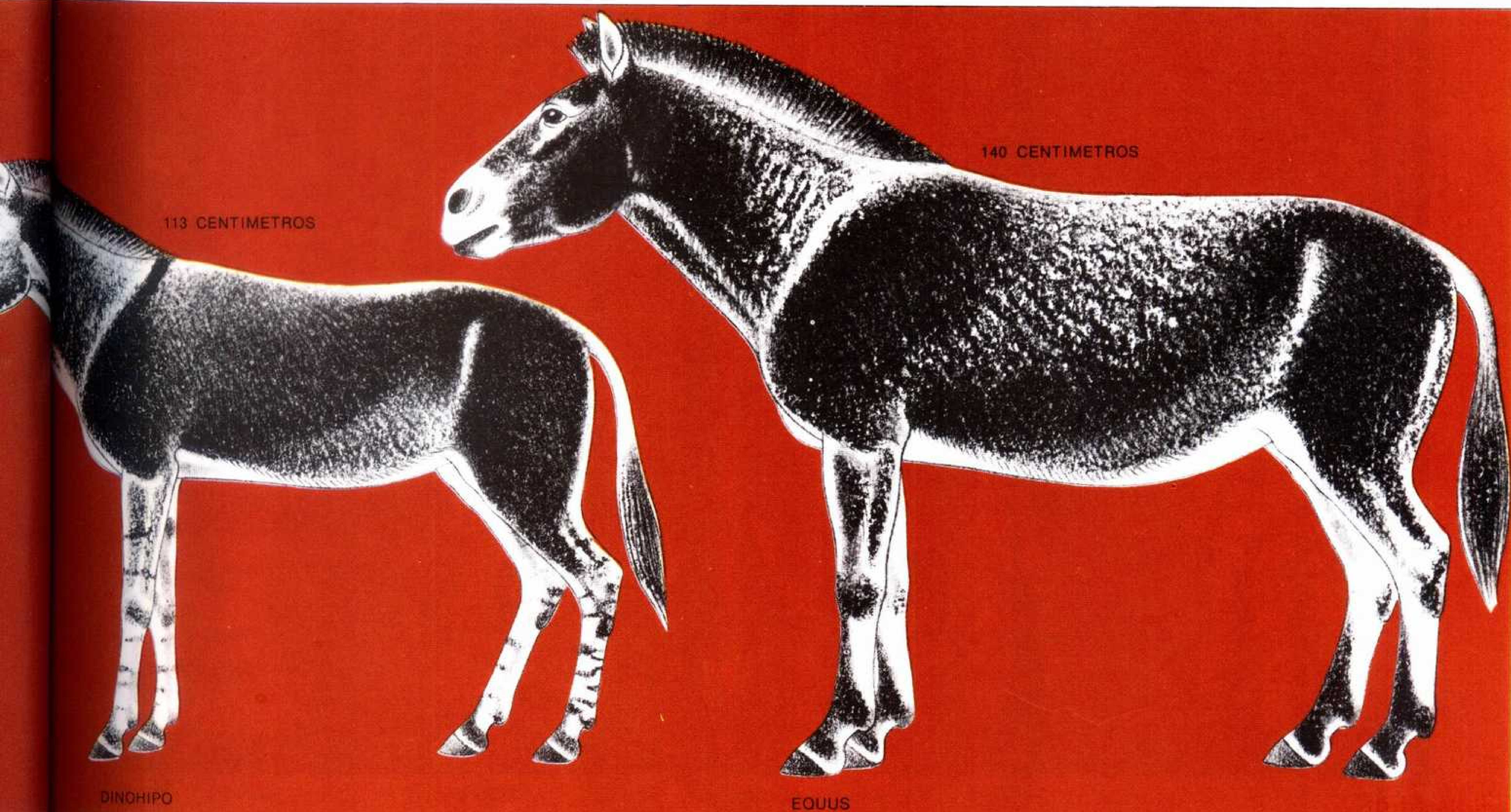




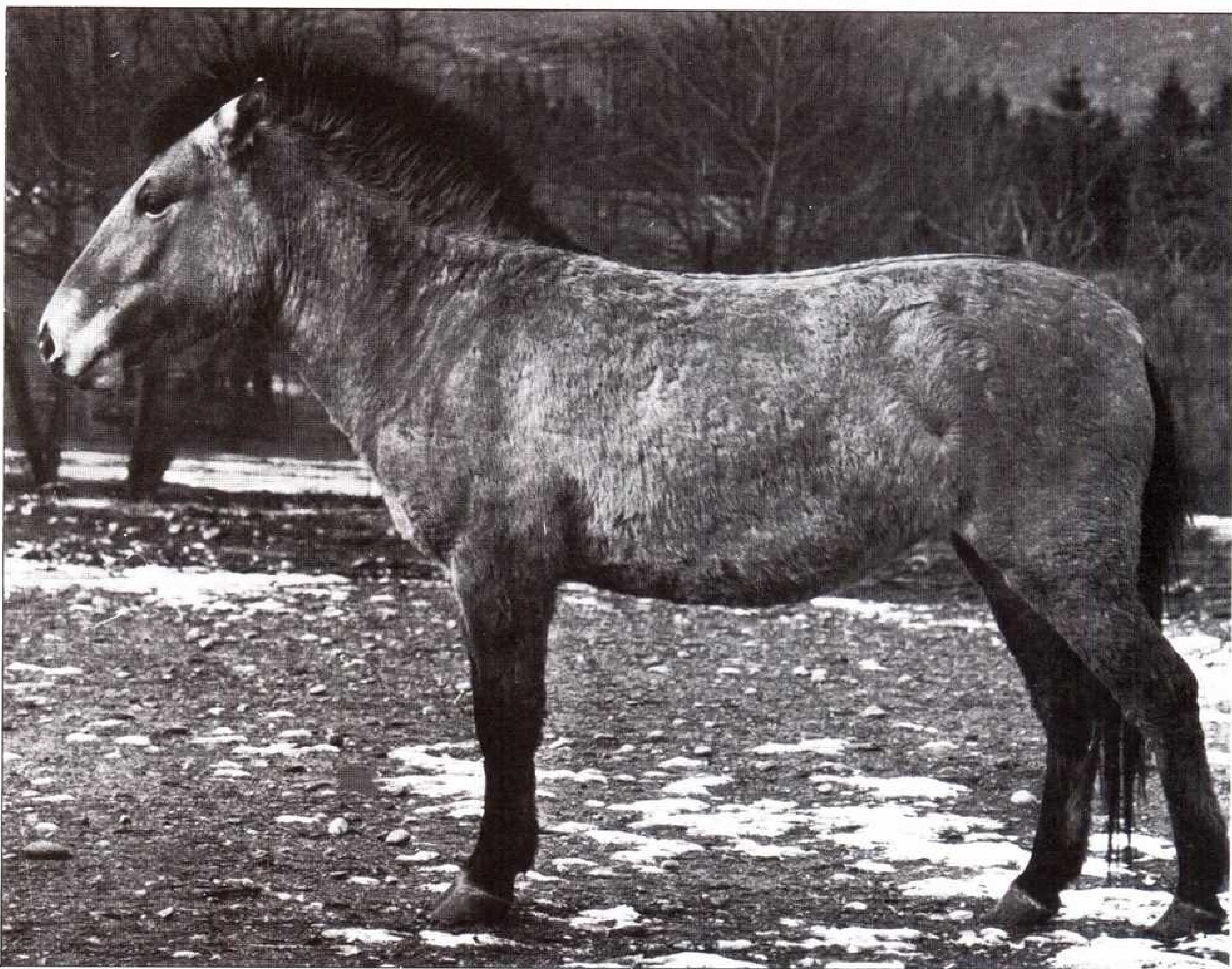
El tamaño y la estructura de las patas son las diferencias más notables entre los esqueletos del hiracoterio y de Equus, mas hay otras de igual importancia. La columna vertebral de Equus no se arqueaba, y en las cruces, las vértebras tenían largas crestas a las que se adherían tendones tan fuertes que sostenían el largo cuello y el pesado cráneo con sus grandes dientes. El alargamiento del cuello permitía al caballo comer sin doblar los remos, cuyos músculos y estructura estaban adaptados para correr.



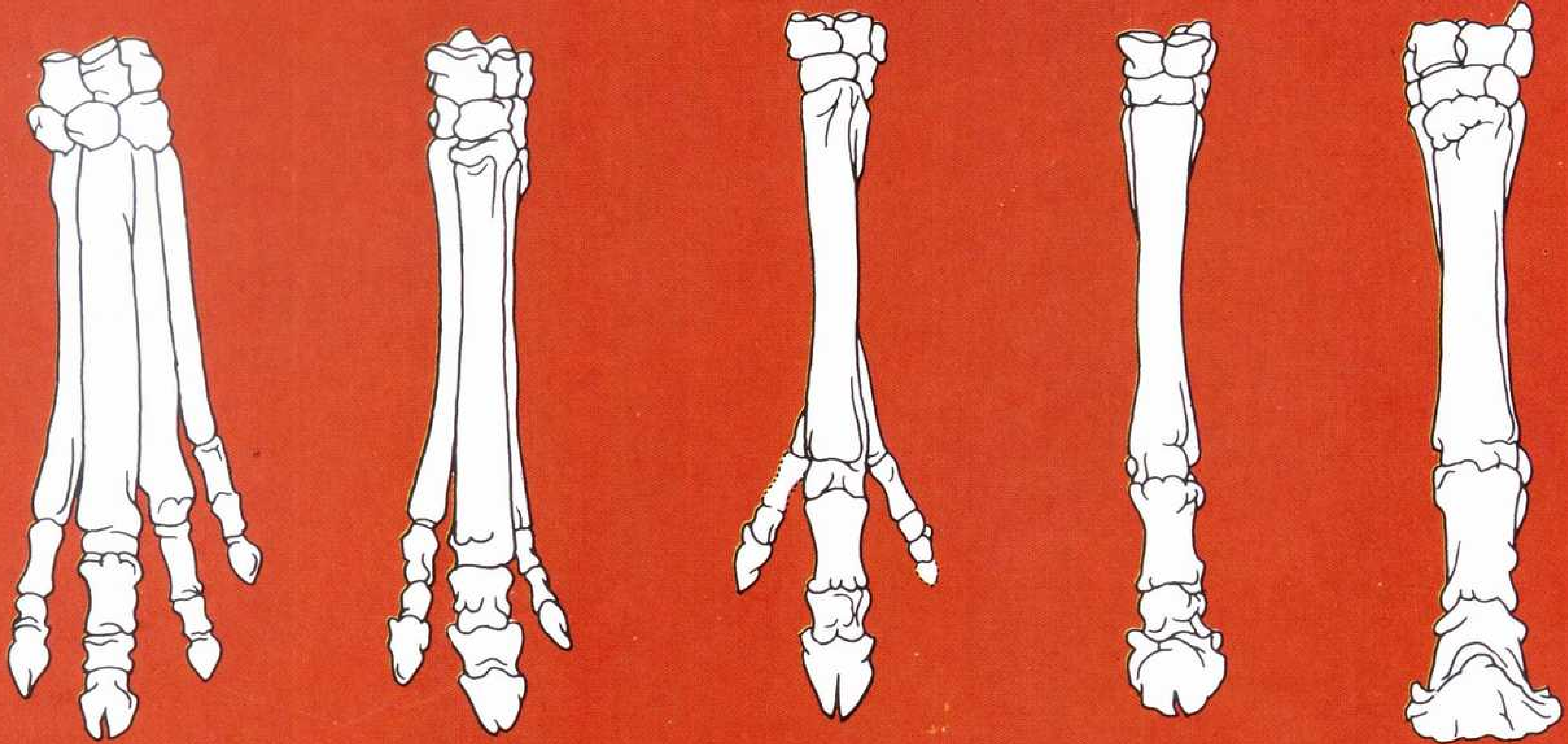


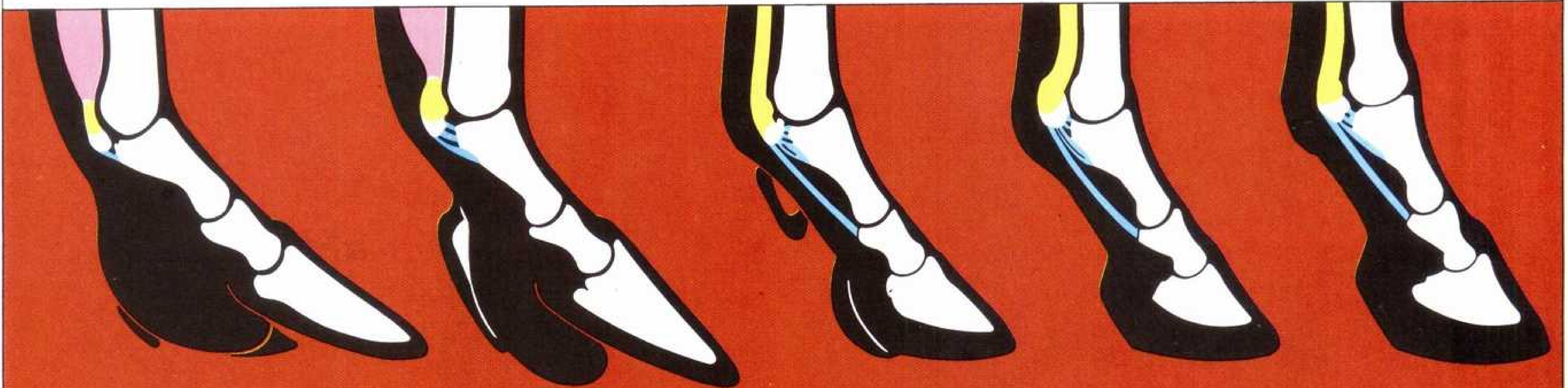


Las reconstrucciones a escala (arriba) de los antepasados del caballo ilustran los principales pasos de la evolución desde el pequeño hiracoterio hasta Equus przewalskii. El mesohipo, que nació del hiracoterio hace 35 millones de años, empezó a adquirir las largas y fuertes piernas que habrían de permitir al caballo correr con gran rapidez. En un período de siete millones de años, las piernas del merychipo se volvieron más largas, y se empequeñecieron los dedos laterales. El dinohipo (hace de 10 a 5 millones de años) fue uno de los primeros caballos de un solo dedo, y Equus, el primero con verdaderos cascos.



Del pie Hendido al pie Compacto





El caballo apoya el peso de su cuerpo en el dedo central único de cada pata. Estos dibujos explican cómo se produjeron tres cambios en el pie hendido y acojinado del hiracoterio para transformarlo en el casco o pezuña compacta y dura del caballo actual. Gradualmente, todos los dedos, menos el central, se atrofiaron y desaparecieron, y al mismo tiempo desapareció el blando cojín, de modo que sólo la uña, o casco, tenía contacto con el suelo. Y al alargarse el pie, desaparecieron también los músculos de éste (color rosado), por lo que los tendones y ligamentos del pie (azul y amarillo) tuvieron que darle un movimiento elástico; por esta causa, el animal, para huir de sus enemigos, podía correr incansablemnte por las llanuras.

quiera como animales de tiro hasta después de que se habían enganchado otros animales a carretas con ruedas. En el Oriente Medio, donde se desarrolló por primera vez el arte de la domesticación y tuvo su origen la rueda, al principio no había caballos para el acarreo. Los pueblos civilizados que vivían en el valle del Tigris y el Éufrates, en Mesopotamia, usaban el buey y una variedad de asno llamada onagro; al buey se le dirigía con la voz y la aguijada, y ambos animales se prestaban a ser gobernados con una anilla que les traspasaba la nariz.

Según parece, el caballo llegó al Oriente Medio hacia el año 2000 a. de J., y como era algo nuevo y extraño, se le conocía por "el asno de la montaña". Algunos autores creen que lo llevaron allí los pastores de las tierras del norte, o tal vez se le adquirió en el intercambio comercial. Es de presumir que los pastores habían aprendido a usar los caballos para tirar de trineos de carga o carretas ligeras y a dominar a los animales con una muserola: una correa o cuerda que rodeaba el hocico del animal y se sujetaba con una banda que le pasaba detrás de las orejas. La anilla que guiaba los movimientos de los bueyes y los onagros habría provocado el pánico en un animal tan excitable como el caballo.

Evidentemente, la naturaleza del caballo influyó mucho para que al principio no atrajera a los jinetes. Pocos hombres se habrían sentido tentados a montar un animal tan caprichoso, y aún más pocos habrían podido sostenerse sobre él. El pequeño hiracoterio se había convertido en el más temperamental de todos los animales domésticos, capaz de eludir a sus enemigos con su velocidad, única defensa posible en un terreno que no ofrecía lugar donde esconderse. En cuerpo y espíritu, el caballo está hecho para la huida, no para la lucha. Cuenta con un sentido de la vista extraordinariamente agudo y un sentido del olfato maravillosamente aguzado que lo hacen salir al galope ante cualquier señal de peligro. Mas una vez capturado, tira coces, corcovea, ataca con las patas anteriores y muerde, a menudo con efectos mortales. También atacarán los machos cuando protegen a las yeguas y los potrillos.

Quizá lo más importante de todo sea que, por naturaleza, casi enloquece cuando siente *algo* sobre el lomo, simplemente porque ha aprendido en el curso de los milenios que probablemente ese *algo* es un animal carnicero. Así, aun cuando el hombre hubiera soñado con montar el caballo mucho antes de que lo hizo, difícilmente habría esperado una acogida hospitalaria del animal que un día sería su compañero.

Aun domado, el caballo conserva un temperamento que no se puede tomar a la ligera. "Es difícil inferir su psicología con alguna exactitud", dice el doctor J. F. Ryff, autoridad en la materia. "Es tímido y arrojado, afectuoso y hostil, dócil e ingobernable, impetuoso y flemático, educable y torpe".

Algunos observadores creen que a un caballo nunca se le domestica en realidad, sino tan sólo se le condiciona temporalmente. Un ejemplo que confirma este modo de pensar se encuentra en las *Memorias de las Cruzadas,* escritas por Jean, Sire de Joinville, noble francés que en el siglo XIII acompañó al rey Luis IX de Francia a la Tierra Santa.

Según Joinville, los ejércitos cristiano y sarraceno habían acampado uno frente al otro en Damietta (Egipto), y los sarracenos atacaban sin cesar el campamento francés. "Y entonces ocurrió que el señor Gualterio de Austria . . . montado en su caballo, con el escudo al cuello y el yelmo en la cabeza . . . clavó las espuelas en el corcel para acometer a los turcos . . . Mas sucedió que (en cuanto) se acercó a los turcos cayó por tierra, y el caballo saltó sobre su cuerpo; siguió corriendo . . . hasta nuestros enemigos, porque los sarracenos, en su mayor número, montaban yeguas, por cuya razón el caballo del señor Gualterio se pasó a los sarracenos."

En vista del carácter veleidoso del caballo, su



Esta cabeza, uno de los retratos más antiguos del caballo, fue tallada en un asta por un artista de la época de Cro-Magnon hace unos 13.000 años. Sólo mide cinco centímetros, pero parece tan vivo que se ha ganado el título de "caballo relinchando", e incluso se puede identificar su especie: Equus przewalskii.

conquista por el hombre parece haber sido, en muchos respectos, una proeza fantástica.

Pero hubo algo, aparte del temperamento del animal, que retardó su uso como montura: el pequeño tamaño de los primeros caballos domesticados. Los animales tomados de las manadas salvajes que recorrían las estepas centrales y occidentales probablemente no excedían de las 12 ó 13 manos, lo que viene a ser un poco más de 1,20 metros; es éste el tamaño medio del caballo de Przewalski, única especie salvaje que sobrevive en nuestros días. Los caballos domesticados procreados por estos animales habrían sido tan pequeños que no habrían servido como monturas para la caza o la guerra.

Sin embargo, estos caballos pequeños demostraron ser muy superiores a los onagros para tirar de los carros de guerra, y en este papel el caballo se hizo común en el Oriente Medio durante el segundo milenio a. de J. Mas antes de ese tiempo ya se había empleado en el Oriente Medio el carro tirado por onagros, tanto para la guerra como para el transporte. Según descripciones que se remontan al año 3000 a. de J., en Mesopotamia los vehículos de cuatro y de dos ruedas eran muy limitados.

El carro de guerra de cuatro ruedas, embarazoso y difícil de manejar —con sus ruedas pequeñas, pesadas y macizas que giraban con el eje— fue sustituido con el tiempo por el de dos ruedas, más adaptable. En su forma más sencilla, este tipo también tenía ruedas macizas, pero giraban independientemente del eje. Su cuerpo era poco más que una tabla fija como continuación de la lanza de tiro a la que se sujetaban los onagros. Sobre esta tabla, frente al eje, había una pequeña plataforma, en la que el conductor montaba a horcajadas sobre la tabla central, y usaba las riendas y la anilla nasal para dirigir a un par de onagros uncidos.

Con el tiempo se hicieron mejoras a este diseño básico. Algunos carros podían ser tirados por dos o incluso por cuatro onagros, y se dejó suficiente es-

pacio para un conductor y un guerrero, que iban de pie en una caja de mimbre, protegidos por un alto guardabarros. Algunos de estos carros, si bien lentos y pesados aun cuando tiraran de ellos cuatro onagros, pueden haber sido usados por los reyes mesopotamios de Agadé y Ur para mantener las comunicaciones en sus extensos dominios.

Andando el tiempo, los caballos reemplazaron a los onagros para tirar de los carros. No sólo eran más fuertes, sino también más rápidos. Con la introducción de la rueda de rayos, más ligera, hacia el año 1700 a. de J., el carro no fue ya un pesado y ruidoso vehículo, sino que estaba en camino de convertirse en una rapidísima plataforma para el guerrero. Nadie sabe dónde se originó la rueda de rayos. Tal vez fue una invención mesopotamia o caucásica. En el Cáucaso, tanto la abundancia de madera como los siglos de familiaridad con los vehículos de ruedas probablemente estimularon los experimentos con los que se buscaba hacer nuevas mejoras.

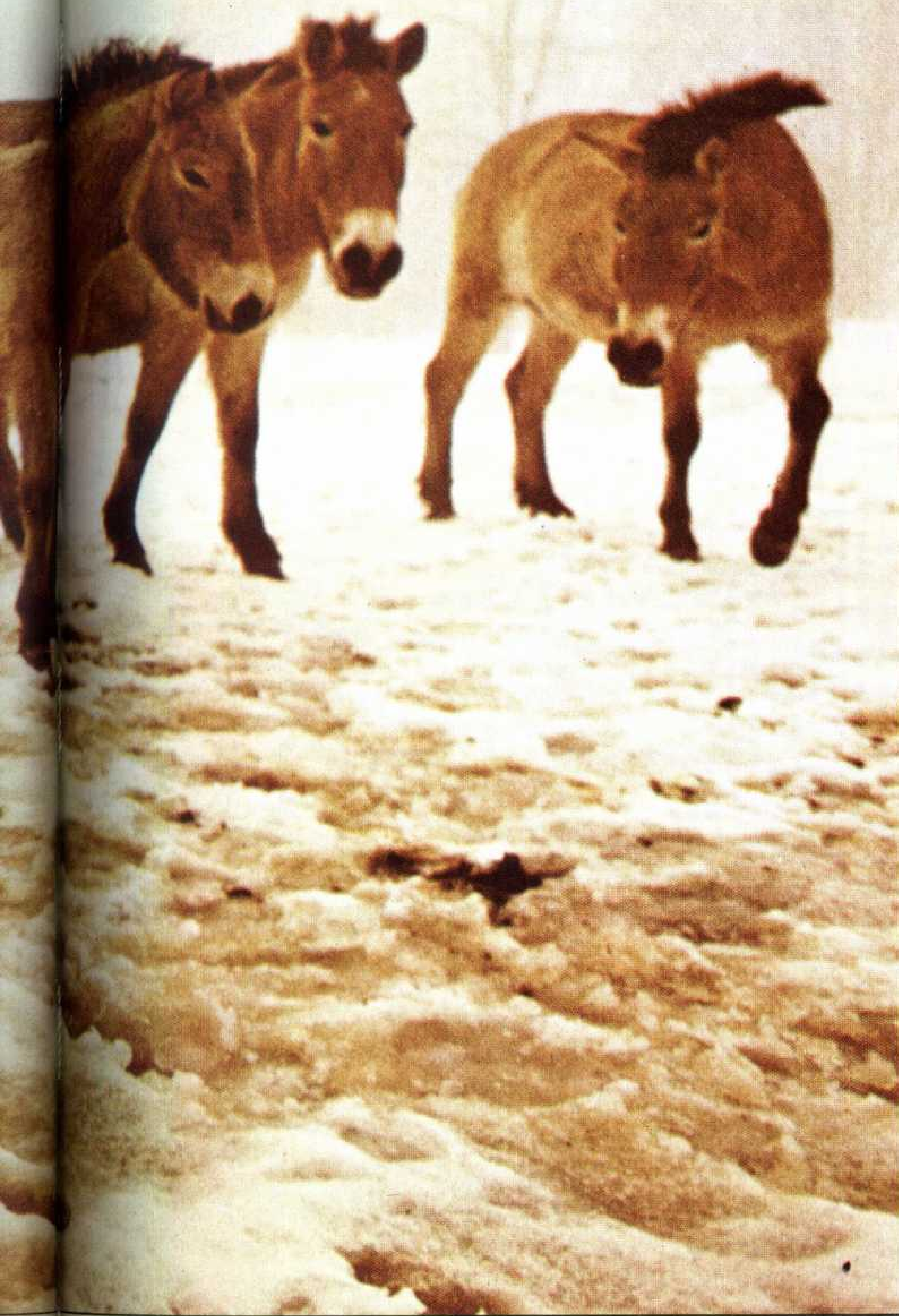
Este progreso en el diseño del carro de guerra estuvo acompañado por otro gran adelanto tecnológico: la adición de frenos a la muserola, hechos de cuero, cuerda y, más adelante, de metal, con quijeras para fijar las riendas. El jinete tenía ahora un mejor dominio sobre el caballo, y a medida que el carro de combate se iba convirtiendo en instrumento de comunicación, y no sólo de guerra, los pueblos conquistadores como los hititas, los asirios y los egipcios pudieron aprovecharlo para construir imperios más vastos, más cohesivos.

Al aumentar la necesidad de carros de guerra, aumentó también la de caballos más grandes y vigorosos, y los hombres, en su domesticación de los animales, empezaron a aumentar el tamaño del caballo mediante la cría. En estado salvaje, los caballos no contaban más que con el forraje para la subsistencia; incluso después de haber sido domesticados, al principio se les dejaba que se valieran por sí mismos, y a menudo morían de hambre durante los largos meses invernales de las estepas. Y los que sobrevivían estaban tan flacos y débiles que no servían de mucho en la primavera. Así, el hombre aprendió a dar granos a algunos de los animales en el invierno, además de alguna especie de abrigo contra la intemperie. Los resultados deben de haberse hecho evidentes muy pronto. No sólo tenían los caballos mejor aspecto —su pelo, por ejemplo, se tornaba liso y brillante—, sino que también aumentaban de tamaño. En un período de varias generaciones, las cabalgaduras de que se había cuidado alcanzaban una alzada varios centímetros mayor que la de los que se había dejado que buscaran el alimento por sí mismos durante todo el año. En cambio, los domesticados que huían de sus dueños volvían a su menor alzada en el curso de unas generaciones.

Así, los hombres configuraron al caballo, y poco a poco se aproximó el día en que lo montarían con regularidad. La prueba más antigua que se conoce de que alguien lo hizo, descubierta en una tumba egipcia de 1350 a. de J., es la figurilla de madera de un caballo montado por un palafrenero. Además, en unas escenas egipcias de batalla, talladas en monumentos que fueron terminados hacia el año 1300 a. de J., figuraban jinetes ocasionales, algunos de ellos, aparentemente, correos; otros, enemigos derrotados que huyen de la carnicería en caballos soltados de los carros. En Grecia se desenterró la tosca figurilla de barro de un caballo y su jinete, que se remonta más o menos a la misma época.

Lo interesante de todos estos hallazgos es que muestran un método deficiente de montar: los hombres usan el llamado asiento de asno *(página 62)*, es decir, se sientan muy hacia la grupa del caballo. (La expresión tiene su origen en el hecho de que cuando monta uno un asno, es mucho más cómodo hacerlo sobre la ancha grupa que en el agudo filo del espinazo.) Además, el sentarse en la grupa de un animal





Caballos de Przewalski como estos recorrieron en un tiempo las estepas por decenas de miles; a mediados del siglo XX quedaban menos de 300, aunque su número iba en aumento gracias a los programas de cría en Europa y en América.

pequeño daba al jinete un poco más de altura para evitar que los pies tocaran el suelo.

Después del siglo XIV a. de J., las representaciones de caballos montados se hicieron cada vez más comunes en el Próximo Oriente y Grecia, pero todavía se ve que se les montaba desmañadamente. Así, por ejemplo, los jinetes asirios del siglo IX a. de J. necesitaban escuderos que marcharan a su lado y manejaran sus monturas a fin de que ellos tuvieran libertad para usar sus armas *(página 62).*

Pasó más de un siglo antes de que los asirios, que aprendieron de jinetes más hábiles, como los escitas, empezaran a sentirse a sus anchas a caballo. Pero debe de haber sido un aprendizaje muy penoso: la silla contorneada que conocemos hoy no apareció sino hasta el siglo IV de nuestra era, y los estribos, hasta el VI. Los primeros jinetes sólo ponían mantas sobre sus monturas para suavizar la cabalgata, y les colgaban, sueltas, las piernas.

Pero, ¿dónde y cuándo se montó verdaderamente a caballo? ¿Cómo se formaron las aptitudes del jinete? Inevitablemente, las respuestas a estas preguntas son evasivas e imprecisas. No es posible precisar la época, sino tan sólo decir que fue después del año 3500 a. de J., en que los habitantes de Ucrania comenzaron a cuidar de los caballos. En cuanto a la región donde ocurrió, algunos autores señalan las estepas del sur de Rusia o del Asia central. Otros eligen la estepa que está al sur del Cáucaso, en Irán septentrional. Las pruebas son escasas en las tres regiones. El primero que cabalgó con arreos tan duraderos que sobrevivieron a los estragos de los siglos y fueran desenterrados intactos, seguramente no fue el primero que montó a caballo. El primer jinete, con arreos primitivos que quizá no consistían más que en unas riendas sujetas a una muserola, habría dejado huellas apenas un poco más perdurables que las de los cascos de su caballo.

Un Antiguo Tratado de Equitación

Uno de los más antiguos tratados de equitación, escrito en el siglo IV a. de J., es una singular guía, práctica y muy completa, destinada a los jinetes. Su autor, el ateniense Jenofonte, fue general del ejército griego y un verdadero maestro en la táctica de la caballería. En el apéndice a un ensayo que escribió sobre los deberes del oficial de caballería, dedicó la atención al propio caballo. El resultado es un notable conjunto de instrucciones graduales que se ocupan de todos los aspectos del arte de montar a caballo. En seguida aparecen algunos extractos de este viejo manual, tan válido hoy como cuando fue escrito.

Cómo amansar al potro

Es indispensable tener el cuidado de que cuando se envíe al domador, el caballo joven sea manso, tratable, y esté acostumbrado a que lo manejen. Se obtiene mejor este resultado si el potro aprende a relacionar el hambre, la sed y los ataques de los insectos con la soledad, y el comer, el beber y la ausencia de cosas que le duelan, con la presencia de los seres humanos.

Y debe uno tocarle aquellas partes que a un caballo suele gustarle más que le acaricien, es decir, las partes donde le crece el pelo con más abundancia y, por lo mismo, menos puede protegerse si algo lo incomoda en ellas. El palafrenero ha de llevar el caballo por lugares donde haya mucha gente reunida y hacerlo que se acerque a donde pueda ver y oír toda índole de cosas. Y cada vez que alguna de ellas le cause temor, es necesario enseñarle, sin malos tratos, sino más bien con halagos, que no hay ningún peligro que temer.

Cuidado y aseo

Cuando se hace el aseo del caballo, debe uno tener la precaución de empezar por la cabeza y la crin, pues si las partes de arriba están sucias, es inútil limpiar las de abajo. En las demás partes del cuerpo se pueden emplear todos los instrumentos de aseo. Es necesario levantar el pelo y quitar la suciedad frotando en la misma dirección en que crezca. Pero no se debe tocar con ningún instrumento el pelo que crece a lo largo de la espina del animal, sino frotarlo con las manos y alisarlo en el sentido en que crece por naturaleza, ya que de esa manera se causará el menor daño a la parte en que se sienta a horcajadas el jinete.

Debe usarse agua para lavar la cabeza, ya que es una parte huesosa y, si se usa hierro o madera para limpiarla, se corre el riesgo de lastimar al caballo. Y hay que mojar el mechón de pelo que le crece sobre la frente, pues aunque el pelo del copete sea largo, no estorba la vista del caballo y, en cambio, ahuyenta de los ojos a los insectos que pueden causarle daño.

Es indispensable lavar la crin, puesto que el pelo debe crecer muy largo a fin de que el jinete tenga el mayor asidero posible. No recomendamos lavar las piernas, pues aparte de que no sirve de nada, el mojarlas todos los días daña los cascos. El aseo bajo el vientre no debe ser excesivo, sino reducirse al mínimo, dado que causa incomodidades al caballo.

Cómo calmar al caballo brioso

En primer lugar, es necesario entender que el brío es al caballo lo que la cólera es al hombre. Y así como resulta menos probable encolerizar a un hombre si no dice uno ni hace nada que lo disguste, así también es menos probable que se irrite un caballo brioso si no hace uno nada que excite su nerviosidad. Cuando está uno montado en él, es imprescindible calmarlo mucho más tiempo que a un caballo corriente, y para inducirlo a caminar, hay que usar los estímulos con la mayor suavidad posible. Y, además, hay que comenzar con el paso más lento y aumentar poco a poco la rapidez, de tal modo que el caballo, en lo posible, no se dé cuenta de que va aumentando la velocidad. Pero si alguien espera que el caballo agote su fogosidad obligándolo a caminar un largo trecho a paso apretado, y que de esa manera se calme, su opinión es contraria a la realidad, ya que, en tales circunstancias, un caballo brioso se esforzará cuanto pueda por salir disparado, y en su cólera, como un hombre de corazón altivo y arrebatado, con frecuencia se inferirá heridas mortales, lo mismo que al hombre que lleve sobre los lomos.

Cómo ganarse su buena voluntad

Si alguna vez quieres, lector, tratar a un buen caballo de guerra de tal modo que puedas montarlo con más donaire y alarde, debes procurar no tirarle de la boca con el freno ni espolearlo y darle latigazos, con cuyo comportamiento cree la mayor parte de la gente que da lucimiento al animal, pues los resultados que obtienen estas personas son completamente opuestos a sus intenciones; lo que sucede es que, al tirarles de la boca y alzarles la cabeza, lo único que consiguen es que los caballos queden como ciegos en vez de dejarles ver por dónde van, y al espolearlos y azotarlos con el látigo, azoran a los nobles brutos de tal manera que se confunden hasta un extremo que a veces resulta peligroso. Pero si enseñas al caballo a caminar con la rienda suelta y el cuello muy erguido, encorvando la parte de atrás de la cabeza, puedes hacer que se comporte como lo hace espontáneamente, cuando está contento y satisfecho.

Y es posible comprobar que le gusta portarse así, pues cuando quiere pavonearse delante de otros caballos, especialmente delante de las yeguas, alza muy alto el cuello y encorva con altivez la nuca, levanta desembarazadamente las patas y mantiene erguida la cola. Y así, cuando obligas al caballo a portarse de este modo en que se pavonea cuanto puede, demuestras que le encanta hacerlo y que es un animal espléndido, altivo e impresionante.

Naturalmente, lo único que podemos hacer es imaginar las circunstancias. Pero ningún escritor ha evocado más vívidamente lo que pudo haber ocurrido que el autor dinamarqués Johannes V. Jensen (1873-1950). Hijo de un veterinario, conocía íntimamente a los caballos; y como autor de un ciclo de novelas sobre la evolución del hombre, en 1944 se le otorgó el Premio Nobel de Literatura.

En uno de sus libros, *El glaciar*, Jensen imagina una familia que vive en un poblado al borde de la estepa. La familia guarda caballos por su carne y para tirar de los trineos y los carros. A los animales se les llevaba a pastar a un terreno rodeado de agua por tres lados y, en el cuarto, por un foso. Los hijos van por los caballos y les echan el ronzal para llevarlos al campamento y uncirlos a los carros. Y en el curso de sus tareas, intentan montarlos, al principio con resultados violentos, como sucedería hoy con un caballo cerrero.

"No había que pensar en que un caballo tolerase a un hombre sobre su intangible lomo. La experiencia heredada de muchas generaciones había hecho que el caballo, inconscientemente, se hiciera inaccesible a la menor aproximación de un ser humano."

Cada vez que uno de los muchachos intentaba sostenerse en el lomo del animal, "el caballo, molesto, saltaba en el aire hasta despegar las cuatro patas del suelo, para sacudirse a aquel intruso insolente; si éste continuaba montado a pesar de todo, se empinaba sobre las patas delanteras y luego sobre las traseras; y si aún este balanceo no bastaba a derribarlo, el bicho daba un salto desaforado hacia un lado, convirtiéndose su lomo en un arco en el que ningún ser humano podía sostenerse; si, a pesar de todo ello, el jinete permanecía clavado . . . entonces (el animal) se echaba en tierra, revolcándose en el suelo o —mejor aún— sobre un montón de piedras, pataleando con los cuatro remos para sacudirse al impertinente, o bien, dando un salto bajo un árbol para que el jinete, al chocar con una rama baja atravesada, saliera disparado por la grupa".

Uno de los hijos, llamado Lobo, encuentra al fin el modo de aprovechar lo que Jensen llama románticamente la "secreta simpatía" entre el caballo y el hombre, un "oscuro recuerdo" de la época en que los antepasados de ambos vivían juntos en el mundo salvaje. El mozo mima a un potro nacido en el cautiverio; desde su nacimiento, lo consiente y le ofrece su amistad. Aprende a acercarse a él con la más profunda tranquilidad, sin el menor movimiento imprevisto. Le da de comer lo mejor y lo acaricia sin cesar, le habla con dulzura, lo acostumbra poco a poco a su presencia, al contacto de su mano.

"Tan metido en la sangre llevaba aquel ingénito miedo, que continuamente estaba dando brincos, como sintiendo mil impulsos de fuga, estremeciéndosele las patas y alarmados sus ojos inmensamente abiertos; movía nerviosamente las orejas, echándolas hacia atrás mientras rechinaba los dientes; se le dilataban los ollares, transparentándosele los rojos cartílagos nasales. No quería que lo acariciaran, aunque estaba deseando recibir caricias. Cuando lo tocaba una mano humana, daba un respingo como si le hubieran aplicado fuego. Su humor cambiaba como cambia la brisa sobre el agua; sólo tras un larguísimo período de incansables muestras de paz consintió en acostumbrarse; pero jamás llegó a ser lo que se dice un animal *amansado*."

Arrimándose primero al ijar y pasando ligeramente el brazo por el lomo, el chico llamado Lobo acostumbra poco a poco al caballo a su peso. Luego, por fin, llega el momento en que se sube en el lomo y se sienta a horcajadas y el caballo consiente en que lo haga. Comienza andando con paso de andadura, mas antes de mucho los dos galopan por el cercado y después en la abierta extensión de la estapa. "El primer jinete, enroscada alrededor del vientre una piel de lobo, flotándole en torno de las orejas su

Galas para Corceles de Buena Raza

De las tumbas de la cordillera del Altai, en Siberia, ha salido la prueba vívida de cuánta importancia daban los antiguos jinetes a sus cabalgaduras, que los acompañaban incluso hasta la tumba. Entre los restos de estos caballos había huesos de animales especialmente altos y cuidados, con sillas, bridas y tocados, que han servido de base para el dibujo reproducido abajo. Sin duda, el dar grano a los caballos y proporcionarles albergue durante el invierno mejoró su aspecto, pero la castración en los primeros años, que prolonga el período de crecimiento de los huesos largos y las vértebras cervicales, realzaba aún más su aspecto, pues les daba cuerpos más altos y cuellos más largos y esbeltos.





Rellena con pelo de venado, esta primitiva silla de montar era un cojín para los muslos del jinete y suavizaba la cabalgata. Hecha de fieltro, tiene aplicadas las multicolores figuras de un grifo que se apodera de una cabra montés. Los accesorios están ribeteados con piel y pelo de caballo, teñidos, respectivamente, de rojo y de azul.



Adornada con todas sus galas terrenales, una bella cabalgadura espera ser sacrificada y enterrada cerca de su amo en Pazyryk. La máscara qüe cubre su cara tiene fundas perforadas para las orejas y termina en un par de astas estilizadas. El sudadero y sus accesorios están ornamentados con recortes de fieltro, cuero y chapa, y sobre la rígida sobrecrín hay unos mechones de rojo pelo de caballo.

cabellera rubia . . . Lobo formaba un solo bloque con el caballo salvaje, rayado todavía como la cebra, con el lomo marcado por el rayo, y con centellas bajo cada uno de sus cascos."

Muy bien pudo haber sucedido como lo imaginó Jensen. Pero, sea cual fuere el modo en que se produjo la primera cabalgata, la subsecuente alianza entre el hombre y el caballo aumentó en proporciones enormes las aptitudes del jinete. El mundo que lo rodeaba disminuyó de pronto de tamaño, el horizonte se hizo más extenso y, al mismo tiempo, se acercó. El hombre montado se había vuelto más grande que el vivir, e irresistiblemente miró desde lo alto a sus contemporáneos con aire de superioridad. El auriga sólo había aprovechado indirecta e incompletamente las aptitudes del caballo; el hombre que lo montaba compartía ahora esas aptitudes directa y plenamente, y por primera vez conoció la emoción de obrar más allá de sus limitaciones físicas.

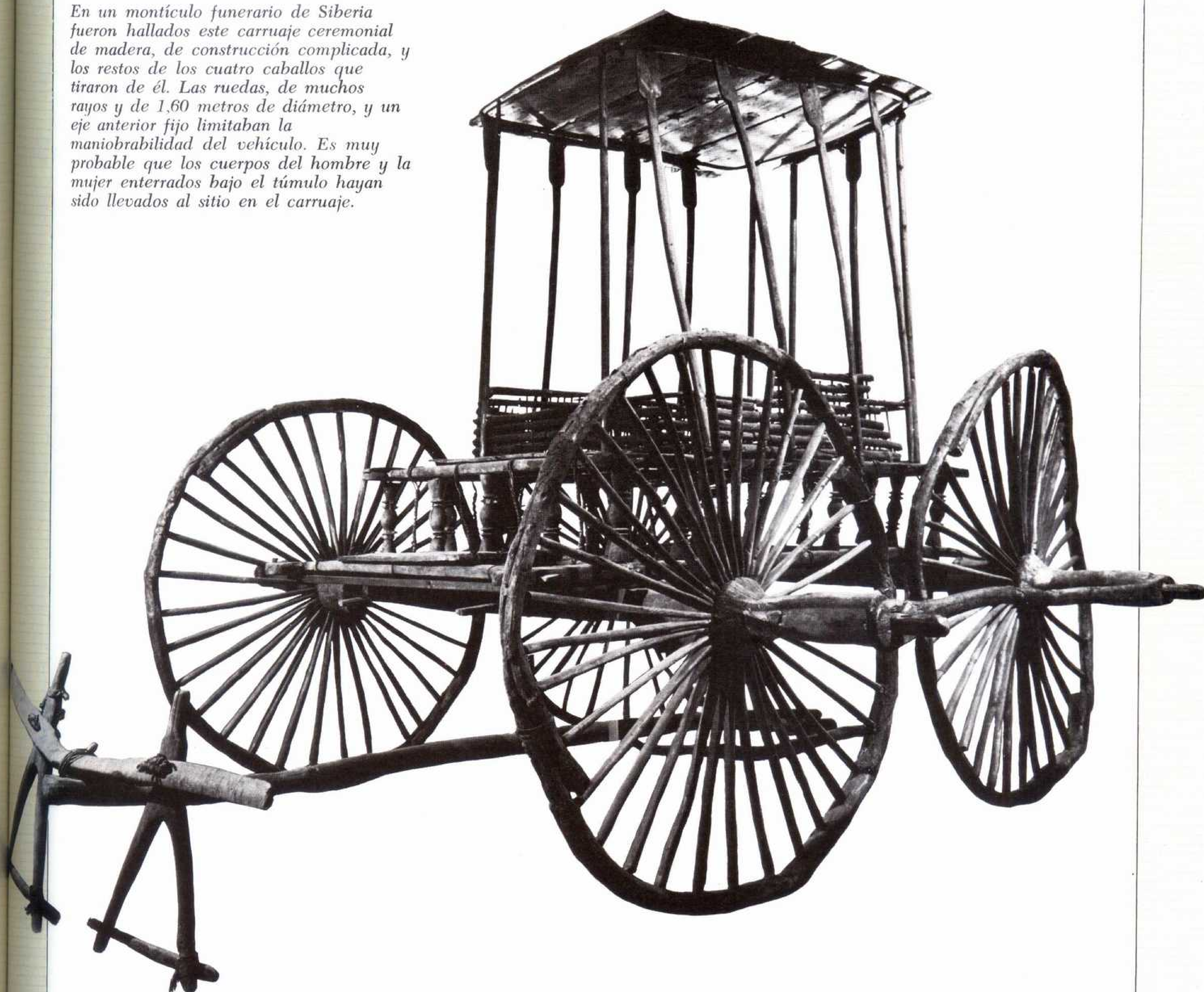
Si el caballo aumentó radicalmente la esfera de acción del hombre, el efecto que tuvo en su espíritu fue, por lo menos, igualmente notable. Sus nuevas aptitudes ampliaron su visión y acrecentaron el sentido de su valía. También inflamaron su vanidad, engendrando una arrogancia a la que todavía hoy se refieren quienes, en algunos países de habla española, dicen de alguien que "está bien montado en su caballo", o cuando se emplea la palabra "pedestre" con cierto matiz despectivo, o cuando los équites (caballeros) romanos constituyeron una clase intermedia entre los patricios y los plebeyos. Una anécdota narrada por el filósofo griego Diógenes Laercio, quien escribió en el siglo III, dice que unos 500 años antes, Platón, cediendo ante la insistencia de sus amigos, montó una vez a caballo, pero al momento se bajó del animal por el temor de que lo embargara la "vanagloria del noble bruto".

En su propia exaltación del caballo se ve prueba abundante de que el hombre se sentía exaltado por el animal. Acabaron tallándose imágenes del cuadrúpedo en las paredes de los templos; se le representaba en estatuas, se le pintaba, se le estampaba en las monedas y se le celebraba en la poesía y la novela: La antigua palabra hebrea para designar al caballo, *abbir*, también quería decir "fuerte", "valiente". Los jefes escitas, como los de otras tribus de jinetes nómadas que aparecieron en las estepas, incluso se llevaban sus monturas a la tumba.

Heródoto dice que los escitas también consideraban al caballo un sacrificio digno de sus dioses, y algunos pueblos de la antigüedad, dando un paso más, elevaron al animal a su panteón. En los antiguos mitos religiosos de la India, por ejemplo, a los dioses del sol, la luna y el rayo se les representaba en forma de caballos. A muchos de los dioses y héroes de las civilizaciones clásicas les habría resultado difícil hacer lo que hicieron sin sus corceles: a Marte, dios romano de la guerra, solía representársele a caballo, y sin el auxilio de su caballo alado, Pegaso, quizá el semidivino Belorofonte de la mitología griega no habría logrado nunca su victoria sobre las amazonas.

Hasta llegar a los tiempos del cristianismo, el caballo siguió siendo objeto de admiración temerosa o veneración. En el Nuevo Testamento, San Juan describió las cuatro figuras del Apocalipsis —el hambre, la guerra, la peste y la muerte— como jinetes. Y montado por santos tales como San Jorge y San Martín, en la Edad Media el caballo era emblema de valor y generosidad.

A veces, el hombre atribuía incluso poderes ocultos al animal. Tácito, historiador romano, dice que las tribus germánicas tenían caballos blanquísimos "en sus bosques sagrados, sin que los tocara nunca nadie ni se les obligara a hacer labor mortal" para que consultaran con ellos los reyes y otros dignatarios que tomaban como consejo y profecía



En un montículo funerario de Siberia fueron hallados este carruaje ceremonial de madera, de construcción complicada, y los restos de los cuatro caballos que tiraron de él. Las ruedas, de muchos rayos y de 1,60 metros de diámetro, y un eje anterior fijo limitaban la maniobrabilidad del vehículo. Es muy probable que los cuerpos del hombre y la mujer enterrados bajo el túmulo hayan sido llevados al sitio en el carruaje.

sus relinchos. Quizá el caballo desempeñó incluso un papel decisivo para determinar el curso de la historia antigua: la leyenda dice que Darío el Grande llegó a ser rey de Persia después de que quienes le disputaban el trono resolvieron cederlo a aquel cuyo caballo relinchase primero una cierta mañana.

El acatamiento místico al caballo persistió hasta tiempos relativamente recientes, sobre todo entre los pueblos primitivos. Incluso a principios del siglo XX, cuando nacía un niño entre los indios patagones del extremo meridional de América del Sur, se le ponía dentro del estómago recién abierto de una yegua o de un potro. La ceremonia se proponía imbuir en el niño los atributos del centauro. Y todavía en nuestros días persiste una cierta concepción mágica del caballo en la creencia común de que la herradura es un símbolo de la buena suerte.

Aunque la diseminación del arte de montar a caballo afectó profundamente el espíritu y la movilidad del hombre y alteró de clara manera las pautas de vida en casi todas las partes del mundo, en la mayoría de los lugares el cambio se produjo gradualmente. Pero en las estepas eurasiáticas, donde tuvo sus comienzos la equitación, creó con asombrosa rapidez todo un nuevo estilo de vida entre tribus que desde hacía mucho estaban acostumbradas a la vida aldeana basada en la pauta sencilla e inmutable de la agricultura y la cría de ganado.

Abundan los testimonios arqueológicos de este venerable estilo de vida en la extensión de las estepas. Lo que exaspera a quienes estudian estas cuestiones es la falta de pruebas precisas sobre los acontecimientos que tan repentinamente transformaron a esa sociedad sedentaria, relativamente pacífica, en una sociedad de jinetes nómadas agresivos que cruzaron al galope gran parte del mundo antiguo. Los únicos indicios de esa brusca transición fueron las huellas que dejaban los cascos de sus cabalgaduras, pero esas huellas han sido tan fugaces como las nubes de polvo que levantaban tras ellos.

La Milagrosa Asociación Entre Hombre y Montura

Mucho antes de que el hombre aprendiera a sentarse firme y confiadamente a horcajadas en el lomo de un caballo, el cuadrúpedo le había servido de muchas otras maneras: primero, como animal salvaje al que cazaba para aprovechar su carne y su piel; luego —después de domesticarlo—, como fuente de leche, y andando el tiempo, como rápida fuerza motriz para sus carros de guerra. Cuando por fin lo montó, estaba muy lejos de ser un consumado jinete. Sólo después de que adquirió la habilidad y los arreos que le permitieron dominar al corcel brioso y fuerte, se sintió completamente a sus anchas a caballo, capaz de perseguir a los animales más veloces o de sembrar el terror y la carnicería en la batalla contra los enemigos que no habían aprendido a montar.



Al freno se agregaron quijeras, como esta de bronce del siglo VIII a. de J., del norte de Irán, para sostenerlo en la boca del caballo.

Aurigas: Precursores de los Guerreros Montados



Mientras un hombre conduce el carro de dos ruedas, otro apunta con el arco en esta impresión tomada de un sello de oro, de 3.500 años de antigüedad, que fue encontrado en una tumba micénica. La escena, cacería de un venado, es la representación más antigua que se conoce de un carro tirado por un caballo.



En su carro de guerra arrastrado por un tiro de caballos, el rey asirio Asurnasirpal caza leones, pasatiempo de los antiguos monarcas. El carro ligero de ruedas con rayos aparece en un relieve del siglo IX a. de J. de su palacio de Nimrod; representa un adelanto sobre los anteriores carros mesopotámicos de ruedas sólidas, que no se enganchaban a caballos, sino a onagros, menos vigorosos.



Del Torpe Caballista al Jinete Consumado



Sentado precariamente muy hacia la grupa del caballo, posición más adecuada para montar en un asno, este jinete, que monta en pelo, tomado de una escena egipcia de batalla del año 1350 a. de J., aproximadamente, sin duda no es un jinete hábil. Las largas riendas indican que ha huido de la lucha en un caballo que se soltó de un carro de guerra.



En un relieve asirio del año 850 a. de J., aproximadamente, los arqueros montados aún cabalgan mal, pues conservan el "asiento de asno" egipcio (véase arriba). Tan inseguros se sentían los asirios a caballo, que un escudero los conducía para sostener las riendas mientras los guerreros usaban los arcos.

Los cazadores asirios del siglo VII a. de J., que ya no eran torpes ni aprensivos, aun sin estribos dominaban sus monturas fácil y confiadamente. Como se ve en este relieve de Nínive, montaban muy adelante, apretando al corcel con rodillas y pantorrillas, demostrando una habilidad que deben de haber aprendido de los escitas, que alguna vez fueron aliados de Asiria en la guerra.



Nueva y Mortífera Pericia



Dominado ya el arte de montar, el guerrero podía concentrarse, más que en mantenerse a horcajadas sobre el caballo, en desarrollar destrezas tales como el llamado disparo parto, que aquí lanza un ufano escita. Es esta una de las cuatro figuras que circundan la tapa de una vasija de bronce de fines del siglo VI, de 45 cm de altura, encontrada en el sur de Italia (derecha). Al parecer, guía al caballo con las rodillas, por lo que puede usar las dos manos para disparar desde la grupa, técnica de lucha característica de los escitas.



El Papel del Caballo en la Leyenda y el Mito



En una crátera ática del siglo V a. de J., una guerrera amazona alancea a un adversario caído. La descripción griega de estas mujeres que montaban a caballo pudo haberse inspirado en las sármatas, que vivían al este de los escitas y cuidaban de los rebaños con sus maridos, y en su compañía iban a la guerra.



La rapidez, vigor y gracia del caballo cautivaron de tal manera la imaginación del hombre que a veces se confundía con él en la mitología. Este centauro del siglo IX a. de J., de 35 cm. de alto, proviene de la isla griega de Eubea.



A punto de emprender el vuelo, un caballo alado adorna una placa de oro de 5 cm. hallada en una tumba escita del siglo IV a. de J., en Crimea, que estuvo bajo la influencia griega. La figura representa al caballo mítico Pegaso.

Capítulo Tercero: Pobladores de las Estepas



Cualesquiera que hayan sido el lugar y la época en que se originó, el arte de montar a caballo tuvo efectos profundos y perdurables en los habitantes de las estepas, provocó una transformación tan revolucionaria que la historia esencial de estos pueblos vigorosos puede dividirse en dos períodos: antes y después de los primeros jinetes. Hacia el año 900 a. de J., la súbita aparición de hombres montados entre las dispersas tribus seminómadas produjo un nuevo tipo de organización social, sumamente móvil y extenso, que habría de sobrevivir a todas las civilizaciones contemporáneas. En efecto, esta "forma peculiar de sociedad", como la ha llamado un autor, floreció hasta los principios de la moderna era industrial, un lapso de 2.700 años. Y todavía hoy existe en algunas partes no desarrolladas de Asia.

La dilatada región donde surgió esta sociedad dinámica es una imponente extensión de tierra que, casi sin horizontes, se tiende como un rasgado manto sobre las espaldas de dos continentes. Su mayor parte consiste en llanuras de hierba, cuya planicie sólo interrumpen los boscosos valles de los ríos. En el oeste, estas llanuras comienzan en los Cárpatos, en la frontera oriental de Hungría, y se vuelcan sobre parte de Rumania hasta el Danubio y la costa del mar Negro. Encorvándose hacia el norte en torno a este mar y el de Azov, atraviesan la región meridional de Rusia que fue el dominio de los escitas. De allí descienden al sur hasta el Cáucaso y se extienden por una especie de corredor que forman la costa septentrional del mar Caspio y la prolongación meridional de los Urales, barrera montañosa que señala el fin de Europa y el principio de Asia.

Apaciblemente, dos guerreros nómadas y una mujer de alto tocado descansan bajo un frondoso árbol, de cuya rama pende una funda para arco y flechas. La correa en la mano y los caballos embridados indican que el grupo partirá dentro de poco. Este adorno de 15 cm. de longitud, usado en un cinturón, formó parte del tesoro robado de las tumbas siberianas, obsequiado a Pedro el Grande en el siglo XVIII.

En Asia, las praderas bordean el mar Aral y, ondulando hacia el este, cruzan Siberia arriba de la estepa, en gran parte desértica, de las regiones de Kazakistán y Zungaria, al norte de los montes Tien Chan, en el oeste de China. Entonces, a unos 4.000 kilómetros de su extremo occidental de Europa, las praderas tropiezan con su primer gran obstáculo, la cordillera del Altai, que forma el límite entre Mongolia occidental y Siberia. Al otro lado del Altai, en una altiplanicie sembrada de áreas áridas, las praderas corren en torno a otra barrera, el desierto de Gobi. Más allá del Gobi se encorvan gradualmente hacia el norte hasta que, por último, desaparecen en las estribaciones de los montes Kingán, bordeando la Manchuria occidental.

Aquí, en las estepas —en este mar de hierba—, surgirían los primeros jinetes. Pero por lo menos 2.000 años antes de su aparición como jinetes consumados, sus antepasados estuvieron restringidos en sus movimientos y se limitaban a ciertas regiones. Nadie sabe cuándo ni cómo llegaron estos pueblos a las praderas. Muchos autores, sobrentendiendo las controversias suscitadas por el tema, suponen que provinieron del mismo tronco que los grupos de habla indoeuropea que se diseminaron desde un lugar indeterminado de origen en una serie de extensas emigraciones. Algunos entraron en la península de los Balcanes y se convirtieron en los antiguos griegos; otros penetraron en las tierras civilizadas del Asia occidental para convertirse en los antepasados de los medos y los persas; y otros de estos emigrantes llegaron hasta la India.

Aquellos cuyos descendientes llegarían a ser los primeros jinetes se quedaron al norte del Cáucaso y con el tiempo se establecieron en las estepas, principalmente en los fértiles valles arbolados de los

grandes ríos que cruzaban las llanuras. En Rusia, vivieron a lo largo del Dniéper inferior, el Don y el Volga. Más allá de los Urales, en Siberia, habitaron en las márgenes del Irtish y el Obi, y algunos fueron a morar muy al este, hasta el valle del Yenisei, al norte de la cordillera del Altai.

Hacia el año 1500 a. de J., los pobladores de las estepas ya practicaban una economía mixta, que en gran parte se basaba en la cría de ganado. Criaban gran número de ovejas para aprovechar su carne y su lana, y en algunas regiones también tenían cerdos. Asimismo, guardaban rebaños de ganado vacuno que les daban comida y cueros, y usaban los animales más fuertes para tirar de sus carros de dos ruedas y sus carretas de cuatro. En esta época, al parecer no consideraban a los caballos más que como animales que podían ordeñar y sacrificar para consumir su carne, aunque muy bien pudo suceder que los impresionaran su gracia y su rapidez. Además de criar ganado, cultivaban trigo, cebada y mijo. También cazaban y pescaban, probablemente más por preferencia que por necesidad, y de vez en cuando practicaban el comercio con los extranjeros para obtener utensilios y adornos de metal.

Por apartados que estuvieran sus poblados, las diversas tribus de las estepas parecen haber tenido muchas características en común, tal vez como consecuencia de vivir en un ambiente tan vasto, coronado por la enorme bóveda del cielo. De los testimonios arqueológicos deducimos que sus aldeas tenían planes muy parecidos. La mayoría se levantaba en la tierra más alta y avenada de los valles fluviales y consistía en casas de madera y cañizo de mimbres, cuyo número ascendía a 10 ó 20. Estas viviendas y sus cobertizos para el ganado estaban dispuestos típicamente en hileras, a menudo a ambos lados de una "calle". Construidas directamente en el suelo o sobre cimientos hundidos uno o dos palmos en la tierra, las casas variaban de forma: algunas eran cua-

Cronología de los Primeros Jinetes

3200 a. de J.
Se domestica el caballo en la estepa del sur de Rusia.

1700 a. de J.
Se introduce en el Oriente Medio el carro tirado por caballos.

1500 a. de J.
Habitan en las estepas tribus ganaderas seminómadas.

c. 900 a. J.
Propagación del nomadismo montado.

707 a. de J.
Los cimerios, primeros nómadas montados conocidos, vencen al reino de Urartu en el Oriente Medio.

c. 700 a. de J.
En los textos asirios se registra la presencia de los escitas en el Oriente Medio.

674 a. de J.
Un rey escita se casa con la hija de Esarhaddon, monarca del Imperio asirio.

612 a. de J.
Los medos, con los escitas, toman Nínive y destruyen el Imperio asirio.

c. 600 a. de J.
Los medos expulsan a los escitas al norte del Cáucaso.

514 a. de J.
Los escitas, que dominan en el sur de Rusia, rechazan la invasión persa de Darío el Grande.

c. 450 a. de J.
Heródoto visita Olbia, colonia comercial griega, para reunir información sobre los escitas.

c. 350 a. de J.
Los sármatas comienzan a entrar en el territorio escita. Se funda la Escita Menor en Rumania.

339 a. de J.
Los escitas, al mando del rey Ateas, son derrotados en una batalla, en Rumania, por Filipo de Macedonia.

331 a. de J.
Los escitas aniquilan un ejército de Alejandro el Grande en la región del mar Negro.

214 a. de J.
Los chinos terminan la Gran Muralla para defenderse de los hsiung-nu.

c. 200 a. de J.
Los escitas se retiran a la Crimea, establecen su capital en Neápolis e imponen tributo a las colonias griegas.

110-106 a. de J.
Los escitas de la Crimea son derrotados por Mitrídates el Grande, rey del Ponto. La región del mar Negro cae poco a poco en la esfera de influencia de Roma.

dradas, otras, rectangulares o redondas; unas eran muy pequeñas, otras, hasta de 9 por 15 metros. Una gruesa capa de cañas o ramas, cubierta con hierba o tierra, servía de techado, y el piso lo formaban el suelo o piedras cubiertas de tablas. En cada casa había un fogón central de piedra; algunas de las más grandes se daban el lujo de tener dos.

Ante la inmensidad sin caminos de las estepas, los pobladores tenían buenas razones para no alejarse de las riberas de los ríos, los cuales deben de haberles servido de caminos por los que podían viajar lo mismo en el invierno que en el verano, y como los valles eran menos altos que el paisaje de los contornos, seguramente ofrecían cierto grado de protección contra el viento. El fértil suelo de las riberas favorecía las buenas cosechas, y los ríos daban una inagotable provisión de agua. En el mar de Aral, cerca del delta del Amudaria, los arqueólogos soviéticos han hallado vestigios de zanjas de riego usadas para llevar agua a los campos.

En estos poblados, la vida estaba limitada por ciertas cortapisas. Los pobladores no criaban más que el número de animales del que se podían ocupar. Podían cuidar de las ovejas a pie, pero, sin caballos de montar que les ayudaran a conducir sus rebaños en una tierra sin cercados, les resultaba imposible internarse mucho en la estepa abierta; sin embargo, algunos emigraban con las estaciones dentro de zonas limitadas, como lo prueba el descubrimiento de algunos campamentos temporales en Siberia.

La existencia no podía ser fácil en las estepas. Y, sin embargo, estos pueblos —cuyos nombres se perdieron hace siglos y que en muchas partes dejaron huellas apenas más tangibles que sus sombras— parecen haber prosperado. Más aún: tenían tiempo para actividades tales como la elaboración de adornos personales y la decoración de la cerámica.

Gracias en parte a las diferencias que se ven en las piezas de alfarería, los arqueólogos han identificado a las diversas tribus y descubierto su esplendor y su ocaso. Así, por ejemplo, a los primitivos pobladores de la Siberia occidental les complacían las ollas de bocas acampanadas y cubiertas de dibujos zigzagueantes o triangulares, en tanto que los que poblaron más tarde la misma región preferían las ollas con bocas que no se ensancharan y cuyos dibujos se limitaran a los cuellos.

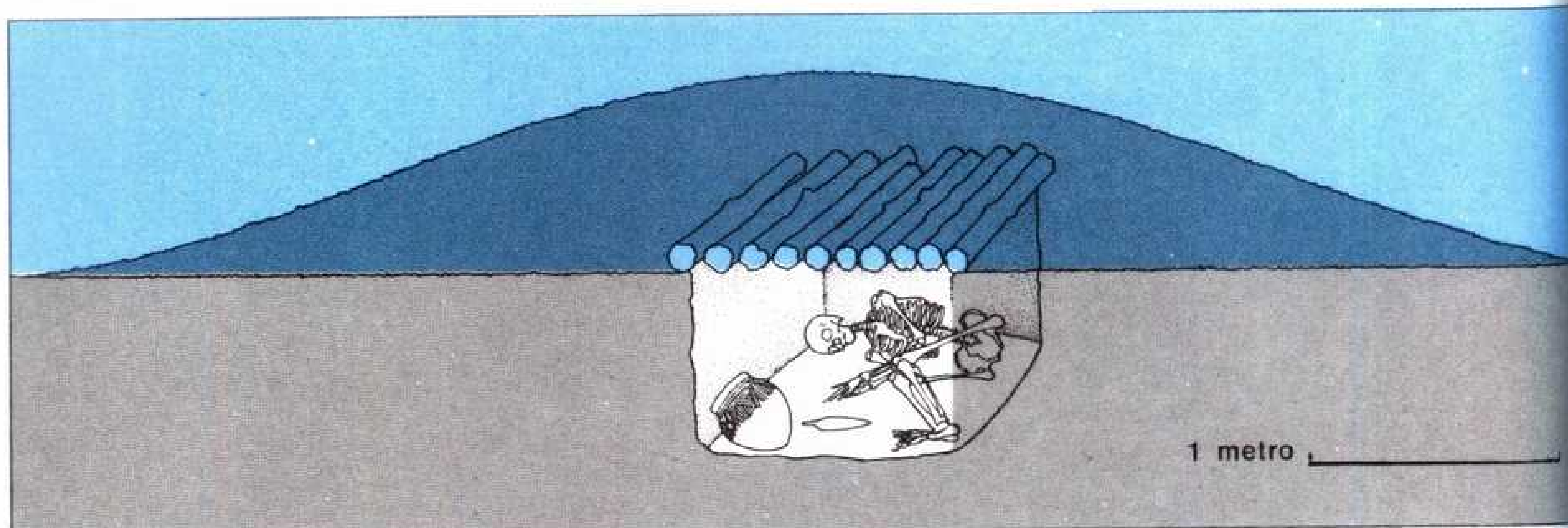
Los arqueólogos pueden también distinguir las diversas tribus de la estepa por las diferencias en sus costumbres funerarias *(páginas 72-73)*. En el sur de Rusia, por ejemplo, los primitivos pobladores cavaban fosas cuadradas o rectangulares para sus muertos, a menudo recubrían estas tumbas con troncos y rociaban los cuerpos con ocre rojo, tal vez para devolverles el arrebolado color de la vida. Quienes poblaron más tarde la misma región, agregaron nichos laterales a las tumbas; por esta costumbre, hoy se les llama pueblo de las tumbas de catacumba. Los pobladores del este del mar Negro construían cámaras como chozas dentro de sus tumbas, con todo y pisos empedrados y techos de troncos; se les conoce por el pueblo de las tumbas de troncos. Y otros, que representaban una confusa diversidad de tribus en el oeste de Siberia, revestían las paredes con grandes piedras o troncos de árbol y las marcaban con losas o círculos de piedras; se les da el nombre de pueblo de Andrónovo, por el sitio en que se hizo una excavación en el Yenisei.

En realidad, las costumbres funerarias de los primeros habitantes de las estepas son objeto de tan detallada atención en las informaciones arqueológicas que a veces resulta fácil olvidar que estos pueblos *vivieron*, que conocieron el sabor salobre de su propio sudor, sintieron el calor del sol en la piel o la frescura de una tempestad cercana, cuando el cielo se oscurecía y luego estallaba con la repentina furia de los rayos y los relámpagos.

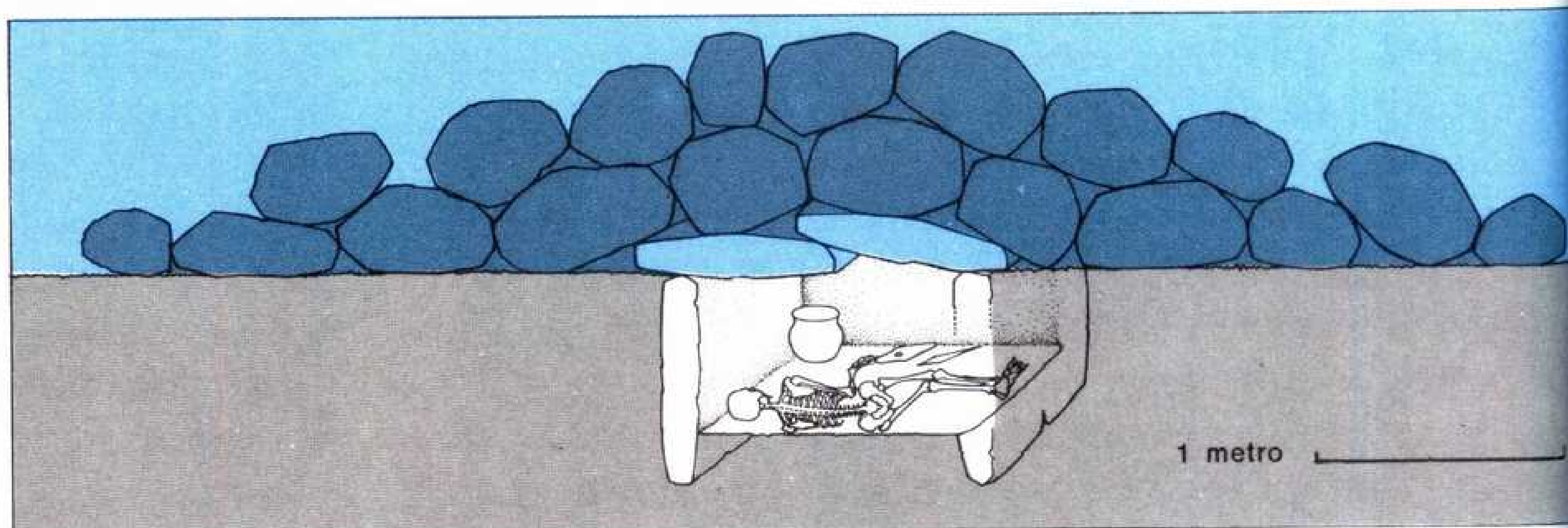
Para las muchas tribus de la estepa, como para el

Dos Milenios de Túmulos

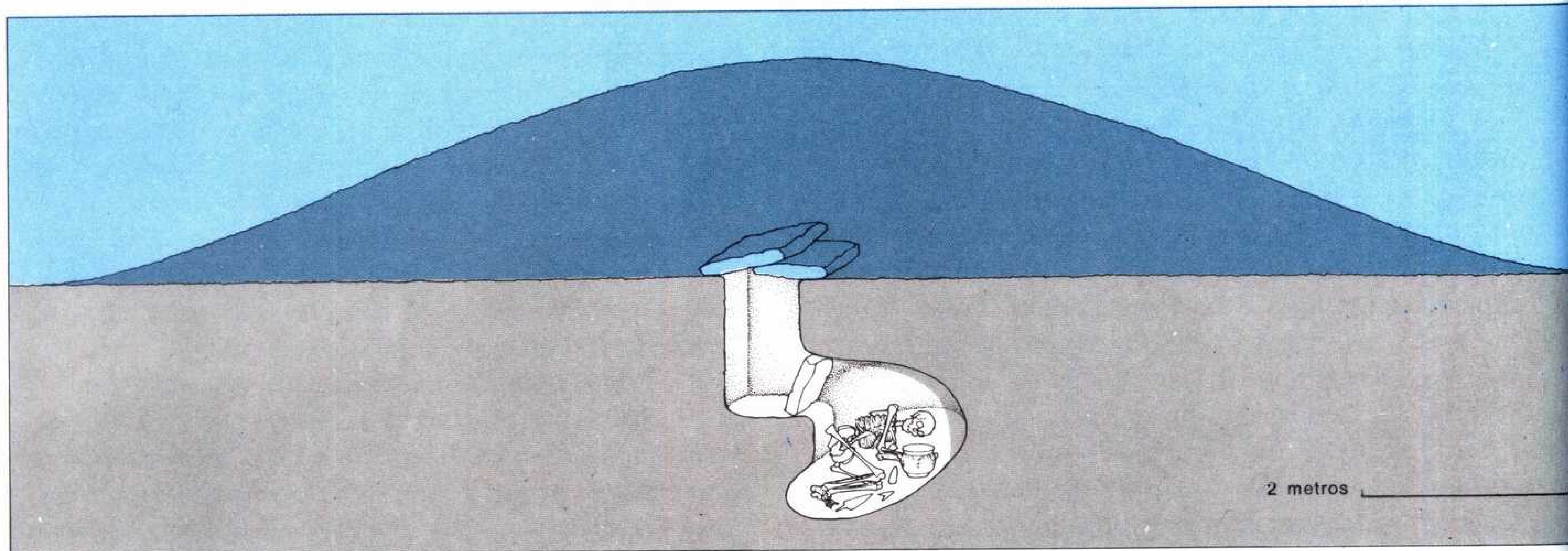
Ya en el año 3000 a. de J., mucho antes de que aparecieran los primeros jinetes, las tribus de las praderas y valles fluviales de la Europa oriental, del Asia central y el sur de Siberia sepultaban a sus muertos en cámaras subterráneas, bajo montículos de tierra y piedras. Sobre la superficie, los indicadores de las tumbas, semejantes a mogotes, sólo varían de tamaño, pero bajo ellos hay cuatro tipos diferentes de tumbas. Los arqueólogos los llaman de fosa, de cista, de catacumba y de troncos, según su forma y la manera de construirlas. El contenido de estas tumbas ha dado la mayor parte de lo que sabemos actualmente sobre los labradores y criadores de ganado que habitaron por primera vez las estepas.



Las tumbas excavadas en el suelo, techadas con troncos y cubiertas con túmulos empezaron a usarse hacia el tercer milenio a. de J. Se enterraba a los muertos con una olla de barro, uno o dos utensilios de piedra y objetos de bronce.

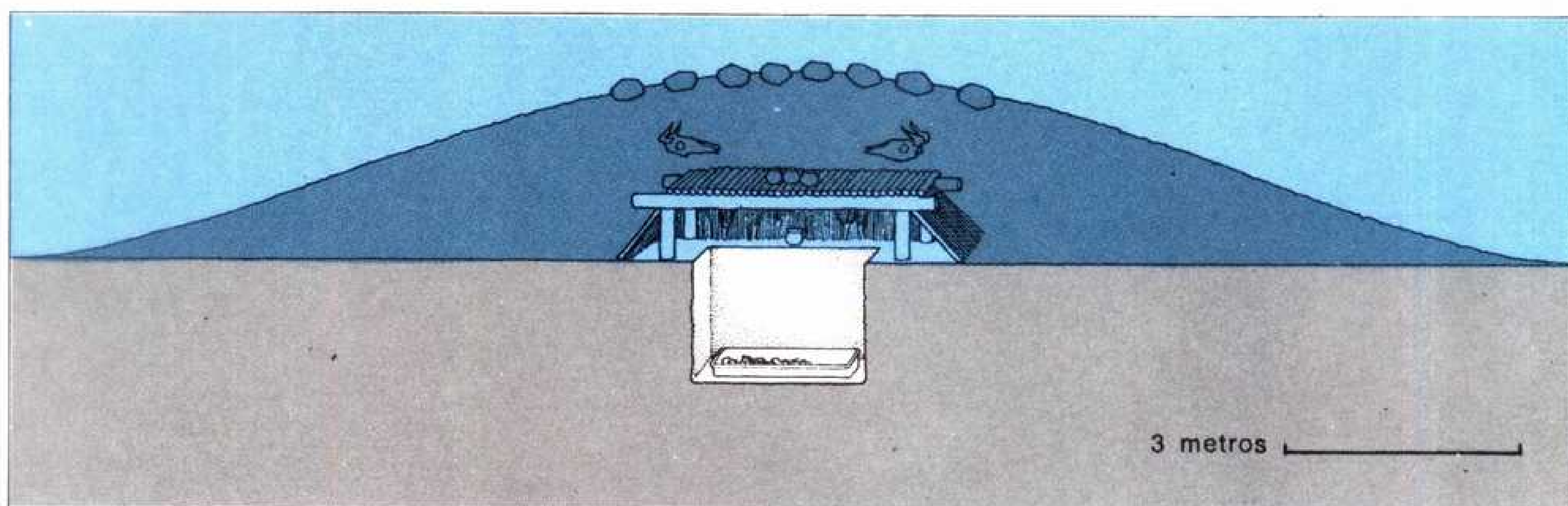


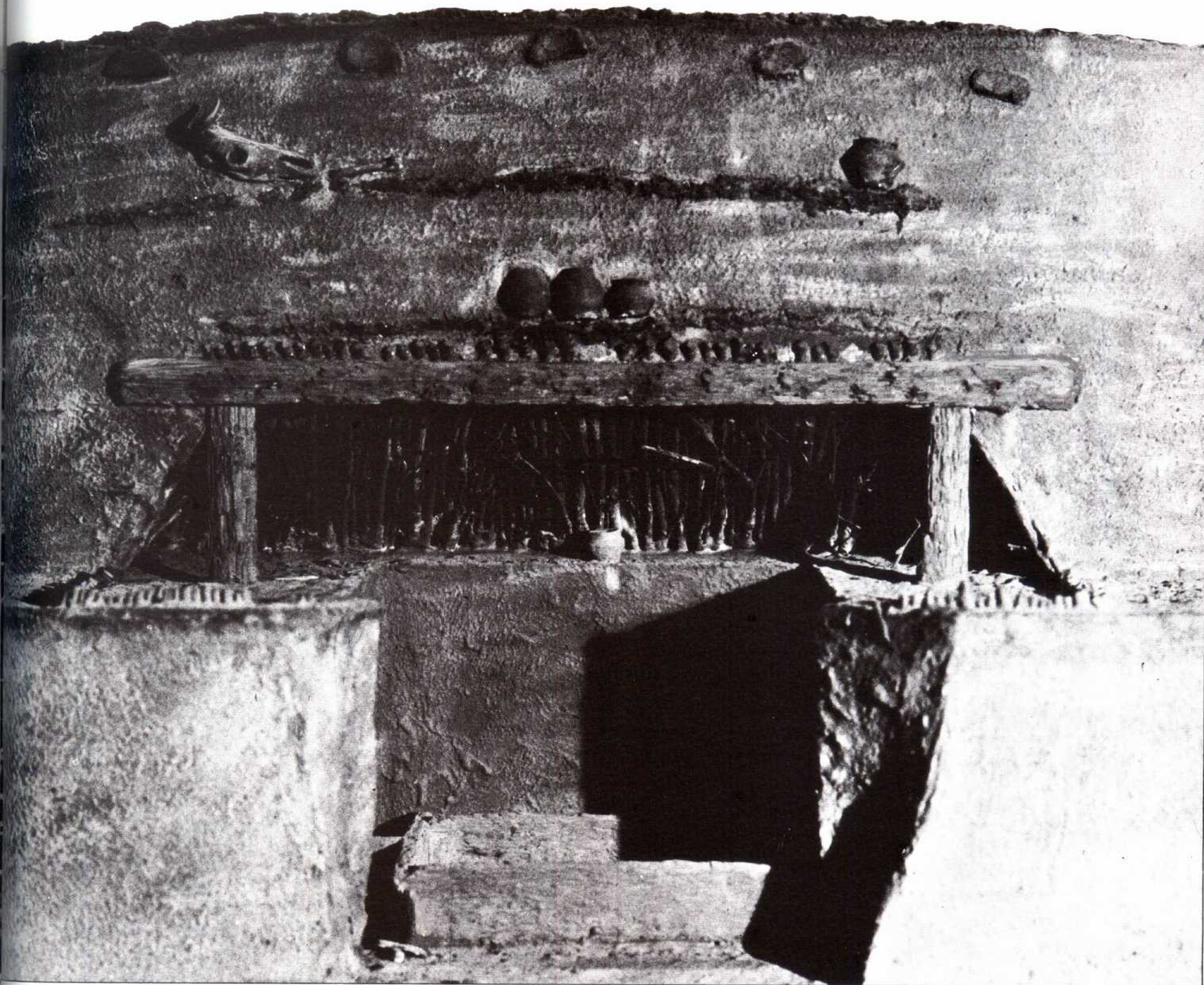
Con paredes de losa y túmulo de piedras, las tumbas de cista se usaban ya en 2500 a. de J., sobre todo en el Cáucaso. Acompañaban al muerto, cacharros y utensilios de metal. Mil años después se construyeron tumbas parecidas en Siberia.



La tumba de catacumba, llamada así por su forma descendente en L, apareció hacia el año 1500 a. de J., al nordeste del mar Negro. A los muertos, ocultos tras una losa, se les enterraba con sus posesiones y los huesos de animales domésticos.

Las tumbas de troncos, como la que aparece bosquejada a la derecha y se ve reconstruida en un modelo (abajo) en Moscú, se hicieron comunes en la región septentrional del mar Negro hacia mediados del segundo milenio a. de J., y se usaron más de mil años. La cámara funeraria estaba cubierta por una cabaña de troncos y luego por un montículo en el que no sólo se enterraban vasijas de alfarería, armas y adornos, sino también ovejas, reses de ganado vacuno y, a veces, caballos.





hombre en la Biblia, había un tiempo para todas las cosas en el inmutable ritual de las tareas domésticas, las obligaciones y los placeres. En cualquier día y en cualquier aldea, en el gris despertar del día, los niños recogían el seco estiércol del ganado para las hogueras y acarreaban del río el agua de la mañana. Todos los días era necesario ordeñar las vacas, ovejas y yeguas en los cobertizos del ganado y vigilar los rebaños que salían a pastar. En cada casa había que moler el grano y cocer el pan en el horno. Y era necesario revolver monótonamente la leche de yegua que se fermentaba en una bolsa de cuero, cosa que tal vez hacía un niño mirando un águila que ascendía hasta convertirse en un punto que por fin se desvanecía en el cielo.

Por la noche, cuando hacía buen tiempo, los aldeanos se sentaban alrededor de una hoguera y cantaban o escuchaban los relatos de uno de sus bardos, mientras más allá del círculo de luz, un gato montés o un lobo, en busca de presa, provocaban en el ganado un nervioso golpeteo de cascos. El bardo hablaría de las grandes cacerías y luchas del pasado, de cómo los dioses habían negado sus favores o colmado de bendiciones. Y luego, al apagarse el fuego de la hoguera, los miembros de la tribu se retirarían al solaz de sus viviendas para dormir durante la larga noche tachonada de estrellas.

Además de las actividades cotidianas, había tareas estacionales: trasquilar en la primavera la gruesa lana invernal de las ovejas, curar los cueros para los vestidos y hacer fieltro para las botas y las yurtas. Y en todas las estaciones, probablemente los hombres enseñaban a los niños a usar el arco. En esos días, el arco era aún, sobre todo, un arma del cazador. Algún día, de la destreza de estas tribus con el arco nacería el mortífero uso que harían de él los jinetes contra sus enemigos.

Y así fue, siglo tras siglo, en toda la inmensa extensión de la estepa. Sin duda, prosiguieron las influencias culturales recíprocas entre las tribus, y sobrevinieron cambios. Pero, invariablemente, estos cambios —o, por lo menos, los que ha revelado la arqueología— parecen haber ocurrido en la esfera material, a medida que los pobladores construían un mayor número de casas cada vez más grandes para dar albergue a la creciente población, usaban más metales para hacer utensilios y adornos, y colocaban ofrendas mejor trabajadas en las tumbas de sus muertos. Mas, en general, la rutina de la vida continuaba de un modo muy semejante al de siempre, y, al parecer, casi constantemente en paz.

Y entonces, de pronto, hacia el siglo IX a. de J., un fermento nuevo e irresistible comenzó a recorrer esta dispersión de tribus. Hubo algo que las dislocó, las transformó, y ese algo ocurrió con tal rapidez que la arqueología no ha podido descubrir la transición, sino tan sólo los resultados.

Se mezclaron pueblos que antes habían sido claramente distintos. Empezaron a internarse grandes distancias en las estepas algunos grupos que en otro tiempo se habían circunscrito a los valles de los ríos. Aumentó el número de hachas de guerra, puntas de lanza, puntas de flecha. Algunas culturas desaparecieron súbitamente. Muy lejos, en el este, en torno al río Yenisei, en Siberia, aparecieron señales semejantes de rápido cambio social.

¿Qué había sucedido? Eran los albores de la edad de los jinetes: la larga y turbulenta era del escita, el sármata, el huno y el mongol. El arte de montar a caballo se propagó como una epidemia entre las tribus de las estepas eurasiáticas. Transformó la vida tribal, destruyendo viejas estructuras y creando otras nuevas. Algunos de sus efectos fueron inmediatos, y otros siguieron poco después. El caballo amplió al momento el campo de acción y la capacidad del cazador, dándole por primera vez una ventaja sobre presas tan grandes y rápidas como el alce y el bisonte. Y, lo que es más importante aún, los

miembros de las tribus tenían precisamente lo que necesitaban para cuidar de rebaños más numerosos de ganado vacuno. También tenían lo que se precisaba para reunir y manejar un número cada vez mayor de caballos. Montados, podían apoderarse de los mejores ejemplares de las pequeñas e indómitas manadas de caballos salvajes que vivían en las estepas, dando alcance a los potrillos y cruzándolos, una vez que llegaban a la edad madura, con sus animales domésticos, más grandes y más dóciles.

De estos horizontes que se iban ensanchando provinieron otros cambios. Para sostener rebaños más numerosos se necesitaban más y mejores tierras de pastoreo. No estando ya limitados en su campo de acción, como lo habían estado sus antepasados, quienes cuidaban del ganado se alejaron cada vez más y durante períodos más largos. Al hacerlo, se debilitaron los vínculos con las comunidades sedentarias de los labradores. Inevitablemente, al salir de su viejo terruño aumentó su contacto con otros pastores de ganado, y nació una verdadera sociedad de jinetes. La idea de montar a caballo se extendió por las estepas en círculos cada vez más dilatados, y no sólo separó a los pastores de los agricultores, sino que creó nuevos grupos cuya única ocupación era la de criar y cuidar el ganado.

Como crecía la demanda de apacentaderos, las tribus empezaron a competir unas con otras, e ineludiblemente deben de haber surgido conflictos entre las que reclamaban la misma tierra. En una época en que la fuerza era un derecho indiscutible, los ganaderos más poderosos podían, indudablemente, adueñarse de los mejores pastos. Es claro que también podían apoderarse del ganado de sus competidores. Las tribus vencidas deben de haber aprendido por amarga experiencia que sólo podían proteger sus intereses aliándose contra el poderoso intruso. De esta o parecida manera nacieron poco a poco alianzas y federaciones de tribus, hasta que se formaron las que se llamarían hordas, y los hombres de a caballo comenzaron a entrar en contacto con pueblos que vivían en la periferia de las estepas.

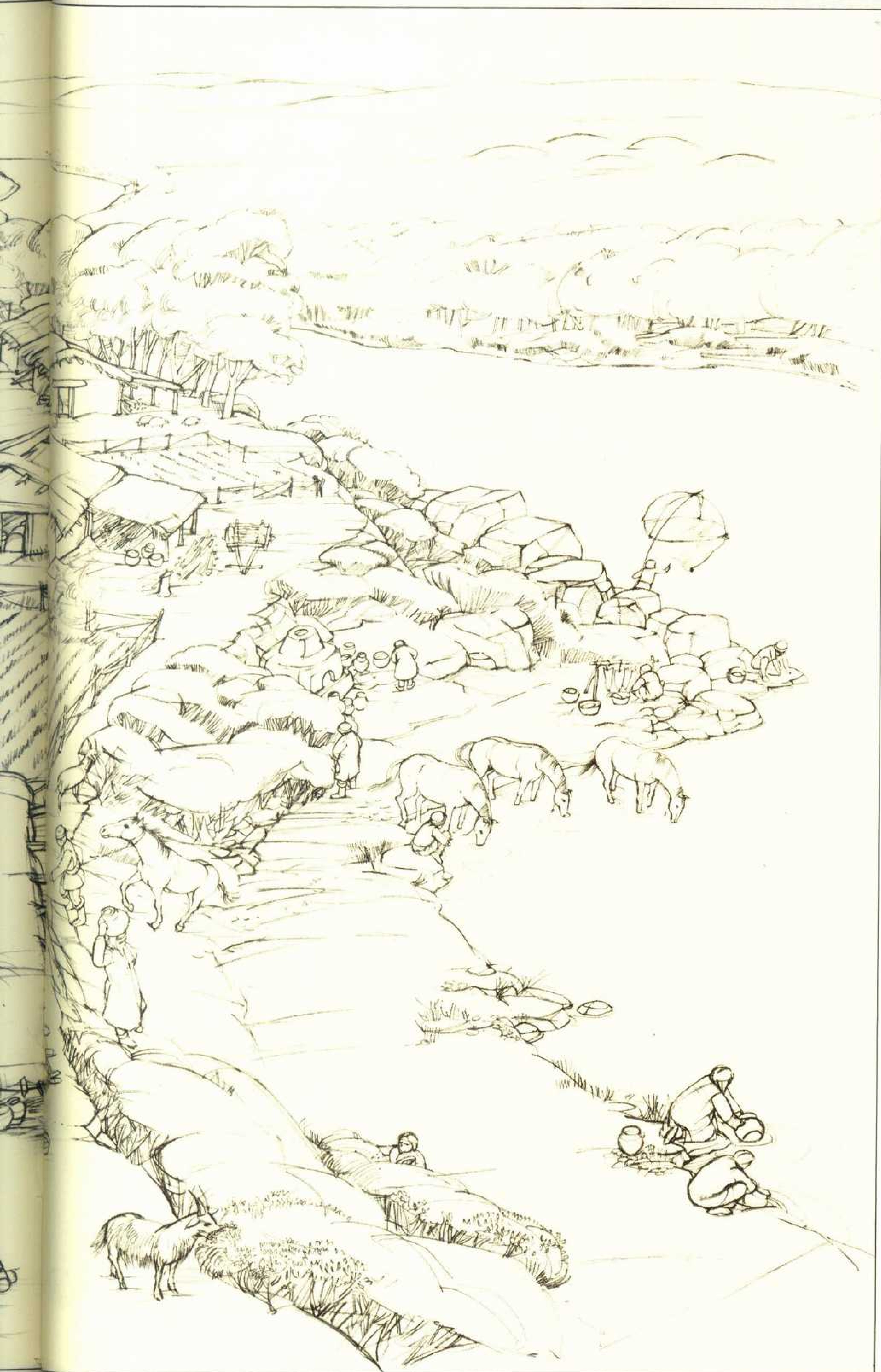
En las estepas se había alterado irrevocablemente la anterior relación comunal del ganadero y el labrador. Incluso los primitivos nómadas montados, ensoberbecidos por la intensificada sensación de poder que el montar a caballo daba al individuo, no podían dejar de ver que el agricultor que andaba a pie estaba a su merced. Al enfrentarse con los guerreros montados, los campesinos no tenían más remedio que dispersarse, morir o cooperar en una relación que los obligaba a suministrar granos y otros productos a los jinetes. Indudablemente, en su mayor parte preferían cooperar. Cuando los jinetes entraron en la Historia, los agricultores sedentarios ya se habían acostumbrado desde hacía mucho a satisfacer sus exigencias. Como indicó Heródoto, los escitas reales tenían por esclavos suyos a todas las tribus subordinadas que habitaban en su dominio de la Rusia meridional.

El jinete constituía un nuevo tipo de hombre. No era tan sólo un hombre que montaba a caballo y cuidaba de estos animales, ni se limitaba a explotar a la bestia. Se fundía con su montura de un modo realmente notable. Rehacía su vida en torno a las aptitudes del caballo. Se despojaba de toda identificación con un hogar permanente y se convertía en un nómada auténtico que, con sus rebaños, seguía las hierbas estacionales sin importarle mucho las distancias. Su vivienda era una tienda plegadiza, y el fuego de su hogar podía arder en cualquier parte.

Hubo una adaptación total al caballo como factor fundamental de la vida. Sin esa adaptación no se habría producido el rápido crecimiento de una sociedad tan compleja, tan sustancialmente independiente y móvil como la de los jinetes esteparios.

¿Cómo pudo nacer esa sociedad con tal prontitud?





Vida Aldeana en el Bancal de un Río

Mucho tiempo antes de que los habitantes de las estepas se aficionaran a montar a caballo, encontraron lugares ideales para establecer los caseríos de sus aldeas, donde las llanuras de hierba descendían hasta los arbolados valles fluviales del Asia central y el sur de Rusia. Al abrigo protector de los terraplenes, en bancales que bajaban en hileras desde el terreno circundante, en el cual hacía mucho viento, construían viviendas techadas con paja, que se acurrucaban en los contornos naturales del terreno. En este dibujo, basado en los indicios obtenidos de las excavaciones realizadas en los ríos Volga y Don, se ha reconstruido una aldea típica tal como se habría visto hacia el año 1000 a. de J.

Notablemente autosuficiente, cada uno de los poblados de ocho o diez familias se mantenía cómodamente con una economía basada en la cría de ganado y la agricultura, complementada con la caza, la pesca y el forraje. La vegetación natural daba sustento a pequeños rebaños de ganado vacuno, hatos de ovejas y manadas de caballos. En los huertos, entre las casas separadas unas de otras, se cultivaban el mijo y la cebada. El río daba peces y crustáceos, y en los bosques vecinos había animales de caza, nueces y bayas.

En esta escena, los aldeanos trabajan para completar las tareas del día al terminar una tarde de otoño. Los animales que han estado pastando son llevados a casa para pasar la noche (*arriba, izquierda*); en la orilla del río se da de beber a los caballos, y cerca de allí una mujer cuece ollas de barro en un horno. Dos cazadores (*primer término*) retornan trayendo un venado, y como preparación para el invierno, ha llegado una carreta de bueyes cargada de forraje. En la lejanía de la estepa (*arriba, derecha*) se alcanzan a distinguir algunos montículos funerarios de tierra amontonada.

La respuesta no debe buscarse en la arqueología, sino en la analogía, en la convincente semejanza que existe con la transformación rápida y revolucionaria de los indios norteamericanos de las praderas después de que adquirieron el caballo.

Como este ungulado se había extinguido desde hacía mucho en el continente americano, su cría por los indios se remonta a los 10 caballos y seis yeguas que en 1519 llevó a México el conquistador Hernán Cortés. Llegaron otros con los subsecuentes exploradores, que gradualmente se internaron hacia el norte y establecieron grandes fincas de ganado en el México septentrional y el territorio de lo que habrían de ser Texas y Nuevo México. Muy bien pudo suceder que algunos animales extraviados cayeran en manos de los indios o que algunos caballos escaparan para multiplicarse por su cuenta. Pero los españoles procuraron mantener un monopolio estricto sobre los caballos, lo mismo que sobre las armas de fuego, y no cayó en manos indias ningún número considerable de sus monturas hasta 1680.

Ese fue el año en que los indios pueblo declararon la guerra a sus opresores españoles en Nuevo México y mataron o expulsaron a casi todos los colonos. Los españoles derrotados dejaron varios miles de caballos que, con las incursiones y el comercio entre las tribus, se distribuyeron hacia el norte, y apenas en cuatro decenios provocaron cambios radicales en la vida india. Tribus que hasta entonces se habían ganado afanosamente la vida como agricultores primitivos y como cazadores y pescadores de movilidad limitada, se transformaron súbitamente. Por primera vez comenzaron a internarse en las profundidades de las praderas norteamericanas, donde abundaban los bisontes, las cuales les habían estado vedadas antes por ser regiones tan extensas que no podían conquistarse a pie.

"Puede decirse", escribe Benjamin Capps recapitulando lo que han dicho otros investigadores de la



De dos mil años de antigüedad, esta toca de cibellina, junto con los pantalones de abajo y el sobretodo de mujer de la derecha, son de los nómadas hsiung-nu y fueron hallados en una cámara sepulcral del norte de Mongolia.



Este par de pantalones de lana púrpura que se recogían en las rodillas y estaban adornados con bandas de colores, se sostenían con un cinturón de cuero.



Un sobretodo de seda guarnecido de cibellina protegía del frío. Aunque su color se ha desteñido, era de un rojo rubí.

historia norteamericana sobre el indio y el caballo, "que el caballo creó al indio nómada de las praderas encontrado por los norteamericanos blancos en el siglo XIX: montado, móvil y fiero, orgulloso guerrero para quien la agricultura y la cría de animales domésticos eran execrables, y que se deleitaba dando caza a los animales y cargando sobre el enemigo. De ser cazadores o agricultores marginales que vivían al borde del hambre, muchas tribus iniciaron una nueva vida montados a caballo"

Este cambio no tardó más que unos instantes en acaecer, medidos por el lento reloj de la evolución social. Y no hay razón para dudar de que la transformación de la vida en las estepas eurasiáticas se produjo con la misma rapidez. La propagación del arte de montar a caballo —o, para hablar con mayor rigor, su perfeccionamiento— creó una sociedad mucho más compleja que la de los agrupamientos aislados de sencillos labradores. El caballo, que excitó las ambiciones y amplió el campo de acción de cada tribu montada, que aceleró entre todas ellas la comunicación y el conflicto, transformó al conjunto de tribus dispersas de la estepa, desde el río Danubio en Europa hasta los límites de China, en algo que no había existido antes, una organización social singular y duradera para la que los versados en la materia no han podido encontrar una denominación descriptiva adecuada.

Quizá a este nuevo orden podría llamársele "nomadización". Ciertamente, persistió como alternativa de la vida centrada en la ciudad y, por ello, conocida con el nombre de civilización. Pero durante la larga historia de esta nomadización, los pueblos civilizados, olvidándose de las características dinámicas y las culturas de los nómadas, habitualmente los tachaban de bárbaros, y solían tener buenas razones para ello. Una y otra vez, las hordas montadas, ya una, ya otra, salían de las estepas

En el primero de los 18 cuadros del rollo, los jinetes hsiung-nu de la estepa mongola raptan a Wen-chi del patio de la elegante casa de su padre en la provincia de Shensi. El artista pintó a los merodeadores de color moreno, en deliberado contraste con la piel clara de los chinos.

Una Dama China y un Caudillo Nómada

Wen-chi, dama china de Shensi, que era una mujer refinada y culta, fue raptada por una partida incursora de jinetes, los hsiung-nu, el año 196 de nuestra era. Llevada a Mongolia, la obligaron a casarse con el jefe de los nómadas, al que dio dos hijos.

Después de 12 años, los chinos pagaron el rescate para comprar su libertad. De regreso en su país, narró sus experiencias en un poema cuyos versos reflejan su sensibilidad herida en un mundo de hombres rudos. Las escenas de la derecha y de las páginas siguientes, que ilustran partes de su historia, se tomaron de un rollo de seda del siglo XIV, copia del original perdido.



para intervenir violentamente en el destino de las naciones sedentarias del oeste, el este y el sur.

Aunque los escitas fueron la primera de estas hordas cuyas incursiones merecieron la atención cuidadosa de los historiadores antiguos, no constituían, en cierto sentido, más que una rama de una familia mucho más grande. Otras tribus que prosperaron más o menos en la misma época tenían en común con ellos no sólo su ferocidad en el campo de batalla, sino también muchas de sus costumbres. Según cuenta Heródoto, y según lo ha confirmado la arqueología, los sármatas —que durante largo tiempo dominaron la estepa de la Rusia meridional al este del Don y aceptaron la alianza escita contra la pretendida conquista de Darío el Grande— participaban de muchas de las características de los escitas. También eran un agregado o federación de tribus, e incluso hablaban una lengua que, para los antiguos observadores, parecía escita, pero hablado de una manera no muy correcta.

Sólo en la condición de sus mujeres parecen haber diferido los sármatas de sus vecinos escitas, y de una manera tan manifiesta que vale la pena hacer una digresión para examinar brevemente el tema. En tanto que las escitas llevaban una vida protegida, las sármatas participaban en las batallas y eran tan temibles como los hombres. De su destreza como guerreras dan fe los arcos, flechas, espadas y otras armas halladas en las tumbas de algunas de ellas; la sepultura de una mujer contenía incluso una

Después de que la obligaron a casarse con el rey, que la amaba sinceramente, Wen-chi se sienta con él frente a una endoselada yurta. Los músicos les dan serenata mientras esperan que les lleven la comida. Los altos guardabrisas de fieltro los protegen del remolineante polvo de la estepa.

Sintiéndose irremediablemente desdichada entre los rudos hsiung-nu, la dama china se aparta para tocar el laúd. "He perdido a mi familia y han violado mi cuerpo", gime. "Más valdría no haber nacido".





armadura de escamas imbricadas. Este testimonio arqueológico tiende a confirmar los antiguos relatos griegos sobre las sármatas. Heródoto, por ejemplo, dice que, según se contaba, los sármatas eran descendientes de escitas que se habían unido con amazonas, y que "desde entonces las mujeres de los sármatas viven al uso antiguo; van de caza a caballo junto con los hombres o sin ellos, y llevan el mismo traje que los hombres". Además, dice: "Ninguna doncella se casa si no mata antes un enemigo."

Hipócrates, médico griego que observó a las sármatas con ojos de especialista, repitió en esencia la misma información, pero se interesó particularmente en la operación que hacía de las mujeres cazadoras y guerreras de brazos vigorosos.

"Carecen del pecho derecho", dice, "pues cuando son todavía niñas, sus madres calientan al rojo un instrumento de bronce construido para este propósito, lo aplican al pecho derecho y lo cauterizan, de modo que se detiene su crecimiento, y toda su fuerza y tamaño se desvían al hombro y el brazo derechos". Cierto o no, el relato indica la importancia que daban los jinetes a la fuerza física, sobre todo al vigor muscular que se necesitaba para arrojar lanzas y disparar flechas a grandes distancias.

Apenas recientemente han comenzado los expertos a entender de modo cabal el grado en que las comunidades de tribus esteparias eran a la vez semejantes y diferentes. Así, por ejemplo, no fue sino hasta que se hicieron las excavaciones, antes y después de la

Por fin, Wen-chi es rescatada por un caudal de oro y se dispone a partir. Con alto tocado (centro, derecha), se despide de sus hijos. El rey, de oscuro, oculta su dolor entre las manos. Algunos creen que su rescate fue parte de un plan chino para comprar la paz a los hsiung-nu.



Segunda Guerra Mundial, en las famosas tumbas heladas de la región del Altai, en Siberia, cuando una gran variedad de artefactos demostró de manera convincente que una sociedad de nómadas montados —parecidos a los escitas "en todos los detalles", según dice un autor, quizá dejándose llevar demasiado por el entusiasmo— había prosperado allí en la época del apogeo de los escitas, en el siglo v a. de J. Estos pastores de ganado cuyo nombre se desconoce, que vivieron a 4.000 kilómetros al este del dominio escita del mar Negro, son llamados pueblos escíticos o escitas del este por algunos; otros autores prefieren ser menos precisos en su identificación y los llaman tribus del Altai.

En efecto, más vale, tal vez, ser excesivamente cautos que demasiado exactos en el intento de describir a los muchos pueblos de la nomadización. Con el tiempo se convirtieron en una confusión de mezclas, federaciones y alianzas tribales, y también en una confusión de amalgamas culturales que se tornaron aún más complejas cuando la vida a caballo se extendió hasta los confines del Asia oriental.

Una horda mezclada que en el siglo III a. de J. se encumbró cerca del límite sudoccidental del desierto de Gobi fue la de los llamados yueh-chi —pueblo de la carne— por los chinos, que conocían su costumbre de comer carne cruda. La tribu parece haber estado formada por gente de habla indoeuropea, lo cual indica que tal vez eran de origen occidental. Sin embargo, no se sabe cuánto se parecían a

Volviéndose para ver por última vez a su esposa, el rey (bajo el parasol) se dirige al norte con las enseñas desplegadas. Junto a él van sus dos pequeños hijos, uno de ellos en los brazos de un acompañante. El parasol y las enseñas son símbolos visibles del rango del rey.



los escitas en sus costumbres, ya que los arqueólogos han encontrado pocos de sus restos.

Otra horda asiática oriental de la que en verdad puede decirse que tiene pronunciadas semejanzas con los escitas fue la de los hsiung-nu, cuyo nombre quiere decir "esclavos terribles" en chino. Este grupo de pastores de ganado formó una confederación que alcanzó el predominio en Mongolia en el siglo II a. de J., después de que aplastó a los yueh-chi y los expulsó hacia el oeste. Al parecer, no eran mongoloides, pues los chinos, con quienes lucharon, los consideraban extranjeros, los llamaban bárbaros del norte y al describirlos decían que eran velludos y de narices prominentes, características más caucasoides que mongoloides. En los restos de una colgadura de pared hallados en la tumba (siglo I a. de J.) de un jefe hsiung-nu se ven hombres de caras anchas, bigotudos, de tipo occidental; pero la tela pudo haber sido importada del sur de Rusia.

Son numerosos los paralelos entre las costumbres de los escitas y las de los hsiung-nu. Al igual que aquéllos, algunos de éstos enterraban a sus jefes con muchas víctimas sacrificadas, y todos ellos daban sepultura a los miembros venerados de la tribu con verdadera magnificencia. Las tumbas de los hsiung-nu —en las que se había filtrado el agua subterránea, lo que ayudó a conservar el contenido porque impidió que entrara el aire— han dado notables hallazgos, entre los que figuran finas ropas de seda de origen chino *(páginas 78-79)*, primorosas

colgaduras para las paredes y alfombras de fieltro ricamente bordadas con motivos animales que se asemejan a los que preferían los escitas.

Según los antiguos cronistas chinos, los hsiung-nu, al igual que los escitas, practicaban la poligamia, vivían en yurtas de fieltro y hacían copas con los cráneos de sus enemigos. También como los escitas, y como los demás nómadas montados de las estepas, usaban el arco como arma principal.

Asimismo, en las batallas, la táctica de los hsiung-nu se parecía a la de los escitas: se replegaban cuando el enemigo los superaba en número y devolvían el golpe con vertiginosos ataques por sorpresa. Así como los escitas emplearon esta táctica exasperante cuando se enfrentaron con las mejores tropas de Darío, así también los hsiung-nu hostigaban a los chinos, quienes construyeron la Gran Muralla con la esperanza de contenerlos *(página 85)*.

Pero ni siquiera esta gigantesca barricada de tierra, ladrillo y piedra, que serpentea más de 3.000 kilómetros por el territorio de la China septentrional y estaba fortificada con torres de vigilancia a intervalos regulares, desalentó a los nómadas montados. Como siguieran los hsiung-nu oprimiendo la región de la frontera, los chinos, a su vez, perpetuaron la violencia repoblando toda región que hubieran diezmado los nómadas, usando la gente como recurso natural casi inagotable.

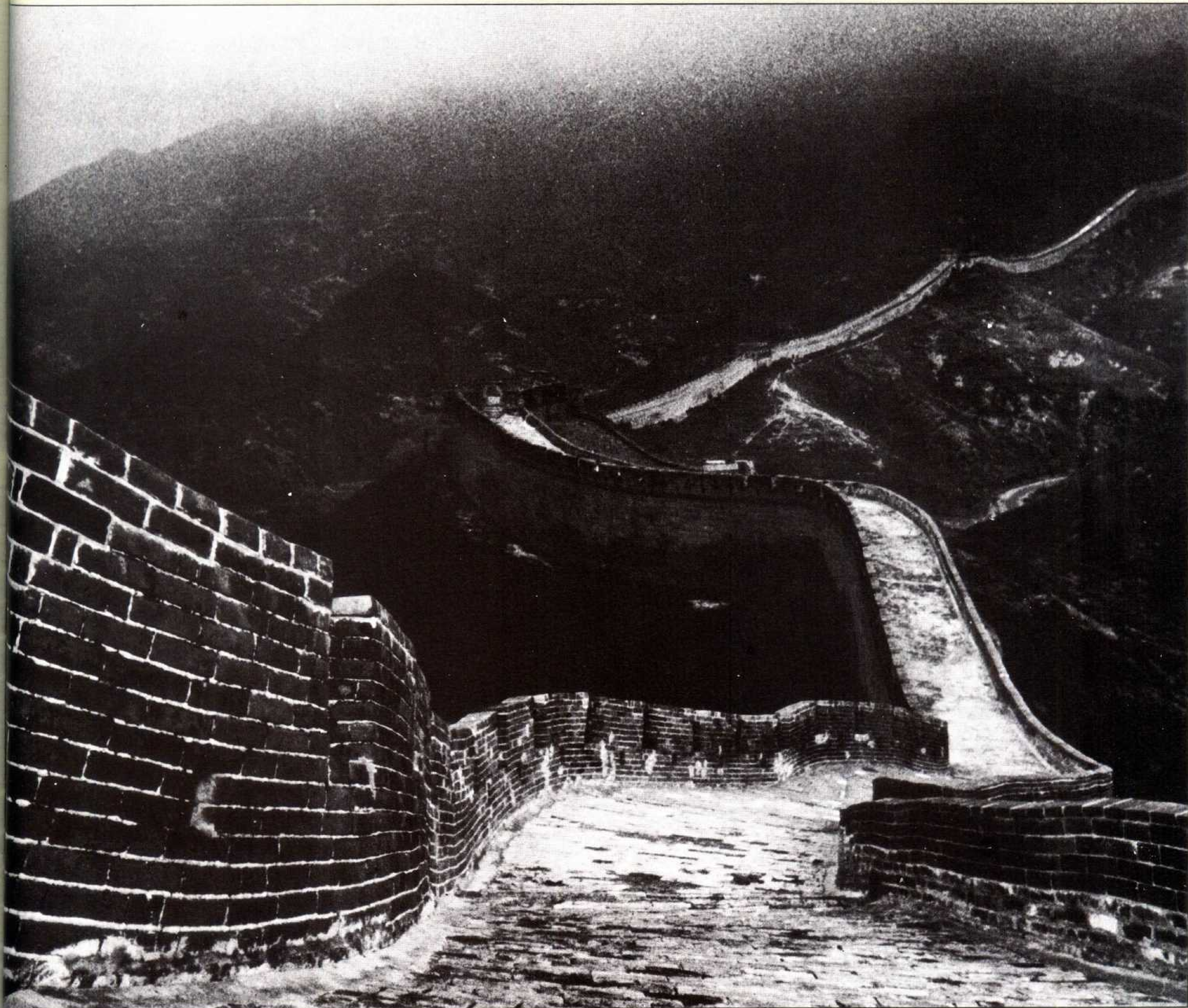
Finalmente, cuando las bajas causadas por los incursores nómadas se hicieron aterradoras, los soberanos chinos decidieron que no les quedaba más remedio que tratar directamente con los hsiung-nu. Los chinos tuvieron que comprar la paz a los jinetes pagándoles en metálico, y por último tuvieron que asignar nada menos que el 7 por ciento de los ingresos anuales de su erario para evitar que los merodeadores depredaran su tierra. Como proporción de la riqueza del país, se calcula que el valor efectivo de cada pago anual era equivalente a 40 millones de dólares en moneda actual, entregados a los jefes de los hsiung-nu en oro puro. Y ni tan siquiera a este precio pasmoso se aseguró la paz.

En los siglos por venir se seguirían forjando otros jinetes de la nomadización en el mismo molde que los escitas, sármatas, yueh-chi y hsiung-nu. Mirar al huno, que en el siglo v salió de las estepas para acometer hacia el oeste y contribuyó a la caída de Roma, o a los guerreros montados de Gengis Kan y Tamerlán, que sembraron el terror en China, la India, el Oriente Medio y la Europa oriental en los siglos XIII y XIV, es volver a ver al escita esencial descrito por Heródoto muchos siglos antes.

Igualmente perdurables fueron las fuerzas que provocaron las irrupciones de las hordas montadas desde el interior de las estepas hasta el mundo sedentario del exterior. Estas invasiones se fueron haciendo más espectaculares a medida que pasaba el tiempo. Incluso en los primeros años, los repetidos choques de las tribus que competían por las mejores tierras de pastoreo tuvieron un efecto parecido al de un tiro de combinación en el billar. Así, por ejemplo, después de que los hsiung-nu arrojaron a los yueh-chi hacia el oeste de la región del Gobi en el siglo II a. de J., los yueh-chi fueron atacados por una horda denominada de los wu-sun y tuvieron que irse al sudoeste, a Bactriana, reino griego centrado en lo que hoy es el Afganistán septentrional. Allí, los yeuh-chi desalojaron a otra tribu nómada, conocida por la de los sakas, los cuales, como consecuencia de ello, entraron en una parte del este de Persia llamada entonces Partia, y se mezclaron con sus habitantes para formar un pueblo que sojuzgaría una parte de la India occidental.

Lo más probable es que haya sido una situación parecida la que al principio arrancó a los escitas de sus apacentaderos situados en una patria desconocida y acabó arrojándolos al sur de Rusia y, de ese modo, a la conciencia del mundo. Y fue precisa-

La Gran Muralla, construida por los chinos para proteger su frontera septentrional de los jinetes hsiung-nu, serpenteaba más de 3.000 kilómetros a través de China. En algunos lugares, la muralla se alza a 10 metros de altura y su base se ensancha 7,5. Construido en secciones, el sólido baluarte recubierto de ladrillo y piedra fue comenzado en el siglo IV a. de J., y se terminó el año 214 a. de J. Durante varios siglos se estuvieron haciendo reparaciones y adiciones.



mente este mismo fenómeno el que señaló el principio del fin de los otrora poderosos escitas.

Sus días estaban ya contados cuando las bandas de los vecinos sármatas empezaron a cruzar el Don para entrar en el sur de Rusia en el siglo IV a. de J. La pugna con ellos obligó a algunos escitas a dirigirse al oeste, a lo que hoy es Rumania, donde formaron un reino efímero que los escritores clásicos conocieron con el nombre de Escitia Menor. Mientras tanto, los escitas que se quedaron al norte del mar Negro se mezclaron con los invasores, y con el tiempo ambos grupos se aliaron para rechazar a sus enemigos, entre ellos otras olas de sármatas.

Cuando los sármatas comenzaron a penetrar profundamente en la estepa del sur de Rusia, los escitas, que en otro tiempo habían humillado a Darío y su ejército de 700.000 hombres, se rindieron. No eran ya el pueblo enérgico que habían sido en el siglo V a. de J., punto culminante de su poderío. Con los años, habían sucumbido a la opulencia, y así habían perdido el vigor que los caracterizó en otro tiempo. Muchos de ellos habían abandonado la vida nómada y se habían asentado en las ciudades.

En el siglo II a. de J., los sármatas ya habían obligado a los escitas a refugiarse en la Crimea. Allí, los escitas sobrevivientes lograron fundar otro reino, las ruinas de cuya capital, Neápolis, cubren una superficie de 15 hectáreas cerca de la actual ciudad de Sinferopol. Rodeada por una sólida muralla de piedra, la ciudad contenía notables edificios públicos, con columnas de estilo griego y estatuas de mármol, y casas particulares cuyas paredes estaban cubiertas de pinturas murales.

Este nuevo reino de la Crimea, gobernado por jinetes urbanizados, llegó a ser tan fuerte que constituyó una seria amenaza para Mitrídates el Grande, rey del Ponto, en Asia Menor. Alarmado, Mitrídates envió una expedición contra ellos y los derrotó el año 106 a. de J. Poco después de su derrota, los escitas desaparecieron completamente como pueblo distinto de los demás. Quedarían casi olvidados durante muchos siglos, eclipsados por otras hordas de los pueblos de la nomadización, siempre en fermento, que salieron a caballo a arrebatar la atención y afectar el destino de las civilizaciones que prosperaban y decaían alrededor de las estepas.

Títulos publicados

1 El Eslabón Perdido (I)
2 El Eslabón Perdido (II)
3 La Vida antes del Hombre (I)
4 La Vida antes del Hombre (II)
5 El Primer Hombre (I)
6 El Primer Hombre (II)
7 El Hombre de Neanderthal (I)
8 El Hombre de Neanderthal (II)
9 El Hombre de Cro-Magnon (I)
10 El Hombre de Cro-Magnon (II)
11 Los primeros Americanos (I)
12 Los primeros Americanos (II)
13 El Neolítico (I)
14 El Neolítico (II)
15 Los Constructores de Megalitos (I)
16 Los Constructores de Megalitos (II)
17 El Descubrimiento de los Metales (I)
18 El Descubrimiento de los Metales (II)
19 Los Celtas (I)
20 Los Celtas (II)
21 El Nacimiento de la Escritura (I)
22 El Nacimiento de la Escritura (II)
23 Los Fenicios (I)
24 Los Fenicios (II)
25 Los Hititas (I)
26 Los Hititas (II)
27 Las Primeras Ciudades (I)
28 Las Primeras Ciudades (II)
29 Las Primeras Culturas de Grecia (I)
30 Las Primeras Culturas de Grecia (II)
31 Los Israelitas (I)
32 Los Israelitas (II)
33 Los Etruscos (I)
34 Los Etruscos (II)
35 Los Persas (I)
36 Los Persas (II)
37 Los Primeros Jinetes (I)

Próximo volumen

38 Los Primeros Jinetes (II)

ORIGENES DEL HOMBRE

37

Los Primeros Jinetes (I)

TIME LIFE